

An illustration in a muted, yellowish-brown color palette. It depicts a person's hands, wearing dark gloves, tucked into the pockets of a light-colored, heavy coat. The coat has a large collar and visible buttons. The background is a simple, light color.

**VARIAS
PERCEPCIONES**

**ANGELA
CARTER**



Lectulandia

«...La mente es una especie de escenario en el que van apareciendo una tras otra varias percepciones que pasan, vuelven a pasar, se alejan deslizándose y se entremezclan en una infinita variedad de situaciones...»

David Hume

Una novela insólita y exuberante en la que Joseph, un joven y estilizado nihilista busca el significado de la existencia. En esta búsqueda Joseph libera a un tejón cautivo en el zoo, baila en un festival dionisiaco y se pasa los días encerrado en un depósito de cadáveres.

Lectulandia

Angela Carter

Varias percepciones

ePub r1.0

Titivillus 29.08.17

Título original: *Several Perceptions*

Angela Carter, 1968

Traducción: Teresa Gottlieb

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«La mente es una especie de escenario en el que van apareciendo una tras otra varias percepciones que pasan, vuelven a pasar, se alejan deslizándose y se entremezclan en una infinita variedad de situaciones».

DAVID HUME

Uno

Joseph era muy pobre en esa época, porque les daba todo el dinero que tenía a los mendigos. Un día, cuando iba caminando por el Bajo, vio a un viejo que conocía y que estaba de pie debajo de un árbol junto al Obelisco. El viejo era pequeño y enjuto. Su abrigo lleno de costras, marrón en otros tiempos, amarillento ahora, raído, deforme y eterno, era recto y estrecho como el sendero de la rectitud. El borde de su gorra vuelto hacia abajo sobresalía como aleros que protegían el erosionado castillo de arena de su rostro de los furiosos elementos que podrían haberlo destruido irremediablemente. Trozos de telas livianas, ropas fúnebres, se agitaban en torno a sus piernas como menudos perros color marrón, dejando al descubierto varios centímetros alrededor de los tobillos, de tal modo que por encima de las botas anticuadas y sujetas con varias vueltas de cuerda asomaba una franja de piel púrpura de ave desplumada. Una luz crepuscular e irreal iluminaba todo y el viejecillo lucía resplandeciente, recién caído del cielo. Tocaba un violín imaginario, repitiendo una escena que Joseph ya había presenciado. Con expresión de éxtasis, le dedicaba una melodía al árbol que de tanto en tanto dejaba caer hojas sobre su cabeza como si arrojara insolentes centavos. Bajo sus pies brillaba tenuemente un húmedo césped otoñal.

Joseph se le acercó y se quedó a su lado pero el viejo, incapaz de ver nada fuera de música invisible, no advirtió la presencia del joven. Las venas de la mano con la que movía el arco imaginario eran abultados haces de cuerdas enroscadas. La otra mano pulsaba las cuerdas con dedos nudosos que temblaban como las alas de un picaflor, que aletean cuatro mil veces por minuto. Canturreaba una melodía y llevaba el compás con el pie izquierdo. Costaba creer que el violín no existía. El viejo Sunny.

Las pupilas de los ojos húmedos, redondos y de color avellana de Sunny tenían un nítido borde gris y siempre estaban rodeadas de un rojo agresivo, como si le enfadara ser tan viejo. Sunny se dejaba caer en las tabernas como un viejo marinero en busca de un pariente invitado a una boda; su *albatros* eran sus muchos años y sus fascinantes experiencias como músico profesional y hombre de mundo, Sunny Bannister, una canción, una sonrisa, una melodía, trovador de la alegría; Joseph había visto los viejos anuncios y programas que siempre llevaba consigo doblados en la billetera. Pero mentía constantemente; era difícil saber dónde terminaban las mentiras y empezaba la verdad, o si los recortes de periódicos pertenecían o no a otra persona y el viejo Sunny no era el viejo Sunny sino que sólo fingía serlo.

Tres pequeños jugaban cerca de él con una pelota de goma. Llevaban alegres jerséis de lana azul y amarilla, y sus voces dulces y agudas burbujeaban y gorgoteaban como un sorbete. Sunny le había contado a Joseph una vez que, cuando era niño, todos los mocosos bailaban como el Pequeño Tich y se llenaban las puntas de los calcetines con papel para imitar los zapatos alargados y puntiagudos del Pequeño Tich. Ahora era viejo y los niños lo ignoraban pero seguía siendo apenas un

poco más alto que un niño de diez u once años. Joseph estaba tan cerca de él que alcanzaba a oler una bocanada de gualteria; Sunny olía a gualteria de día pero de noche un fuerte y penetrante olor a cerveza velaba esa aroma. Joseph se quedó observando las manos del viejo hasta que sintió que estaba a punto de entrar en la dimensión de Sunny y que pronto comenzaría a oír la melodía y ver cómo el violín se iba delineando en el aire; Joseph se sentía agotado y su estado de ánimo era curiosamente etéreo, de cuando en cuando vislumbraba inmensas grietas en la estructura del mundo real. Rara vez dormía toda la noche porque los sueños lo atormentaban.

Éste era uno de los sueños que había tenido. Era primavera e iba caminando por un jardín de estilo formal. Había cabezas de niños y tulipanes alineados como manzanas en la estantería de una tienda, en ordenadas hileras. Los tulipanes se balanceaban y las bocas rojas de los niños sonreían. Todo relumbraba bajo la inocente luz del sol. Un hombre calzado con pesadas botas aparecía en el jardín y comenzaba a pisotear el arriate, aplastando los tulipanes y los niños; los tallos jugosos y los frágiles huesos se rompían con un chasquido. Sangre y savia brotaban por doquier. Joseph se abalanzaba sobre el hombre y trataba de estrangularlo o de arrancarle los ojos pero de nada servía porque el cuerpo del hombre era, en el sueño, tan insustancial como el humo. Cuando la cabeza del último niño quedaba irremediabilmente aplastada, el asesino se volvía hacia Joseph y Joseph se daba cuenta de que estaba contemplando su propio rostro. Entonces se había despertado y había roto el espejo para que nunca pudiera volver a decir la verdad, en caso de que alguna vez la hubiese dicho.

Los ojos de Joseph se nublaron ante la intensidad de la luz; todo brillaba con una luz centelleante. Regresaba a casa después de trabajar algunas horas extras en el pabellón, oliendo todavía una mezcla de excrementos y Dettol, con las manos todavía cubiertas por la textura de la muerte. Se apoyó en el Obelisco, que era de un tamaño bastante modesto para ser un Obelisco, un monumento a un héroe del Nilo, víctima de un disparo bajo soles más cálidos. El Obelisco proyectaba una conmovedora y mínima sombra sobre el césped, en el que ya empezaban a crujir las hojas caídas. La cafetería de la esquina, que estaba a dieciocho metros del Bajo, tenía su propia tostadora, el perfume delicioso, caro y de clase media del café se enroscó seductoramente en torno a Joseph como el recuerdo de esa muchacha, Charlotte, con el que lo asociaba. No era un aroma al que estuviese habituado. En Brasil, donde cultivaban gran parte del café del mundo, a veces quemaban granos de café en vez de madera o carbón para hacer funcionar los motores de las máquinas cuando se producía demasiado café, otro dato fascinante; Joseph coleccionaba sin cesar datos semejantes, como si pudieran ayudar a sostener la ruinosa cúpula del mundo.

El sol le envolvía cálidamente, como guantes, las manos delgadas y elegantes que, una hora antes, le habían quitado las últimas huellas de mortalidad al cadáver de un pobre viejo muerto y lo habían amortajado; aunque Joseph trabajaba como asistente en un hospital conservaba cierta inmerecida dignidad intelectual y aún era

capaz de componer una tabla de verdad, una operación lógica elemental. Sin embargo, ahora era incapaz de recordar si Charlotte lo había abandonado porque él había fracasado en todos los exámenes o si había fracasado en todos los exámenes porque Charlotte lo había abandonado o si simplemente no se había molestado en presentarse a ningún examen. Joseph solía ir a la biblioteca y sentirse como Goering ante tantos libros; incluso le había prendido fuego a varios, entre otros *Mansfield Park* y el Evangelio según San Juan, que le habían empezado a despertar una particular aversión. «Vivimos en la época de los bárbaros», había dicho Joseph, un típico bárbaro, arrodillándose en el rincón donde guardaban los diccionarios y quemando libros con cerillas, acercándoles la llama y observando con un feroz júbilo cómo temblaba y se ennegrecía cada página; a continuación había escrito con tiza en una de las paredes **apoyad al asesino de vuestro barrio** y se había ido a casa a follar a Charlotte.

Charlotte estudiaba literatura inglesa; escribía interminables ensayos sobre el universo moral de Jane Austen mientras Joseph se quedaba sentado con gesto adusto imaginando nuevas, extrañas e ingeniosas variantes del coito, su única actividad creativa en esa temporada de vida universitaria. Joseph había tenido la posibilidad de recibir una excelente educación pero la había desperdiciado; podía haber elegido libremente en el autoservicio y había elegido voluntariamente la mierda, los viejos moribundos, el pus y, lo peor de todo, el más temible de todos los desafíos, la dulce y azul gangrena. Por desgracia, nada de eso formaba parte del universo moral de Jane Austen ni podía estilizarse en una tabla de verdad. Joseph se afanaba bajo un cielo gangrenoso. «La rutina trivial, el trabajo vulgar nos darán todo lo que nos es dado pedir.» Cada minuto de las noches solitarias era una plétora de sueños en los que aparecían fogatas apagadas con sangre y picos sanguinolentos de aves de rapiña y bombas que florecían como rosas con pétalos sangrientos sobre el Delta del Mekong.

Joseph había soñado que era un niño que regresaba a casa desde el Club de los Lobeznos por una calle común y corriente con setos de ligustros y botellas de leche vacías que habían dejado fuera durante la noche bajo una luna redonda y blanca, pero poco después se había dado cuenta de que un loco con un cuchillo lo seguía. El ritmo del sueño se había acelerado; el niño que era Joseph corría y jadeaba, estremeciéndose de terror, pero el perseguidor era implacable como el paso del tiempo y se le acercaba; una y otra vez entraban en las sombras y salían de ellas, entraban y salían como la luz de la luna. La hoja del cuchillo lanzó un destello y Joseph vio que el rostro del perseguidor era su propio rostro, era él. Buscando desesperado un refugio, el niño Joseph cruzó atropelladamente un portón y golpeó con los puños en la puerta más cercana. Alguien abrió la puerta de inmediato, él una vez más, sonriendo con una sonrisa ancha, apretada, lobuna, y tan cruel como el cuchillo que también él sostenía.

Joseph siempre se sorprendía, en sueños al igual que en el espejo antes de romperlo, al ver su propio rostro circunspecto, lívido, enfermizo y feroz; ¿el espejo lo

engañaba o en realidad estaba soñando con otra persona, no con él sino con alguien comparativamente más desconocido al que había alquilado este rostro inescrutable salido de un drama jacobino, Flamingo o De Flores, villanos enigmáticos? Sin embargo, su verdadero ser físico, aquello que era su carne y sus huesos, solía parecerle nada más que una arbitraria teorización, un conjunto accidental de impulsos girando velozmente en el vacío. O bien ojos sin rostro, ojos detrás de los cuales sólo había una maraña chillona de nervios al descubierto. O (cuando sentía un feroz rechazo ante sí mismo) un enorme, carnoso, blando y estúpido corazón de papel del día de los enamorados que dejaba caer una gruesa lágrima ante los dolores del mundo.

Joseph solía sentirse tan triste, desesperado y lleno de frustradas intenciones asesinas como un animal encerrado en una pequeñísima jaula. Una vez había ido al zoológico y se había sentido muy identificado con el tejón. «Este animal muerde»; quién lo habría imaginado, con lo peludo que era. El tejón era hermoso, salvaje e inocente pero aparentemente había enloquecido porque daba vueltas sin cesar en el minúsculo recinto rodeado de alambre dejando escapar de tanto en tanto unos leves quejidos desesperados. Joseph se había quedado acucillado delante de la jaula durante tres horas contemplándolo ansiosamente pero el tejón no se había detenido ni por un instante. Daba vueltas y vueltas y vueltas.

Por fin un guardia se había acercado a Joseph y le había dicho que ya era hora de cerrar el zoológico. Joseph, que no se había dado cuenta del paso del tiempo, le había explicado «Estoy observando el tejón», tal vez pensando que el guardia lo dejaría quedarse un rato más. «¿Por qué?», le preguntó el guardia. El tejón daba vueltas y vueltas y vueltas, lloriqueando. «Para ver si se lo traga su propio culo», gritó Joseph, enardecido ante la insensibilidad del guardia. Sin embargo, no sentía ninguna simpatía por los relamidos gorilas, que en sus mejores momentos no eran más que exhibicionistas engreídos, ni por los enormes gatos, que se pudrían pavoneándose en sus jaulas tan tranquilos como si el cautiverio los fascinara. La pantera negra, por ejemplo, había renunciado de tal manera a su dignidad que más bien parecía un sofá hinchado y mal tapizado con felpilla rojiza. En cambio, el tejón no dejaba de gritar «¡No me rindo!», y después de tantos años seguía tratando de escapar, aunque Joseph ya no podía ir a verlo porque la relación con el guardia había ido de mal en peor. Joseph no conseguía recordar qué había sucedido pero se había producido una desagradable pelea y ahora ya no lo dejaban entrar en el zoológico.

Pero «mientras hay vida hay esperanzas»; Joseph aún seguía guardando las apariencias, aún andaba limpio y afeitado, decentemente vestido aunque desarrapado. Tenía veintidós años y vivía con una gata blanca, hermosa y prolífica. Una vez al año, para Navidades, regresaba a casa haciendo autoestop para repetir los ademanes del afecto aunque siempre que iba se sentía atemorizado y tembloroso; no recordaba cuándo había comenzado a intimidarlo la casa de sus padres.

Su padre era un vendedor de periódicos y estancoero que había trabajado mucho

toda la vida. Su madre era un ama de casa común y corriente que había trabajado mucho toda la vida. Cuando estaba en casa, Joseph se sentaba en una silla incómoda alentando a los patos de yeso para que trataran de atravesar volando la pared. Había una cubierta de cuero fileteado del *TV Times* y una figura de bronce de una holandesa en cuya espalda guardaban los hierros de atizar el fuego. Esos objetos le parecían absolutamente perversos; la cubierta de cuero era una boca voraz que chasqueaba los labios oscuros y seguramente la joven holandesa usaba los cepillos y las palas como crueles armas dado que en realidad no tenían ninguna otra utilidad; el cuarto tenía calefacción eléctrica. Su desorientado padre observaba a un hijo casi ausente y de cuando en cuando decía: «Pero siempre hemos tratado de darte lo mejor, no lo entiendo», mientras su madre, con el olor del pavo que se iba horneando enredado en los cabellos, lo reprendía diciendo: «No sigas diciéndole eso al niño, padre; después de todo, es Navidad». Si pudiese, ¿se escaparía aleteando del horno el ave chisporroteante, aun cuando en vez de corazón sólo tenía relleno, y no tenía cabeza tampoco? Tal vez lo haría si Joseph abriera furtivamente la puerta del horno y susurrara: «*Sauve quipeut*».

Pero Joseph sabía que era demasiado tarde para escapar del naufragio, aunque, hasta entonces, conseguía sobrevivir día a día, aferrándose a las imágenes cotidianas del dolor y el miedo en el hospital por algo parecido al pan de cada día. Los gestos de paciencia y gentileza que tenía con los viejos que estaban con un pie en el sepulcro parecían ser lo único real que hacía; lavar a los moribundos y amortajar a los muertos eran actos de profunda inocencia e incluso de amor y toda la payasada diabólica, la inmundicia y la indignidad que rodeaban a la muerte también parecían algo tenebrosamente inocente. Y había momentos de dulce paz, como en el Bajo, mientras se apoyaba en la piedra tibia, contemplando al viejo músico atrapado en la miel sólida de la luz de la tarde como una mosca en un ámbar de eternidad. La superficie de granito del Obelisco resplandecía con una dorada rugosidad donde la rozaban los rayos del sol, como una extraña corteza de oro, y los niños reían y jugaban. Ajeno a todo lo que estaba fuera del rectilíneo paralelogramo de su abrigo, Sunny tocaba dulces melodías inaudibles en salas de ópera extradimensionales y Albert Halls imaginarios.

*Ésas, ésas eran nuestras alegrías
cuando todos, niños y niñas,
en nuestros años jóvenes
íbamos al Prado de los Ecos.*

Joseph estaba tan agotado que cerró los ojos por un momento y podría haberse quedado dormido de pie como Napoleón pero en ese mismo instante se produjo un terrible alboroto y se oyó un clamor de gritos e insultos, la voz vieja y cascada de Sunny que maldecía horriblemente y amenazaba con terribles venganzas a los niños;

la cáscara de quietud que antes los envolvía se había roto violentamente.

La pelota de los niños seguramente había golpeado a Sunny. Ya era demasiado tarde para saber si eso había ocurrido por casualidad o si lo habían hecho adrede, pero de todos modos la pelota había hecho saltar la gorra que rara vez se quitaba, y un enorme perro, surgido de la nada, la había cogido entre los dientes. El perro daba vueltas y vueltas alrededor de Sunny, meneando la cola; tal vez tenía buenas intenciones y quería organizar algún juego. Era un perro grande, atigrado, cuadrado y macizo que parecía un tanque de piel, casi de la mitad del tamaño de Sunny, con grandes orejas tiasas como los tricornios de papel en los que el padre de Joseph metía dos onzas de caramelos. Sunny, arrancado bruscamente de su sueño musical, se abalanzaba tras el perro lanzando gritos desesperados pero el perro siempre conseguía escapar. Sunny había soltado el violín imaginario, o bien se había roto o desaparecido. La desaparición de la gorra había dejado al descubierto una espesa greña gris oscuro en la cabeza de Sunny; Joseph se sorprendió porque creía que Sunny era existencialmente calvo debajo de la gorra. Los tres niños abandonaron la pelota y comenzaron a saltar alegremente, dando gritos.

Joseph se adelantó a rescatar la gorra pero el perro estaba fascinado y, negándose a dejar de divertirse, dio media vuelta y huyó a toda prisa, con los dientes aferrados a la gorra, mientras Sunny lo perseguía tambaleándose, maldiciendo, y los niños se alejaban bailando alrededor de ellos. Así que se alejaron y Joseph quedó solo, enfrentado a una simple decisión moral que, como le avergonzaba saber que haría, decidió no tomar.

Sabía perfectamente que no iba a seguir al circo ambulante, recuperar de un vuelo la gorra del viejo Sunny y devolvérsela; no iba a hacer ese simple gesto que consolaría a un viejo porque una ira despreciable lo inundaba de un tedio abrumador. Una brisa solidaria, de un frío invernal, encrespó el césped y descolgó varios puñados de hojas. Joseph tiritó dentro de su abrigo raído. Quería esfumarse, dormir, desaparecer. Desafiando a los sueños, entrar en la negra conejera o en el agujero de la Calcuta del sueño; pero sabía que en medio del viento frío no sobreviviría por mucho tiempo, la corriente lo acercaba cada vez más a rocas con dientes de tiburón. Así que se alejó del verde límite del Bajo y se marchó a casa.

Elegante en otra época y ahora venido a menos, el barrio conservaba unas cuantas reliquias de su pasada riqueza (como el café, un lugar agradable) pero estaba en su mayor parte en manos de viejos empobrecidos, que vivían en sótanos y en la parte posterior de las plantas bajas, y estudiantes y *beatniks* que anidaban en los áticos.

Daba la impresión de que esa tarde todos los viejos estaban en la calle tomando el aire. Mirara hacia donde mirara, Joseph sólo veía viejos con bastones y venas hinchadas en las piernas y cráneos desde los que colgaba la piel de la cara en redes harapientas; caminaban lentamente como si ése pudiera ser su último paseo. Primero pasó un hombre que tenía un garfio en vez de mano y luego una mujer jorobada.

Muchas de las tiendas estaban cubiertas con tablas, en alquiler, o vendían ropa

usada, o se habían convertido en locales de apuestas, pero esta calle había sido en otra época el centro comercial de un famoso balneario de aguas termales y aún se extendía en una curva desde el Bajo formando un arco neoclásico. Molduras de yeso con urnas y guirnaldas decoraban los pisos superiores de piedra almohadillada y ladrillo rosa con ramilletes de hierba y pasto que asomaban por todas las grietas, y las ventanas rotas estaban mal cubiertas con cartones, cuando estaban cubiertas. Las aceras tenían salpicaduras verdes y blancas de mierda de esas palomas gordas que se contoneaban presuntuosas entre los lisiados y los viejos como si los buenos tiempos del barrio no hubiesen sido algo del lejano pasado.

En medio de ese paisaje hizo su aparición una pareja extraordinaria, el misterioso Beverley Kyte y la regordeta Rosie, riendo con risas ahogadas, de geishas, y haciendo sonar los timbres de sus bicicletas. Los amigos de Beverley Kyte le decían Kay; tenía un aspecto engañoso de extrema juventud y era apenas un poco más alto que el viejo Sunny. Usaba vaqueros y una chaqueta de la misma tela, tan gastados que ya eran de ese hermoso color azul de los vaqueros muy viejos, y solía regalar billetes de cinco libras. Llevaba una gorra de explorador color caqui en la cabeza y aros dorados que le brillaban en las orejas. Además, llevaba una camisa de franela, sin cuello, probablemente comprada o robada en un baratillo donde vendían prendas regaladas y luego teñida de un color naranja encendido en la olla comunal en la que hervían tallarines; gafas verdes de sol redondas y con marco de metal; sucios zapatos blancos de lona; y un medallón azul esmaltado con la imagen de san Cristóbal alrededor del cuello, junto con una llave que colgaba de un trozo de cuerda y una cruz de hierro. Por algún motivo daba la impresión de ir disfrazado, como un pequeño Superhéroe, el Hombre Diminuto tal vez o el Poderoso, que se alejaba en bicicleta a reunirse con los Jóvenes Titanes.

Joseph sabía cómo se llamaba su compañera porque solía usar una camiseta con el nombre **rosie** estampado descuidadamente con letras negras; hoy llevaba una camiseta con una leyenda impresa: **equipo canadiense de besuqueo**. También iba vestida con vaqueros y llevaba un sombrero de ala ancha de estropeado terciopelo negro. Era menuda y tenía mejillas amanzanadas, largos rizos negros y una expresión soñadora. Rosie y Kay zigzagueaban por la calzada, tintineando y riendo; los automovilistas les tocaban la bocina y los amenazaban con el puño. Kay había empezado a dejarse crecer bigote, tenía una difusa sombra sepia en el labio superior.

Kay tenía una peculiaridad: siempre parecía absolutamente satisfecho. Eso solía parecerle a Joseph un insulto personal, sobre todo cuando lo veía aparecer inesperadamente. Jamás le hablaba a Kay; incluso en otros tiempos, cuando Joseph era más extravertido e iba a fiestas, la sola imagen de Kay y su pequeña comitiva de amigos y secuaces riendo y sonriendo juntos bastaba para sumirlo en la tristeza y pensaba con dolor en los hábitos de los milanos^[1], esas feroces aves de rapiña. Jamás había asistido a uno de los banquetes dionisiacos que ofrecía Kay en la ruinosa mansión donde vivía, un gran palacio georgiano agusanado y carcomido.

La casa era el mausoleo que la madre moribunda de Kay se había diseñado, un lugar repleto de pompas corroídas. Después de haber sido una figura favorita de las candilejas en los años treinta, la señora Kyte había visto desaparecer su mundo bajo las llamas en 1940, aunque su esposo, el señor Kyte, piloto de combate, sólo fue derribado en 1945. Había algo de dinero en algún lugar, algunas inversiones, una pensión. Kay, veterano de muchas esperanzas frustradas, como la escuela de arte y el oficio de sillero, se conformaba ahora con vivir entre reliquias del teatro, vender un poco de marihuana de vez en cuando y mantener las puertas de su casa abiertas a los amigos que entraban y salían como barcos que pasaban en medio de la noche.

Entretanto, la señora Kyte seguía acercándose a la muerte, unos pocos centímetros por año, tan sumergida en drogas que no distinguía un año de otro; pero Kay siempre parecía andar de buen humor y seguía usando excéntricos harapos y paseando en una bicicleta pintada de color plata con su chica regordeta y sumisa. El dulce tintineo de los timbres de las bicicletas se fue apagando mientras se hundía en la distante niebla dorada, parecía el sonido de la felicidad. Entre jirones sombríos, Joseph, inclinando la cabeza ante muchos de los males que aquejaban al mundo, pensó en heridas abiertas como bocas rosáceas .

Y lo único que podía hacer era caminar por esa calle de ángulos severos y amenazantes y formas brutales. Pasó frente a reses muertas poco antes en los escaparates de las carnicerías y despliegues de cuchillos. Cuando llegó a la pescadería, recordó que no tenía comida en casa para la gata y se arriesgó a enfrentarse a las crueles garras de los cangrejos para comprarle media libra del pescado más barato. La gata comía de un plato en el que decía Minina y no le faltaba nada, hasta dormía en la almohada de Joseph. Mientras se metía el paquete escurridizo en el bolsillo, tropezó otra vez con Sunny al salir de la pescadería. Sunny se estrelló contra Joseph.

Sunny venía del Bajo. Estaba tan furioso que sus brincos eran una monodanza solitaria de dignidad ofendida y orgullo herido; bufaba, farfullaba, tosía y escupía. Tenía los ojos inquisitivos inyectados de sangre por la ira. Lo único que percibía era su humillación. Seguía destocado, seguramente el perro o los niños se habían quedado con la gorra; sin ella, tenía un aspecto de mutilado, de alguien a quien le han amputado un miembro. Temblaba y se estremecía, tal vez se desintegrara de tanto estremecerse dentro del furioso otoño de su carne.

—Fíjese dónde pone los pies, joven —le dijo sin sonreír, tambaleándose hacia atrás y adelante; se aferró a Joseph para no caerse. Joseph, casi sumergido en gualtería, enderezó al viejo y, jadeando y tosiendo, Sunny se calmó un poco.

—Déme un pitillo —le ordenó bruscamente— Déme un pitillo, no me queda ni uno. Me haría bien un pitillo. ¡Qué tarde! —Al recordarla, comenzó a temblar nuevamente — Déme un pitillo.

Joseph buscó a tientas en el bolsillo y encontró una cajetilla, llena todavía, con el celofán intacto, que había sacado de la gaveta de un hombre que, por estar muerto,

había dejado de fumar. Sin embargo, les devolvían escrupulosamente los dientes postizos, los lentes y los relojes a los deudos de los difuntos; cuando Joseph preguntaba qué hacían con los ojos de vidrio, le daban una respuesta perentoria, como si hubiese cometido un error de mal gusto.

—Tenga-le dijo, pasándole la cajetilla—. Quédese con ellos, con toda la cajetilla, viejo saltimbanqui, viejo Sunny.

Sunny soltó de inmediato el brazo de Joseph y se enderezó hasta alcanzar un metro cuarenta y siete de estatura; la máscara de sucias arrugas y los húmedos ojos rojos revelaban que había sido insultado tan profundamente que no podía enfadarse ni llorar. Al parecer, el darle los cigarrillos había sido el más cruel de los golpes.

—No se las dé de caritativo conmigo —le dijo, con una pomposidad impresionante—. Soy tan viejo que podría ser su abuelo.

Con un gesto de gran orgullo, tiró al suelo los cigarrillos que Joseph tenía en la mano y los aplastó con los tacones de las botas agujereadas.

—Sólo quería un pitillo —dijo—. No soy un pordiosero. No quería más que un pitillo, no me obligue a soportar su caridad. En mi época era tan bueno como Kreisler y tocaba ante testas coronadas. No necesito su caridad.

Sunny se alejó orgullosamente a pasos lentos. Tun, tun, tun, las botas sonaban como latidos. Su pelo era una bandera gris a media asta; su saco parecía un ataúd. Poco después se perdió de vista entre los compradores. La luz del crepúsculo aún cubría de dorado la acera pero el viento frío se había vuelto violento y penetrante. Joseph miró los cigarrillos despedazados y el pardo tabaco desparramado; su estado de ánimo lo llevaba a temer los agujeros y a obedecer a las misteriosas voces que había en su cabeza o en el viento. Recordaba cada palabra del sermón de Sunny con hermosa claridad.

Y eso era una prueba irrefutable de algo que, en sus peores estados de ánimo, siempre había sospechado. Que los viejos despreciaban su ternura, que tal vez incluso lo odiaban por su compasión; no tenía derecho a intentar acompañarlos en su último viaje de degradación y miseria, nadie tenía derecho a hacerlo. Joseph se quedó observando cómo el viento dispersaba los fragmentos de tabaco pisoteado y pensó en la condena que había en los ojos de los viejos, pensó que en ese mundo de dolor lo único que podía hacer era quitarles la mugre y compadecerlos. Compadecerlos. Y nadie tenía derecho a compadecerlos en un mundo donde no se conocía la expiación.

Siguió caminando hacia su casa. Joseph vivía en una pequeña cueva en lo alto de un empinado peñasco de estuco, una enorme y elegante crujía o semicírculo que se incrustaba en la falda de una colina; pero allí los bordados de hierro de los balcones exudaban herrumbre cuando estaba húmedo, las capas de pintura se agrietaban y se descascarillaban y se desprendían y el revoque de yeso se desintegraba sin cesar dándole a esa zona crepuscular de apartamentos de una sola habitación un aspecto leproso y carcomido por los ratones. Joseph vivía en un ático o desván, compartiendo la cocina y el baño del piso inferior; treinta chelines a la semana sin muebles y,

cuando llovía, lágrimas caídas del cielo traspasaban el techo. Cuando había sol, Joseph y Charlotte solían sentarse en el estrecho pretil rodeados de aleros como el rey y la reina de un país acolchado, porque toda la ciudad se extendía ante ellos, un juguete muy caro por cierto.

Al pie de la colina de semicírculos y crujiás corría el río con una barcaza o un barco sobre sus aguas; aquí, el muelle de la ciudad y todos los depósitos y las grúas que se reflejaban en manchas de agua oscura; allí, las líneas blancas de la vía elevada atestada de vehículos; las indescriptibles cuadrículas de casas de un rojo oscuro; y rodeándolo todo, una cadena de encantadoras colinas verdes, bajas y redondeadas como si Joseph y Charlotte las hubiesen hecho con plastilina. Este juguete panorámico aparecía y desaparecía ahora entre nieblas otoñales, un barco hacía sonar quedamente la sirena, el ruido del tráfico era tan insustancial como un adormecedor zumbido de abejas cuando Joseph entró en su cuarto y en su casa.

Charlotte y Joseph habían pintado el cuarto y habían vivido dentro de una prístina burbuja de lechada hasta que se cayeron de ella; ahora las paredes estaban sucias, amarillentas y cubiertas con misteriosas figuras creadas por las manchas de lluvia. En el suelo había un colchón estrecho; las sábanas revueltas estaban grises de polvo y olían a piel. Había pocos objetos en el cuarto y éstos eran muy poco personales. Cosas como una zapatilla de tenis abandonada, una botella vacía de cerveza amarga y un par de gafas de sol con un lente roto. Sobre un lavamanos (de madera amarilla y mármol vetado) había unos pocos libros de bolsillo ajados, un texto de lógica, *La vida de Blake* de Gilchrist y *Alicia en el país de las maravillas*, que Charlotte le había regalado con un «te quiero» como dedicatoria. También había algunos libros nuevos sobre la guerra de Vietnam y una pila desordenada de recortes de periódicos sobre el mismo tema, todos cubiertos y recubiertos con notas garrapateadas y signos de exclamación en tinta roja en la letra delgaducha de Joseph. También había un libro sobre la fauna silvestre de Gran Bretaña que había quedado abierto en la página dedicada a los tejones. Y varios cuadernos de apuntes en los que Joseph había recortado y pegado datos.

Había algunas fotos clavadas en la pared. Lee Harvey Oswald, esposado y rodeado de policías, poco antes de que lo asesinaran, rebelde como un tejón. Una foto en colores, sacada del *Paris Match*, de una manzana de casas elegantes y, en ese agradable espacio, un crepúsculo vivo, un monje budista cuyo manto color azafrán se iba enrojando mientras se quemaba vivo. También había un calendario del año anterior con una propaganda de un refresco en la que aparecía una risueña muchacha con un polo blanco, sin mangas, sorbiendo el refresco con una pajita. Y una enorme foto de una radiante Marilyn Monroe.

Encima de la estufa de gas había una foto de Charlotte clavada con tachuelas. Dirigía una mirada de soslayo a soles remotos. Sus cabellos rubios le cubrían el rostro, que no se parecía en absoluto al rostro que Joseph recordaba, puesto que ese rostro, reencarnado en fantasía tras fantasía, recordado en sueños cada noche durante

meses y meses después de su partida, se había transformado en su mente en una máscara gótica con enormes ojos velados por párpados de piedra, pómulos duros como el acero, labios rojos de vampiro traicionero y una boca roja y húmeda que era una trampa con colmillos de marfil. Bruja. Demonio. Mujer que deambulaba por los campos de batalla después de la matanza bajo la forma de un cuervo. Después del bombardeo, entre las ruinas de la aldea, los libertadores sorprendieron a una mujer que mordisqueaba trozos de carne. Su Madonna del matadero. Pero no siempre había sido así; durante los meses en que se habían amado, se esforzaban por perderse absolutamente en el otro y por convertir el cuerpo del otro en una especie de hogar, ya que el hogar está allí donde está nuestro corazón y no hay lugar que se le compare. Pero ella se había marchado, había desaparecido como si siempre hubiera sido una fantasía, y esos fantasmas malvados rondaban en torno a su cama farfullando y trayéndole sueños de cópulas en osarios que lo hacían chillar cuando estaba despierto.

La bombilla no tenía pantalla, la luz penetrante no proyectaba sombras. Las puertas del armario empotrado junto a la chimenea cedían bajo la presión de la ropa sucia que se amontonaba dentro. Delante de la chimenea había una tira de alfombra marrón tan gastada que se alcanzaba a ver la trama y la urdimbre. Había una mesa con manchas de tinta y una silla de cocina arrimada contra ella y otra silla con brazos astillados y una pata rota en la que se apoyaba un reloj despertador en forma de Ratón Mickey que lanzaba un tic tac sonoro, agudo, galopante; Joseph lo llamaba «Charlotte». Todo exudaba polvo. El cuarto tenía el aspecto y el olor de la sala de espera de una estación de ferrocarril en la que se detenían pocos trenes, o ninguno. Joseph estaba rodeado por los cuatro costados por los insignificantes mecanismos de la desesperación.

Joseph llenó con leche el plato de la gata y bajó a la cocina común a hervir el pescado. No había rastros de la gata. En la cocina había dos hornillos y un fregadero. La gata salía y entraba por la ventana, que daba a una escalera de incendios al fondo de la casa, de modo que la ventana siempre estaba abierta y en la cocina siempre hacía mucho frío. Había un estante con teteras de cerámica marrón ordenadamente alineadas. El suelo siempre estaba cubierto con cerillas usadas. Joseph tenía una cacerola para el pescado de la gata y tal vez para hervir un huevo de cuando en cuando. Los huevos siempre tenían gusto a pescado y Joseph pensaba que eso les daba un sabor japonés. Nunca cocinaba nada más elaborado. Metió el pescado en la cacerola, la llenó con agua y la puso al fuego. Todos sus movimientos, el roce de metal contra metal, el chorro de agua, el chasquido de la cerilla, producían sonidos extraordinariamente agudos. El olor del pescado que empezaba a cocinarse se le atragantó en la garganta. Se apoyó contra la ventana abierta y paseó la mirada sobre los techos, los jardines y las cuerdas danzarinas con ropa colgada tratando de divisar a la gata de regreso al hogar.

Era una linda gata, guapa y blanca como una hoja de papel. Tenía gatitos dos veces al año; se quedaba ronroneando y serena mientras las crías peludas le

chupeteaban a ciegas la panza, y caminaban bamboleándose por todas partes y gritaban con voz penetrante y apagada como cuchillos diminutos que rasguñaran minúsculos platos. Luego dejaba de amamantarlos y Joseph los llevaba a la tienda de mascotas, donde los vendían. Había sido incapaz de decidir qué actitud moral debía tomar, si debía o no quedarse con los gatitos, y de todos modos no podía alimentarlos. Buscó a la gata con la mirada pero no se la veía por ninguna parte, probablemente estaba despanzurrando a una indefensa paloma o a un inofensivo ratón; no era una gata compasiva.

Vio que había una nueva tetera en el estante, una pequeña tetera roja esmaltada, y que de un gancho colgaba un cubretetera marrón que no estaba allí antes. Un nuevo inquilino, probablemente del cuarto que quedaba debajo del suyo en el fondo de la casa y que había estado desocupado por un tiempo. Rara vez veía a los demás inquilinos, todos eran retraídos, aunque solía hablar con una vieja que vivía en la planta baja y que le sonreía porque le envidiaba la gata, a la que alimentaba subrepticamente con golosinas aunque tenía poco dinero para comprar exquisiteces. Su pelo blanco era tan escaso que el cráneo rosa relucía a través de los cabellos. Le había contado a Joseph que su padre era un almirante y que por eso llevaba el mar en la sangre; había conocido mejores días pero ahora no tenía nada, ni siquiera un gato o un álbum de fotos o unos cuantos rizos metidos en un sobre porque todo lo que tenía había sido destruido durante la guerra.

Joseph se dio cuenta de que la nueva inquilina había pegado una etiqueta con su nombre en el cubretetera para que nadie se lo robara, un gesto muy femenino. A. Blossom. Probablemente era una secretaria, treintona o cuarentona, solitaria, con el invierno descendiendo sobre la cara, que les dejaba migas a los pájaros en el alféizar, y su gata seguramente se acercaría y mataría a los pájaros cuando se agacharan a picotear. Y bien, no quería conocer a A. Blossom esa noche y probablemente ya no estaría allí al día siguiente; y de esa manera, indiferente y accidentalmente, decidió que había llegado el momento de ponerle fin a todo. Cuando el pescado estuvo listo, lo puso en un plato, le quitó cuidadosamente las espinas y subió con el plato maloliente. La gata seguía sin aparecer. Iba oscureciendo; el otoño y el frío inundaban el cuarto. Se arrodilló delante de la estufa de gas. Apenas rozó la espita comprendió que lo que haría luego era tan simple y obvio como el lugar donde debía colocarse el último trozo de cielo en un rompecabezas.

Pero antes de hacerlo dejó la comida y el plato de la gata con la leche fuera del cuarto para que pudiera comer esa noche porque no quería que sufriera, era una inocente carnívora. Se preguntó si debía dejarle una nota a su amigo Viv pidiéndole que la cuidara después pero decidió que Viv se haría cargo de la gata por bondad sin la melodramática compulsión de una mano enterrada en una tumba. Joseph contempló su tumba; parecía salida de un camafeo, una urna junto a un sauce, a su lado una muchacha envuelta en telas gruesas, una Charlotte totalmente purificada y absolutamente etérea, deshaciéndose en lágrimas. Rechazó esa fantasía.

Cuando abrió la espita e inhaló el primer vaho de gas, lo asaltó una confusa duda: morir de tedio y desesperación, en lugar de hacerlo por alguna causa, con algún motivo, haciendo algo humanamente importante, era una sombría y triste manera de desaparecer. Era una estúpida manera de decir «no», de decir que nada valía la pena. Luego vio la carne del monje en la eternidad de la foto, vio cómo seguía ardiendo sin cesar. Viv encontraría su cadáver con las extremidades azules, ése era el efecto de la intoxicación con gas de hulla; Viv era un tipo apacible y no comprendería. Viv era carne, y la carne es polvo, como se dice en los funerales (lo que no se diría en su caso). El gas silbó, los dados estaban echados.

«Muerte, no seas orgullosa»; no era orgullosa, entró invisible en su cuarto, insidiosamente, en seguida, manando de la estufa apagada. Ningún cortejo con laureles y sordinas, ningún rito. *Adieu*, adiós, inciertas dichas mundanas. El gas de hulla, en su forma actual, es venenoso porque contiene monóxido de carbono; en condiciones normales, la sangre absorbe oxígeno para crear oxihemoglobina pero el monóxido de carbono hace que ignore el oxígeno por completo y cree carboxihemoglobina, otro dato que había recogido por ahí. «Me voy acercando a un largo silencio.» Estos retazos de literatura no tenían ninguna relación con lo que estaba sucediendo; no podía convertir el acto de morir en algo significativo para él con la fascinante retórica de hombres que nunca lo habían conocido en carne propia.

Todo era irreal, el cuarto, el olor a gas, su silueta delgada, pálida, acuclillada delante del hogar sobre un trozo de alfombra, rodeándose con los brazos porque hacía mucho frío. Sólo había visto el acto de la muerte perpetrado contra hombres muy viejos, es decir, la verdadera muerte, un hecho y no algo imaginario, fotos, noticiarios y alucinaciones, la verdadera muerte en una cama. La muerte era para viejos como su abuelo, que estaba muerto, y para el viejo que había amortajado, que ahora parecía tener la cara de su abuelo; estaba tendiéndole una trampa al tiempo, jugándole una broma a la mortalidad. El gas y la oscuridad empezaron a inundar el cuarto. Joseph esperaba que llegara la nada; pero tardaba en llegar. El bullicioso despertador se llevaba con su tic tac los últimos latidos de su corazón.

—Hija de puta —le dijo a la foto de Charlotte—. Ni te imaginas que al final soy yo el que tiene la sartén por el mango.

Un amante muerto tiene un poder incomparable porque el remordimiento del dolor puede hacer que una piedra palpite como un corazón. Encima de la chimenea, la irritada Charlotte fruncía el entrecejo desde una instantánea tomada un día festivo en el mismo parque donde Sunny había perdido la gorra ese día, junto al mismísimo Obelisco, donde se había encendido misteriosamente la chispa de su extinción. Cuanto más miraba la foto, más enfadado se sentía, y no tendría más oportunidades de verla. Se puso de pie como un borracho e insultó a la foto con palabras soeces. La madre de Viv era una prostituta refinada y exclusiva; su afición era la bebida, cuando estaba borracha se movía lenta y afectadamente, como se movía Joseph mientras se acercaba a romper la foto de Charlotte para que no lo viera morir, eso debía ser algo

privado.

Después no podría pensar ni razonar ni explicar. En ese antimundo de inminentes partidas había una flora y una fauna extrañas de las antípodas de la mente, donde los conceptos estaban patas arriba. Era un mundo de paralógica e irracionalidad. El gas y el aire en determinadas proporciones, 1:12 gas/aire, son muy explosivos, un dato fehaciente.

—Allá voy —le anunció Joseph a los fragmentos rasgados de Charlotte, que siempre había sido aficionada a la literatura—. Pero me marchó con un estruendo, no con un lamento, hija de puta.

Encendió una cerilla.

—El gas es raro —dijo el lúgubre individuo que reparó la estufa—. Nunca se sabe qué puede pasar con el gas. No hay que jugar con gas. —Se había reído, había insinuado que Joseph lo hiciera mejor la próxima vez; seguramente memorizaba los parlamentos de algunos personajes como el sepulturero de *Hamlet* y el portero de *Macbeth* en su tiempo libre. — De todos modos, esto no te habría matado —dijo.

Y, en todo caso, al estallar, las ventanas habían arrojado una copiosa lluvia de vidrio a la acera y a través de los agujeros dentados entraba impetuoso el aire dulzón del atardecer.

Dos

A pesar de los calmantes y de los barbitúricos que lo hacían dormir y le traían sueños en que aparecía el fondo del mar y una apacible oscuridad, Joseph no podía asimilar lo que le había sucedido; cuando lo llevaron a casa y lo depositaron de nuevo en su cama, con las garras redondas, blancas y vendadas, con aspecto de chupones, bien extendidas sobre el doblez de la sábana inmaculada delante de él, seguía asombrándole que, aunque limpio e impecablemente envuelto, no pareciera un cadáver. De algún modo, pensaba, había quebrantado las leyes de causa y efecto, como el filósofo Hume había insinuado que podía hacerse; había dado sin saber cómo con una fórmula que anulaba la causalidad y ahora todo era posible, comenzaría a llover hacia arriba y los gorriones empezarán a recitar el Apocalipsis con la voz grave de los bardos y los profetas. Estaba echado en el colchón sin moverse mientras Viv enmasillaba la última lámina de vidrio, silbando mientras trabajaba.

Viv era un individuo elegante e hirsuto; como el vivaz e inteligente mono *Saki*, se dividía pulcramente los cabellos por la mitad y tenía un abundante bigote y una barba en punta. Eran las once de la mañana de un ventoso, brillante y frío día de octubre. El cuarto de Joseph había cambiado por completo. Para empezar, estaba resplandeciente; además, había vuelto a ser blanco. Viv lo había pintado, además de fregar el suelo y lavar la ropa porque Viv podía disponer como quisiese de su tiempo y no tenía que ir a trabajar, porque vivía exclusivamente del subsidio de desempleo. Había un olor penetrante y agradable a jabón y sábanas nuevas. Joseph se dio cuenta de que la explosión había roto en dos el vidrio del despertador y el impacto había sido tan intenso que se había detenido de inmediato, registrando para siempre el momento en que el gas se había inflamado, las cinco y cinco; ahora siempre sería esa hora en el cuarto. Los seis feroces crisantemos color bronce colocados en un frasco de mermelada encima de la chimenea proyectaban una intrincada sombra vegetal en la pared donde Marilyn Monroe seguía sonriendo como la Reina de la Primavera. «Y bien, perdí la oportunidad de conocerla», pensó Joseph malhumorado, porque allí estaba, enfermo, estupefacto y estremecido, envuelto en un grotesco disfraz de payaso hecho con vendajes pero vivo todavía.

La hermosa gata estaba sentada en la almohada y hacía sus abluciones como si nada hubiese sucedido, humedeciéndose la pata doblada y limpiándose detrás de las orejas, que eran de un rosa dorado salpicado de blanco, del color de un dulce turco, y levemente transparentes. Después de limpiarse perfectamente las orejas, se limpió la cara, que era aguzada; parecía un lince albino. Hoy tenía la nariz de un color rosa intenso. El color de su nariz no era en absoluto constante; a veces tenía un leve tono coralino, que casi no alcanzaba a ser un color; otras veces, ese sensible órgano que le permitía conocer tantas cosas del mundo era más rosado que una peonía. Cuando era pequeña y tan menuda que cabía en la palma de Joseph, su nariz era de un rojo oscuro encendido. Era una gata delgada, sinuosa, con patas de bailarina. Tenía ocho pezones

a lo largo del pecho; rosáceos capullos cerrados ocultos entre suavísimos pelos. Cuando la acariciaban o la mimaban, primero ronroneaba embelesada y luego se aburría y mordía y rasguñaba la mano que la acariciaba con uñas y dientes malévolos como los de un ratón. Dejaba una huella de pelos blancos en todos los lugares donde se sentaba; era sutil y caprichosa como una alucinación. Joseph la observaba con la deslumbrada mirada de quien acaba de renacer; la gata empezaría a contarle secretos en cualquier momento.

—Eres un hijo de mala madre con mucha suerte, corazón —dijo Viv a modo de conversación. Tenía el acento arrastrado de la gente de la ciudad y usaba todos los apelativos cariñosos del lugar mi vida, cariño y corazón. Vivía feliz con su madre en un apartamento sombrío y lujoso, en lo alto de una tienda de automóviles junto al río; solía decir: «Yo sé que mamá es la experta del barrio en hacer el amor, pero tiene un rinconcito para mí en su corazón». Era un tipo bien adaptado y afable. Era músico y tocaba el piano y el órgano.

—Ésa era tu vida —siguió diciendo Viv con rodeos. Era el árbitro de la moda y la elegancia personificada con un traje azul marino de rayas, una camisa de seda negra opaca digna de un mafioso y una corbata lila de raso con un abultado nudo. Joseph lo contemplaba sin comprenderlo, como contemplaba a la gata, bajo la ambigua luz del sol.

—Aparezco y desaparezco —dijo Viv, tratando en su estilo lleno de rodeos de sonsacarle a Joseph alguna razón para lo que había hecho. La luz del sol le sombreaba los cabellos negros, relucientes como una bota bien lustrada. No recibió ninguna respuesta y finalmente se encogió de hombros y canturreó—: Pobre Joe.

—Me molesta la luz —dijo Joseph.

—No tienes visillos —señaló Viv. Le faltaba poco para terminar y se alejó de la ventana para admirarla; el vidrio estaba cubierto de huellas de palmas y dedos, y Viv comenzó a quitarlas minuciosamente con el pañuelo grande de seda blanca que había sacado del bolsillo superior.

—La chica de abajo te trajo esas flores —dijo—. Las trajo en un frasco de mermelada, qué idea tan dulce, ¿no? Para que encontraras flores cuando volvieras a casa. Lindas flores, verdaderas flores de exposición.

—¿Qué chica?

—La chica que vive abajo; la que entonces te descubrió, ya te lo he dicho.

—¡Oh! —dijo Joseph. La muchacha que vivía en la planta de abajo, la recién llegada, la dueña del cubretetera de lana tejida, había oído un estruendo apagado que dejó balanceándose la bombilla de su cuarto, descubrió a Joseph chamuscado e inconsciente, mandó llamar una ambulancia y luego se evaporó; ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—La chica de abajo —repitió Viv, anudando con cuidado las puntas de esa conversación trillada y mirando en torno con un aire ligeramente presumido. La gata se apoyó en las caderas como un cruce de lince y canguro y se lamió solícitamente el

pecho, tachonado con ocho escarapelas rosadas (¿cuál era su equipo favorito?).

—¿Cómo se llama la chica?

—Annie, Anne, algo por el estilo, se parece a la huerfanita Annie, pobre criatura. Tiene una cojera espantosa. No es nada del otro mundo, te lo aseguro, pero es buena, parece buena por lo menos.

El vidrio había quedado tan limpio que era invisible. Viv guardó el improvisado paño y se sentó con las piernas cruzadas a los pies del colchón de Joseph; todos sus movimientos eran precisos y elegantes, hacía aun los gestos más triviales con el aire de un acróbata, como si esperara con fiado los aplausos, y ahora todos los presentes estaban en el colchón de Joseph, podían hacerse a la mar juntos, convertirlo en una balsa, en caso de que la marea entrara por la ventana.

—Te voy a llamar Lázaro, corazón —dijo Viv cariñosamente, encendiendo un cigarrillo.

—Volví a la vida inesperadamente, eso es cierto.

—Aunque nadie te pidió que lo hicieras.

—La instantánea de Charlotte desapareció.

—Está bien así. Dejad que los muertos entierren a sus muertos.

—Yo lo intenté —dijo Joseph con rencor. Después de eso hubo que cambiar el tema de la conversación.

—Mamá te consiguió unas lindas sábanas nuevas. Tú sabes que se preocupa por ti. Dijo que las sábanas viejas te iban a dar tifus.

—¿Tifus? —repitió Joseph, perplejo.

La gata, vibrante de tanto ronronear, terminó de asearse y se acurrucó con intenciones de dormir pero siguió ronroneando largamente después de cerrar los ojos. Se acurrucó en la curva del hombro de Joseph y en seguida empezó a entibiarse con el ardiente calor de su cuerpo; un gato metido en un saco sería la mejor bolsa de agua caliente del mundo.

—Parece que la gata está contenta porque volví-dijo Joseph inseguro, aferrándose a la esperanza.

—Los gatos siempre andan con una sonrisa pintada en la cara dijo Viv. luego tosió y preguntó cortésmente—: ¿Te caíste o te empujaron? —Lo que quería saber era si había sido un accidente o una decisión; era demasiado discreto para hablar sin rodeos y preguntar por qué había querido suicidarse su amigo, después de habérselas arreglado para continuar viviendo durante tanto tiempo .

—¿Te acuerdas de Charlotte? —dijo Joseph cambiando de tema.

—Sí, la recuerdo, era una chica muy bonita, a su modo, toda rubia, huesuda y orgullosa. Pero no era muy amable con ese viejo con el que hablabas en el bar., ese insoportable, el viejo Sunny, lo único que hacía era quedarse ahí enfurruñada cuando hablabas con él. Y nunca hablaba conmigo, me miraba nada más, enfadada, porque cuando conoció a mamá, la vieja le dijo «Encantada de conocerla» y después vomitó encima de los zapatos de tu Charlotte, que eran de gamuza verde y casi nuevos. Le

arruinó los zapatos, ni más ni menos, nunca me lo perdonó. Charlotte no me miraba en esa época, por supuesto, pero ahora sería diferente porque estoy en un grupo. Es increíble lo que hacen las chicas de clase media por ti cuando estás en un grupo, quitarse las bragas no es ni siquiera la mitad.

Sacó un peine pequeño del bolsillo y se quedó arreglándose el pelo aunque ya lo tenía tan liso y brillante que parecía de plástico. Joseph miró el vello que tenía Viv en el dorso de las manos y se preguntó si captaría mensajes del éter.

—Pero tardaste un poco en reaccionar porque Charlotte te había abandonado — opinó Viv—; se marchó hace más de seis meses.

—Sólo te pregunté si te acordabas de ella —dijo Joseph lentamente.

Se quedaron en silencio, Viv fumando, Joseph entre sábanas tiasas, nuevas y frías en un cuarto que nunca había estado tan limpio y lleno de flores, un cuarto absolutamente cambiado y, cada vez que pensaba en la explosión, sentía una vergüenza y un bochorno insoportables. La muerte no era orgullosa, por cierto, ni siquiera digna; no era más que un bromista o un bufón vestido de payaso y Joseph no era un trágico suicida sino un augusto furibundo envuelto ahora en cómicos vendajes como el muñeco de Michelin, qué indignidad. Joseph había tratado de explicarle su desastroso sentido del anticlímax al psiquiatra, que usaba lentes con montura color carne.

—Me siento como si Pilatos hubiera suspendido la ejecución en el último minuto y hubiese hecho todo eso para nada.

El psiquiatra se había sacado los lentes para limpiarlos, dejando al descubierto unos ojos incoloros como flores secas y se llamaba Ransome.

—¿Puedo llamarle Arthur? —le preguntó Joseph.

—¿Por qué? —le preguntó el médico, asombrado, y Joseph comprendió en ese mismo instante que nunca podrían ser amigos. Ransome incitó a Joseph a recorrer el Sendero de los Recuerdos. Allí Joseph se encontró con su abuelo.

Su abuelo era empleado de ferrocarriles y siempre usaba una camisa azul y un cuello postizo almidonado, blanco como la nieve, con un brillo de mica. Sacaba conejos saltarines hechos con pañuelos de las axilas y hacía surgir todo un zoológico de sombras en la pared floreada del dormitorio de Joseph con sus expresivas manos en esas solitarias noches en vela de su primera infancia en que le dolían las muelas o los oídos, cuando esos espectáculos parecían verdadera magia. Y le daba a Joseph una menta Foxes Glacier cuando iban al parque a mirar a los jugadores de críquet o a los futbolistas, según la época del año, el domingo por la tarde. Joseph sentía que esos recuerdos tenían la belleza y la autenticidad del agua gélida.

—Los caramelos venían envueltos en un papel con un dibujo de un oso polar erguido en un témpano de hielo —dijo Joseph. Ransome lo escuchó pero no dijo nada — Mi abuelo siempre me lo mostraba y me decía «Llevaría alegremente mi cruz; éste es *Alegre*, mi oso bizco». Cuando tenía cuatro o cinco años, eso me hacía llorar de alegría sin poder evitarlo pero ahora sólo me hace llorar. —El viejo había muerto de

cáncer de recto, posiblemente la muerte más humillante que podía haber. Joseph solía ver el rostro de su abuelo sobre las flores que había en el jardín de los cancerosos en el hospital. Cuando Ransome oyó eso, escribió algo en su cuaderno de notas.

—¿Quieres té? le preguntó Viv, peinándose el abundante bigote—. ¿Una deliciosa taza de té?

—¿Te acuerdas de tu abuelo, Viv? —preguntó Joseph vagamente, recordando el limpio olor del viejo, a jabón y tabaco de pipa.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Viv en tono suspicaz, dejando caer el peine; Viv era hijo ilegítimo, de padre desconocido, y la familia de su madre no quería saber nada de ella. Al recordarlo, Joseph se arrepintió de su falta de tacto y de haber herido los sentimientos del único amigo que le quedaba pero no había nada que decir, nada que se pudiera decir. Esos encontronazos de incomunicación habían hecho que, poco a poco, Joseph renunciara a la posibilidad de iniciar nuevas relaciones. Viv se alejó bufando a poner la tetera al fuego.

El cuarto se veía desnudo ahora que todo estaba bien ordenado; además, Joseph no tenía casi nada, aunque, cuando Charlotte vivía allí, el cuarto estaba lleno de cosas, pósters en las paredes, reproducciones, fotos sacadas de revistas, molinillos de café antiguos, una cafetera turca. Charlotte preparaba café turco de cuando en cuando para enfadarlo. Muchas veces peleaban a gritos; ella esgrimía sus artes culinarias como un arma, como si hubiera sido de clase baja. Una vez, después de someterla a una experiencia sexual particularmente extraordinaria, Joseph la había sorprendido mirándolo con aire sedicioso y Charlotte le había dicho: «Lo único que quieres es humillarme porque mi padre es director de varias empresas»; a continuación le había puesto ajo a todas las comida durante tres semanas. En otra época había habido en el cuarto innumerables flores mexicanas de papel, alfombras indias de felpa y cubrecamas estampados, pichelos esmaltados, cacerolas, ceniceros, prendas de todo tipo, cojines, discos, revistas, periódicos, cualquier cantidad de inofensivos objetos desordenados; la mayoría de esas cosas eran de Charlotte pero algunas eran de Joseph. Los álbumes de Frescobaldi. Robert Johnson, el Rey de los Delta Blues. Un búho disecado en una caja de vidrio. La calavera de un caballo que habían encontrado en Mendips, sin carne ni sesos, reducida a nada más que huesos y vacío. La habían encontrado allí, en un muro de piedras encajadas donde, años atrás, el caballo seguramente había muerto de frío en el invierno.

Joseph solía quedarse contemplando la calavera durante horas y horas. La observaba hasta que dejaba de parecer una calavera y se transformaba en un abstracto y blanquecino paisaje lunar lleno de grietas, cuevas y promontorios, y a través de esos óseos pasadizos serpenteantes conseguía extraer antiguas cuevas repletas de murciélagos dormidos a lo largo de sucesivas generaciones de los antepasados del hombre, hasta el comienzo del mundo. Allí los colores no habían alcanzado a secarse en la superficie de las cosas y taimados eohippus con diez dedos en las patas masticaban hojas increíblemente verdes de bosques de la era terciaria, olfateando

deliciosos olores en los nuevos vientos, y Caín aún no había asesinado a Abel, de modo que el tiempo no había comenzado. Joseph consideraba que el comienzo de los tiempos coincidía con el primer asesinato. Por eso, esa calavera de caballo le parecía un objeto muy inocente e importante pero había desaparecido como todo lo demás, no se podía estar seguro de nada. Seguramente había atravesado algún agujero metafísico de la materia como todos los libros de historietas, ¿dónde estaban ahora? En una época había tenido cuatrocientos treinta y siete libros de historietas, que leía y releía constantemente; su personaje favorito era el Superman, un buen salvaje con una fuerza bruta y una estúpida lealtad inusitadas. Se sentaba a leer historietas mientras ella leía a F. R. Leavis y a veces lo absurdo de sus inquietudes (ella buscaba la verdad, él quizá buscaba la inocencia) lo oprimía, así que se levantaba y se le abalanzaba encima.

Pero todo había desaparecido. Y «El clave bien temperado», su composición favorita; y alguien había robado el tocadiscos, a menos que hubiese sido de Charlotte, lo mismo daba. En algún lugar, de alguna manera, todas esas cosas se habían descreado o tal vez habían regresado a la naturaleza, las hojas de los libros se habían convertido en pulpa y luego habían vuelto a ser de fibra o habían llegado más lejos aun, quizás a ser blancas bolas de algodón que respondían voluptuosamente al tacto como el pecho de su gata blanca o altos troncos de abetos azulados; la calavera del caballo, secretando neuronas, se había convertido en crin, en cola, alejándose a pasos largos, gimoteando; y las prendas de lana habían vuelto a ser vellón de afables ovejas.

—Yo tenía un nutrido guardarropa —le dijo a Viv, que regresó y empezó a servir el té. Joseph tenía tres tazas de plástico y dos platos. Las tazas estaban muy manchadas con tanino por dentro—. ¿Qué sucedió con toda la ropa que tenía?

—Se la regalaste a los vagabundos, cariño —dijo Viv, sonriendo melancólicamente a través de una bocanada de aromático vapor.

—¿Y qué sucedió con todos los libros de historietas?

—Pasaron de moda, corazón.

—Dios mío, ¿tan superficial soy?

—No, cariño, pero te adelantas a la mayoría.

El té tenía un aroma tan fresco y nostálgico como el de las cinco y cinco de hacía muchos años, cuando el abuelo le hacía ingeniosos teclados con rebanadas de pan con mantequilla y la imagen de Dan Daré parpadeaba en el televisor.

—Me pregunto qué quieren decir cuando dicen que uno tiene que volver a ser niño para entrar en el reino de los cielos.

—¿Qué? ¿Estás pensando en intentarlo nuevamente?

Los dos desistieron de seguir haciendo comentarios maliciosos. Joseph podía sostener la taza si se enderezaba y la acuñaba firmemente entre los guantes de vendas. Había muchas almohadas, algunas conservaban un espectral perfume femenino; Viv seguramente había traído algunas que les sobraban en casa, quizás eran almohadas en las que le habían hecho el amor por dinero a su madre, la señora Boulder.

—¿Cómo te sientes ahora?

Era difícil responder esa pregunta; mientras iba cayendo después de la explosión, había construido un entramado al azar, una estructura fortuita que no podía descifrar. Sunny Bannister le había contado una vez que había tenido un gato risueño que decía ¡ah!, ¡ah!, ¡ah! Un automóvil lo había atropellado y los sesos le habían quedado desparramados pero, con la rapidez de un relámpago, Sunny los había recogido en el sombrero y los había metido de nuevo dentro del cráneo y el gato había quedado como nuevo en seguida; pero, en lugar de reír, se había puesto a ladrar. ¡Bou!, ¡uau!, ¡uau! Joseph comprendía la dolorosa desorientación del pobre gato como jamás había comprendido nada antes.

—Como fragmentos en un caleidoscopio o como los colores de un prisma, tal vez.

Pero había una diferencia: la catástrofe lo había reducido a una sumisión absoluta que lo llevaba a burlarse de sí mismo. Ahora había abandonado incluso la noción de sentido; nada era sagrado y, como su arbitraria resurrección no tenía causa alguna, nada que pudiese hacer tenía sentido, todos sus gestos eran tan falsos como los de un mal actor. Pero había cierta serenidad en ese vacío, una especie de insípido alimento en los espacios vacuos y en el aire seco de ese desierto arábigo del corazón en el que todos los relojes se habían detenido.

—La chica estaba en la cocina —dijo Viv—. Intenté hablar con ella un poco pero no quería charlar, estaba lavando no sé qué.

—¿Mm?

—La chica de los crisantemos. Ya sabes. Le dije que viniera a visitarte. «No te va a morder», le dije, pero ella no dijo nada. Si viene, trátala bien, no te pongas a gruñir; recuerda que te salvó la vida.

Una curiosa expresión santurróna le cruzó el rostro al decir eso pero Joseph estaba consternado ante la simplicidad del hecho, de que una chica desconocida le hubiera salvado la vida sin pedirle permiso.

—¿Por qué crees que me salvó? Si salva a muchos suicidas, ¿podría ser un perro guía para los ciegos?

—No creo que hayas regresado porque el jefe te envió en una misión especial —dijo Viv bruscamente—. ¿Por qué te das tanta lástima? Oye esto. Lo leí en el *Weekend Mail*. Puedes ponerlo en tu colección de datos fascinantes pero tiene una moraleja para ti.

Se paró en medio del cuarto y recitó solemnemente: Matthew Buchinger, conocido como «el enano de Nuremberg», medía solamente cincuenta y un centímetros y no tenía manos ni piernas ni muslos pero ese pequeño y dinámico alemán sigue siendo, después de casi trescientos años, un ejemplo de la capacidad del hombre para superar sus defectos.

»Nació el 2 de junio de 1674, siendo el menor de nueve hijos, y a temprana edad aprendió a tocar la flauta, la trompeta y el salterio ¡y con el correr del tiempo hasta

llegó a tocar la gaita! Usando las extremidades en forma de aletas que le servían de brazos, se convirtió en un excelente calígrafo y también dibujaba paisajes, retratos y escudos de armas. Era muy afortunado con las cartas y los dados, jugaba a los bolos y se afeitaba sin ayuda.

»Y lo más extraordinario de todo es que llegó a ser uno de los mejores magos de su época. En sus actos de magia, Buchinger hacía ese juego de prestidigitación de las bolas y la copa que exige una enorme habilidad, y hacía muchas otras proezas con las aletas. Sus encantadores modales hacían olvidar sus limitaciones a quienes lo observaban.

»Y este extraordinario mago no era menos diestro en el amor. Se casó cuatro veces y tuvo once hijos.

Durante el relato de Viv, Joseph empezó a sentirse cada vez más aburrido e irritado; Viv se detuvo por fin y lo observó con una mirada levemente acusadora, oscura, líquida, la mirada de un hombre que vive un universo no convencional, pero sí seguro y con normas morales.

—Ése era un Tío Tom de los deformes —dijo Joseph truculentamente, agitándose dentro del casco de buzo de vendajes—. Su vida fue una sola capitulación.

—Hay quienes consiguen superar sus males —dijo Viv, consciente de que su esfuerzo era inútil—. Ni siquiera parece que te fallara algo, cabrón, lo único que haces es quejarte.

—Barnum le ofreció un millón de dólares a Sarah Bernhardt por su pierna. Te apuesto que se la cortó feliz.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Nadie lo sabe —dijo Joseph—. No puedo explicarlo. —Desapareció bajo las mantas, debajo de las impúdicas almohadas de la señora Boulder. Se produjo un largo silencio. Luego Viv, evidentemente decidido a cambiar de tema, dijo:

—¿Has visto a esas enfermeritas con tocas que parecen halos?, yo le hice el amor a una. Era una pelirroja pequeñita. De County Cork. Acababa de terminar de trabajar, así que la llevé al Bajo y fue muy agradable, realmente, era un día tan bonito..., nadie diría ahora que tuvimos días de verano.

Joseph comenzó a quejarse en silencio.

—Nunca digo que no cuando me lo ofrecen. —Viv tosió con modestia y agregó—: Me juró que nunca había visto una cosa tan grande, ni siquiera en el trabajo, en los pabellones quiero decir; me sugirió que debería legarla al país, al Museo de Historia Natural. Nos divertimos mucho.

Sirvió más té y lo abanicó delicadamente con el sombrero de fieltro de alas anchas. Una vez que empezaba a hablar de sexo le costaba mucho dejar de hacerlo.

—A Rosie se la meto cada vez que se me presenta la ocasión. No habla mucho pero sonrío bastante, te da la impresión de que comunicas. —De pronto lanzó un grito como si hubiese tenido una súbita inspiración—: Lo que tú necesitas es un poco de sexo.

Ante la sola idea de hacer el amor sugerida sin más ni más, como una vagina servida en bandeja, Joseph se contrajo hasta convertirse en una semilla de baya y empezó a repetir una y otra vez: «Calla, calla, calla», pero nada podía cambiarle el humor a Viv cuando estaba en esa vena.

—En todo el mundo, en este mismo instante (miró el reloj) están copulando como locos y aquí estás tú, célibe como una calabaza desde que no me acuerdo cómo se llama se marchó, no me extraña que te hayas metido en este lío. Mira, un día de éstos voy a traer a esa Rosie; yo en tu lugar lo intentaría.

Estaba lleno de buenas y necias intenciones pero Joseph sentía tal horror ante esa pasmosa obscenidad, hacer el amor cubierto con aquellas gasas mugrientas, entregarse a escaramuzas dignas de El Bosco bajo la mirada ardiente del monje clavado en la pared que, sin contenerse, y deliberadamente para herir a su amigo, gritó:

—No le diría que no a tu madre.

—No podrías pagarle dijo Viv serenamente—. Tiene clientes muy refinados.

—Entonces ¿por qué no eres millonario?

—Por la bebida. Pobre mamá. —Bebió un poco de té, curvando el meñique, pero pese a su fingida indiferencia era evidente que la flecha había dado en el blanco cuando dijo en un tono más bajo que el habitual: — En realidad, Joseph, no me parecería muy amable por tu parte que te cargaras a mi madre.

La madre de Viv tenía una torre de rizos nacarados en lo alto de la cabeza; la frágil estructura se iba ladeando mientras ella bebía a lo largo de una velada mientras el sudor comenzaba a derretir la máscara de falso color melocotón encendido que se colocaba sobre su verdadero rostro, transformándola en un *palazzo* veneciano de estuco rosa a punto de precipitarse a un canal en una cascada de fango y cascotes. Los ojos eran lo único que se mantenía inmutable en la fachada ruinosa; tenía ojos sorprendentes y tristes, grises como la lluvia, los ojos de una infeliz muchacha atrapada (sin saber cómo) en una jaula de carne extraña, aparatosa y avejentada. Una vez, cuando estaban en el bar., Viv se había ausentado por un momento y ella se había estirado por sobre la mesa de tal modo que Joseph había sentido que se hundía en la oscura tierra de nadie que había entre sus pechos gigantescos y lo había besado en plena boca con un gran revuelo de labios y lengua. Recordando a Hipólito, Joseph se había negado enérgicamente a explorar cualquier senda que pudiese abrirse, por consideración a Viv, pero el episodio no había tenido ninguna secuela; la señora Boulder había vuelto a aislarse en sus majestuosos silencios, con las manos quietas.

—Igual puedes acostarte con Rosie; ella piensa que hay que decirle «sí» a la vida.

—Lo único que tengo que hacer es acercarme a ella y decirle «digamos que sí» y darle un empujón, ¿verdad?, así de simple.

—Antes de eso tal vez tengas que hablar del tiempo durante uno o dos minutos, por supuesto.

Viv sirvió más té con gestos propios de chimpancé de circo. Optó por posarse en

los brazos de las sillas y mordisquear los bordes de un bizcocho que iba haciendo girar con las manos peludas y simiescas. La raya que le dividía los cabellos no era más blanca que sus dientes. Siempre se comportaba como si estuviese en su propia casa. A veces, el supernatural buen humor de Viv le parecía a Joseph de pésimo gusto; después de todo, era amigo de Kay, los dos reían y sonreían juntos.

—Eres la luz de mi vida —le dijo Joseph amargamente.

—Tal vez le pida a Kay un poco de hachís, eso te haría bien.

—Vi a Kay pedaleando el otro día, parecía el hombre más feliz del mundo.

—Después de todo, fue a una escuela progresista, no es como nosotros —señaló Viv.

—No tengo que volver a trabajar al hospital —dijo Joseph—. Ransome dijo que todo lo que veía ahí era una película proyectada en glorioso *Kafkascope*, aunque no lo dijo con esas mismas palabras, por supuesto. ¿Qué voy a hacer cuando me recupere?

—Te has convertido en un parásito del estado, querido, como yo; así se vive en el siglo veinte. —Suspiró, se puso el sombrero y se mordisqueó una uña; tenía que irse, su grupo, la Ópera Eléctrica, tenía un ensayo. — ¿Puedo dejarte solo?

—Siempre que te llesves las cerillas.

En todo caso, Joseph se sentía tremendamente culpable porque Viv se mostraba tan ansioso por cuidarlo y, en cambio, lo único que hacía él era rumiar amargamente e irritarse. Y era la primera vez en varias semanas que estaba solo, libre de enfermeras y de los angustiosos efluvios de los pacientes (del latín *patior*, sufrir, término del que también se deriva la palabra pasión) y brillaba el sol. La gata estaba echada en el hueco de su hombro como un coágulo de sangre caliente. El viento empezó a soplar y golpeó violentamente en la ventana con un horrible estruendo que, al cabo de un rato, Joseph identificó como un distante tiroteo. Otra alucinación acústica; Ransome no le permitía admitir la existencia de las visiones. Pero el tiroteo se hizo más estridente; lo oía cada vez más claramente. Hasta el comienzo de las hostilidades, Vietnam había sido conocido como el arrozal de Asia pero ahora tenía que importar alimentos porque el fuego químico chamuscaba los frágiles cultivos, por no hablar de los frágiles cuerpos, y las balas zumbaban aunque Joseph sabía que era solo el viento que golpeteaba para que lo dejaran entrar. Igual daba que el tiroteo que oía fuese real o no, lo cierto es que allá volaban balas y caían bombas, así como los viejos seguían muriendo aunque él no estuviera de turno con un delantal blanco como el de Ransome para amortajarlos. No se trataba de ojos que no ven corazón que no siente. Se oyó un leve rasguño en la puerta.

«¿Quién golpea?», preguntó la gata en seguida sin un solo sonido, irguiéndose súbitamente; las orejas se doblaron como cucharas para prestar atención.

—¿Quién es? —preguntó Joseph, dominado por un temor indefinible.

La única respuesta fue una tos asexual. Joseph se estremeció entre las sábanas. El viento golpeaba en los cristales. Era Marilyn que le pedía que regresara a casa, le perdonaba todo.

—¿Quiere entrar?

La puerta se abrió de par en par. Joseph esperaba que apareciese un espíritu o una emanación pero su visitante resultó ser una mujer joven perfectamente común y corriente a la que no había visto nunca. Traía una fuente de pirex amarilla con una ramita de rosas de color amarillo más vivo a un costado. La mujer agachó la cabeza. Tenía cabellos castaños y un rizado artificial. Llevaba un traje ordinario de franela gris con una falda que le llegaba tres centímetros más abajo de las rodillas. Se quedó en el umbral, aparentemente evitando mirar a Joseph, al que, teniendo en cuenta su grotesco atavío, eso le pareció perfectamente natural.

—Vivo en el piso de abajo y hay un flan aquí en la fuente —dijo. Tenía una voz sin inflexiones, apagada y nada melodiosa y un acento de la región de los Midlands—. He hecho el flan con huevos y leche. Lo he preparado especialmente.

Le mostró la fuente con un gesto brusco, desagradable. La gata abandonó el colchón de un salto y corrió a olerle los pies; ella se apoyó primero en un pie, luego en el otro, tratando de evitar a la gata, que le molestaba.

—¡Qué bien! —dijo Joseph, absolutamente perplejo—. Un flan. ¡Qué bien!

Con gran esfuerzo se enderezó un poco en la cama para mirarla desde otro ángulo porque vista desde allí parecía un melodramático escorzo, una siniestra imagen de una película del expresionismo alemán.

—El flan es bueno para la salud.

Seguía sin levantar la cara. Con esas ropas anticuadas, bien podría haber sido casi tan vieja como la madre de Viv pero su aspecto era mucho menos interesante. Se produjo un largo silencio. Y ésa era la mujer que le había salvado la vida. En vista de ese terrible hecho, eran pocas las trivialidades que podían decirse; tenían un solo tema en común.

—¿Dónde puedo dejar el flan para que no le pase nada?

Se obstinaba en no mirarlo a los ojos; Joseph agradecía que existiese el flan, porque les daba un tema de conversación.

—Déjelo en la mesa. Sí, así está bien. Es muy amable, ha sido una excelente idea. —Se le fue apagando la voz.

Tal como había dicho Viv, tenía la pierna izquierda tiesa y una notoria cojera. Al fin le vio la cara, que resultó ser triste y pálida; no era ninguna belleza. Era el rostro anónimo en la muchedumbre de una chica con una bolsa de papel con comestibles que esperaba en una lluviosa parada de autobuses, o el rostro borroso de foto de periódico de una chica violada o asesinada por un perfecto desconocido mientras paseaba sola por un bosque; era un ladrillo liso en la muralla del mundo. La muchacha apoyó la fuente con el flan. Lo único que se oía era el sonido del viento que había vuelto a levantarse. Era evidente que quería marcharse pero era muy tímida o muy falta de gracia para saber hacerlo.

—Supongo —dijo Joseph al fin, de mala gana, puesto que había que decirlo— que tengo que agradecerle el que avisara a la ambulancia.

—No fue ninguna molestia —dijo ella fríamente.

«Sin duda, ahora todo se ve más claro», pensó Joseph.

Debajo de la chaqueta de hombros cuadrados, llevaba un vestido sin mangas y con cuello redondo de lana rosa deslucido, y un collar de perlas artificiales. Joseph la observó detenidamente uní sentimientos encontrados, indignación sobre todo; ella era el Orfeo que lo había rescatado de los infiernos sin detenerse ante nada, en cierto sentido era su segunda madre porque había regresado al mundo a través de ella.

—Le voy a contar algo fascinante —le dijo—. El mismo año en que Aníbal destruyó la ciudad de Sagunto nació un niño que le echó una sola mirada al mundo y regresó de inmediato al útero de su madre.

Ella dio un perceptible brinco al oír la palabra «útero».

—Lo cuenta Plinio el Viejo.

—Devuélvame la fuente cuando se coma el flan —dijo ella abruptamente—. Cuando se levante.

Se miraron tan inexpresivamente como criaturas de distintas especies.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó ella sin ninguna generosidad.

—Bueno, supongo que podría alcanzarme un libro para leer. De la caja. Cualquier cosa para matar el tiempo...

Ella eligió al azar *Alicia en el país de las maravillas*, un libro adecuado puesto que se parecía un tanto a la Alicia de Tenniel, seria y formal, aunque desgarrada y extraordinariamente poco atractiva. Cuando dejó el libro al lado de la cama le temblaba la mano, tal vez porque la perturbaba estar a solas con un desconocido o tal vez por algún otro motivo; se escabulló hacia la puerta.

—No sé su nombre —dijo Joseph, impresionado por ese hecho curioso.

—Blossom. Anne Blossom.

Hablaba en un tono que no tenía calidez alguna, como si las palabras se refirieran sólo accidentalmente a sí misma. Se estremeció y salió sin decir nada más. Aunque su apellido era Blossom^[2], no era en absoluto una flor, a menos que fuese un capullo tan cerrado que se marchitaría antes de florecer. Los tacones gruesos y altos bajaron golpeteando las escaleras. Y Joseph recordó que no le había agradecido los crisantemos que parecían gritar desde la repisa de la chimenea. Le costaba imaginar a la señorita Blossom entrando en una floristería y eligiendo esos monstruos tan hirsutos, leoninos y llenos de vida; un triste ramo de violetas o un ramillete de flores secas de color sepia habría sido más propio de ella. Los crisantemos estaban metidos en el frasco de mermelada. De ciruelas, nada sabrosa. El viento golpeó como un puño en los cristales que había colocado Viv. Joseph pensó en delicados fantasmas orientales con rostros de porcelana hecha añicos y vio que el monje seguía ardiendo y que una Marilyn viva no dejaba de reír en el mundo bidimensional de papel en el que se refugió; abrió el libro por cualquier página y se sumergió en las letras sin sombra.

«—No veo a nadie en la calle —dijo Alicia.»

—Ojala tuviese tan buena vista como tú —dijo el rey, indignado—. Ser capaz de

no ver a nadie. ¡Y a esa distancia, además!

Las sombras lo perseguían; lo obligaban a practicar bibliomancia o adivinación a través de los libros. Dejó que el libro se le escurriera de entre las manos y cayera al suelo. ¿Qué estaría haciendo la señorita Blossom, esa corteza de mujer? ¿Estaría preparándose una frugal tostada con habichuelas o dedicándose a alguna otra actividad insulsa e insignificante, planchando ropa interior de rayón o llenando un formulario? Mantenía bien plegadas las comisuras de los labios para que nada se escapara. ¿O era ni más ni menos que Alicia y lo había visto allá arriba cuando nadie más alcanzaba a verlo?

Cuando se dejó llevar por el sueño, la gata lo sorprendió al acomodarse nuevamente sobre la almohada; no soñó nada, o si soñó fue un sueño de perfecta negrura.

Tres

Joseph no volvió a ver a la señorita Blossom hasta que se levantó, y eso ocurrió en extrañas circunstancias. Le habían quitado las vendas y las heridas iban cicatrizando pero seguía hundido en el tiempo; un domingo por la mañana salió muy temprano a comprar periódicos en los que se relataban hechos o al menos se describían cosas que podían haber sucedido. Los objetos y los olores que había en la tienda (cajas con refrescos de lima, frascos de caramelos y barras de regaliz, un olor penetrante de cartones, papel de periódico y chocolate) eran los mismos de su infancia y a veces esa excursión era dolorosamente nostálgica pero más que nada sentía una perfecta indiferencia. El vendedor de periódicos estaba aún ordenándolos mientras bebía té de un enorme pichel. Era un hombre serio y cruel, que había sido soldado profesional; cuando vio los dedos vendados de Joseph dijo curiosamente complacido: «Hola, veo que has estado luchando». Joseph sintió un estremecimiento horripilante al coger los periódicos y los cigarrillos de manos que habían asesinado a sangre fría. La cara del vendedor de periódicos era de color carroña.

Joseph había estado una vez en la tienda mientras Kay, que lucía una gorra verde de explorador, gafas de sol y pendientes, curioseaba en el estante de libros de bolsillo. Iba descalzo. Su respiración era sonora, ruidosa, húmeda e íntima; se reía sin motivo y farfullaba comentarios sobre *Confesiones de una ninfómana* o *Técnicas secretas de placer erótico* y diversas traducciones del sánscrito mientras el vendedor de periódicos lo miraba de arriba abajo y se iba encolerizando lentamente. El individuo murmuraba:

—Cómo me gustaría hacerle marcar el paso con los pies descalzos a ese tipo que anda sin zapatos, uno, dos, media vuelta, izquierda, derecha.

Pero aquello que convertía a Kay en un insulto ambulante para tanta gente no era en realidad ni la ropa ni el largo del pelo sino algo de su fibra esencial, un curioso resplandor, esa cualidad que indignaba tanto a Joseph.

Cuadrándose de hombros para un desfile y un ejercicio imaginarios, el vendedor de periódicos anunció que era una mañana encantadora. Clavó el índice en un dramático titular, la violación y el asesinato de una niña. Había una foto del hombre gris y maduro condenado por el delito; no dejaba de tener cierto parecido con el padre de Joseph, así que leyó atentamente el pie de la foto para asegurarse porque era imposible prever cuándo podían perder los estribos los hombres maduros. La niña tenía seis años y llevaba un conmovedor lazo en los cabellos.

—Matarlos a palos, eso es lo que habría que hacer con los asesinos de niños. Son peores que los animales. Habría que hacerlos trizas. Yo me ofrecería a hacerlo. Para darles una buena lección.

Sorbió ruidosamente un poco de té y le vendió el *Observer* a Joseph que, meditando en la violencia con que había empezado el día, regresó por donde había venido. Habían comenzado los fríos albos del invierno. La escarcha se endurecía

bajo los pies y blanqueaba los cordoncillos de musgo congelado entre los adoquines. Delante del semicírculo había un jardín bordeado por una cerca de hierro. En el interior, castaños de Indias y hayas rojizas iban dejando caer las hojas en el mismo lugar donde rígidas institutrices habían vigilado a niños limpiísimos que jugaban en un tapete de césped verde pero ahora había vagabundos que dormían en el vivero abandonado y un césped largo y frondoso, y el único toque de elegancia que aún quedaba era un niño de piedra de pie en un pedestal, que tocaba un silbato quebrado de piedra junto a una espinosa maraña de rosales; la embestida del tiempo le había arrancado uno de los brazos y tenía la barriga cubierta de groseras frases obscenas. Parecía a punto de ser circuncidado por un bonete de escarcha, al frente de tristes recuadros cubiertos de pálidos áster silvestres y malezas que tenían el color sepia de las fotos antiguas. Bien podría haber sido el último niño perdido que, congelado por un capricho del tiempo antes de que pudiera escapar, se había quedado allí convertido en piedra oyendo las voces de los muertos por siempre jamás. Más allá del desolado jardín, la loma descendía hacia el río cubierto por un enorme vellón dorado que flotaba en el aire; el cielo estaba esmaltado de azul y oro; prometía ser un día frío, resplandeciente, hermoso.

En medio de esa luz serena y fascinante, los leprosos muros del semicírculo brillaban como la nueva Jerusalén y por ser el día de descanso todos dormían apaciblemente, con las mejillas apoyadas en las manos, la cabeza en la almohada, amantes, niños y matrimonios, sumidos en felices sueños, la vieja de la planta baja de la casa en la que vivía Joseph soñando con su padre, convertida en el mascarón de proa de su barco, desafiando las olas del infinito Pacífico, la gata de Joseph soñando, en la cálida cavidad del colchón, con palomas increíblemente estúpidas y alas de pollo que caían de una nube. Pero en el jardín había algo que no dormía. Joseph se detuvo a mirar. En la gélida mañana de color albaricoque, una onda estremecía los restos de hojas y los matorrales.

No era un sueño. Quizás era un vagabundo que se había levantado de un lecho de hojas y césped pronunciado una oración de maldiciones al nuevo día. O espectros de niños Victorianos jugando un fantasmal tú la llevas. O Charlotte dando vueltas alrededor de la estatua, un fantasma envuelto en franela gris que se movía por el jardín en busca de algo, Charlotte que buscaba algo perdido para siempre, algo como la sensibilidad. El corazón de Charlotte. El corazón de Joseph. Vio los hombros duros de un anticuado traje de franela gris que Charlotte jamás habría usado, aunque por supuesto que no era Charlotte; ella estaba en Hampstead, seguramente acostada con un judío o un negro. Los cabellos de la chica se confundían con la maraña marrón que la rodeaba. Era la señorita Blossom, sola y vagando indolentemente. La señorita A. Blossom, cuya fuente había olvidado devolverle y nunca se había acordado de tirar sus crisantemos tampoco, aunque estaban francamente marchitos. ¿Que podía estar haciendo en el jardín tan de mañana? Ni un solo pájaro cantaba. Era un enigma, con su traje de secretaria entre las flores mustias.

Curioso, Joseph bajó despacio al jardín por las escaleras de piedra y miró atentamente a través de la cerca. Por estar en la ladera de una colina, el jardín descendía abruptamente alejándose de sí mismo en espasmos, de modo que las ramas más bajas de los árboles plantados en el otro extremo se extendían a la altura de los hombros cerca del vivero. En las ramas sólo quedaban unas pocas hojas afiligranadas. La señorita Blossom llevaba ramas en los brazos y acariciaba las varas delgadas con ciega pasión, aferrándolas febrilmente y rozándolas con ternura. Su rostro era absolutamente inexpresivo. Las campanas de una iglesia empezaron a repicar. Era una mañana dorada, que absorbía velozmente la escarcha extendida sobre el césped. Con su traje severo, la señorita Blossom acariciaba las varas allí donde, apenas visibles, apenas tangibles, comenzaban ya a asomar los atisbos de las nuevas hojas. Tenía una mirada ciega y vacía como la del niño de piedra. Joseph estaba sorprendido de que fuera capaz de tanta pasión.

Era la mujer más retraída del mundo. Vivía en la misma casa que él, absolutamente apartada. Joseph jamás había oído el sonido de una radio o de un tocadiscos en su cuarto ni había visto a nadie que hiciera sonar la campanilla de la puerta. Nunca se había encontrado con ella en la cocina cuando estaba allí. La señorita Blossom se movía en medio de una bruma de anonimato que la ocultaba por completo. Nunca la visitaban. A veces había cartas para ella en la mesa del vestíbulo pero provenían de Su Majestad o eran circulares impersonales con sellos de tres peniques, nunca cartas con sobres escritos con letra curvilínea y tinta violeta o escritos a mano con la puntiaguda letra de un niño ni tarjetas de cumpleaños ni abultados paquetes postales. La señorita Blossom alzó el rostro hacia el sol y abrazó los ramilletes como la amante más solícita. Pasó el tiempo. Las campanas dejaron de zumbar y vociferar y se convirtieron en un solo y regular tañido. Joseph sabía que no debía interpelar a esa extraña ninfa que parecía una muñeca holandesa, de modo que regresó a casa, se preparó un frugal desayuno y, luego, destrozó el *Observer* e hizo varios aeroplanos de papel. Sentado en el pretil por el lado de afuera de la ventana, arrojando aeroplanos al aire, lanzando datos a los cuatro vientos, no dejaba de pensar en la señorita Blossom, pero cuando se inclinó a buscarla con la mirada, o bien las ramas la ocultaban o había desaparecido.

Pero le llamó la atención la voz que decía en su mente en tono severo: «¡Devuélvele la fuente, grosero!» Después de meditar un poco, descubrió que era la voz de su superyó. Le alegró comprobar que su superyó seguía funcionando; temía haberlo extraviado en su paso por la tumba, o tal vez antes. Era una voz varonil y categórica. Imaginó a su dueño, el Extraordinario Superyó, un superhéroe como Batman, Linterna Verde o Capitán América, un gigante asexuado con leotardos blancos ajustados y un casco plateado en la cabeza. El villano sería el Hombre Ello, un desenfreno de culebreos Art Nouveau adulador, angustiado y de color malva y verde. El Superyó contra el Hombre Ello. ¡Pobre yo en medio de esa batalla! Obedeció a la voz; decidió devolverle la fuente. Por lo tanto se peinó y se arregló un

poco.

Estaba mugriento y desgredado. Tenía un rastrojo gris en la cara que seguía cubierta de costras. Los cabellos le habían crecido hasta más allá del grasiento cuello de la camisa. Mientras contemplaba su imagen fracturada en el espejo se le ocurrió que podría claudicar del todo y terminar como el viejo Sunny o peor aún, sin el consuelo siquiera de un violín imaginario. Tenía los cabellos tan enredados que casi parecían fieltro y las manos muy torpes a fuerza de no usarlas. Joseph esperaba que fuese una mujer maternal y que quizá se ofreciera a lavarle las camisas, pero no estaba en casa. El breve descenso hasta su puerta le había significado tanto esfuerzo y provocado tanta inquietud (hasta había lavado la fuente de pirex en la cocina y la había secado, además) que se sintió terriblemente ofendido cuando no respondió a su llamada. Agitó el puño con gesto amenazador ante la puerta en la que una nota escrita con panzudas mayúsculas de cuaderno de caligrafía decía simplemente BLOSSOM. No sabía qué hora era; podría haber sido la hora de ir a la iglesia por la mañana o incluso la hora del paseo de la tarde. Intentó adivinar adonde podría haber ido la señorita Blossom, pero no se le ocurría. Golpeó la puerta con furia impotente pero cuando hizo girar la manivela descubrió que se abría en seguida porque ella no era celosa y no tenía nada que ocultar o que valiera la pena robar.

BLOSSOM. Entró en el cuarto, que era más amplio que su ático, porque estaba en la parte posterior de la casa; no tenía más vista que el techo plano de un supermercado. La vista era tan reducida que ni siquiera alcanzaba para un buen trozo de cielo. Las paredes estaban cubiertas con un papel listado con motivos de flores de lavanda de un plateado descolorido; había una franja de glicinas. El sol nunca entraba en el cuarto. Era una habitación amueblada, llena de muebles del propietario: una cama angosta y tosca, un tocador con manchas marrones y cajones que no cerraban bien, una mesa plegable desvencijada. Joseph se alegró de vivir entre sus propios y modestos palos y cajas de naranjas sin ninguno de esos cachivaches que atestaban el resto de la casa.

La señorita Blossom no había hecho ningún intento de modificar o transformar el cuarto salvo para colocar una pequeña ardilla de cerámica y un reloj despertador esmaltado de color rosa sobre la chimenea, junto a un cuadro de ganado en un riachuelo escocés en tonos col roja y salsa, sin duda de gusto del propietario. En medio del silencio, el sordo tictac del reloj tenía un sonido insistente, ligeramente desagradable como el zumbido de una mosca. Las manecillas indicaban que eran las tres menos diez. Había tres medias de nylon puestas a secar en una percha colgada en el hogar. Había un aparador empotrado. Abrió la puerta. Tazas y platos. La gemela de la fuente de pirex. En otro estante había algunos cosméticos, una crema para el cutis y polvos de tocador y un lápiz de labios. Lo abrió torpemente y probó el color en la muñeca. Era muy rosado. La señorita Blossom había atado cuidadosamente con una cuerda un montón de revistas femeninas para dejárselas al recolector de papeles usados. No había casi nada en el aparador o en el cuarto que demostrara que podía

vivir con la intensidad de la fea Eva a la que había visto en el jardín esa mañana.

Dejó la fuente que había traído en la mesa plegable, que se estremeció ante el impacto. En el cuarto no había más que un olor a mujer, mohoso, dulzón y añejo. La señorita Blossom cubría su personalidad con un espeso velo. Joseph abrió un cajón del tocador y solo encontró ropa interior, resistentes sostenes, medias y calzas de algodón. Productos para hacerse la permanente en casa metidos en su caja de cartón. Nada más. Joseph no sabía qué esperaba encontrar, tal vez un roblecillo en una maceta o su corazón carmesí fuera del pecho y bien envuelto en un saco perfumado hecho con un pañuelo para ponerlo a resguardo.

Joseph se descubrió entonces en el espejo y quedó paralizado. Espejito, espejito, ¿quién es el más feo de todos? Hacía ya meses que no se veía reflejado en un espejo alto y ahora se sorprendía con las manos sumergidas en ropa interior. Allí estaba, como un Walt Whitman al acecho o un Don Quijote entregado a un recóndito fetichismo, cubierto de cicatrices, con una barba de varios días y una cofia de patriarca de los Antiguos Fieles, flaco como el hambre, sucio y desgredado cuando había hecho todo lo que podía por arreglarse, toqueteando las prendas íntimas de esa chica desconocida con sus manos repulsivas. Se sintió avergonzado. Cerró el cajón con toda la rapidez que se lo permitía la madera torcida e hinchada pero el empujón que dio al cerrar el testarudo cajón hizo que una cajita de celuloide que había encima del tocador sonara como una calabaza llena de semillas. Era una caja redonda con un conejito que apenas sobresalía de la tapa; tal vez estaba destinada a guardar imperdibles para bebés. Era una caja vieja, abollada y descolorida que contenía dos reliquias de la historia más antigua del mundo: un minúsculo rizo de cabellos extremadamente finos y sedosos atados con un trocito de cinta azul y un angosto anillo de compromiso con un mínimo diamante, de los más baratos. Joseph recordó que, después de los bombardeos de Dresde, habían colocado todos los anillos en cubos para identificar a las víctimas por sus románticas inscripciones. Con mucho cuidado volvió a colocar la tapa de la caja de celuloide en su lugar y salió del cuarto, cerrando delicadamente la puerta a sus espaldas como evitando perturbar a alguien.

De modo que la señorita Blossom tenía una modesta historia de amor y traición, una tragedia tan trivial y abrumadora como todas las estadísticas sobre accidentes de tráfico o cualquier chica que llorara silenciosamente sobre la almohada para no despertar a su madre o a su esposo o las drogas calmantes e inútiles que se le dan a un moribundo; la huesuda, acongojada y virginal señorita Blossom había sido tristemente abandonada a su mala suerte como el niño de piedra en su pedestal, en un perpetuo otoño. Tendido en el colchón, despierto pero soñando con simples desgracias domésticas como labios hendidos, enfermedades de la piel e impotencia, Joseph vio aparecer las primeras estrellas en la ventana; Viv entró de un salto, provocando una explosión de luz en el cuarto. Quería que Joseph fuera a tomar un trago con su madre, que no trabajaba esa noche.

—Estás hecho una porquería. Peludo y mugriento. Estás todo desarrapado, tan

mal como cuando te expulsaron de la universidad del saber. Necesitas una buena dosis de agua y jabón, eso es lo que necesitas.

Viv relucía de agua y jabón. Se había partido los simiescos cabellos en su centro matemático y su bigote estilo káiser Guillermo lucía elegantemente cepillado. Iba vestido cómodamente con pantalones acampanados, comprados por siete chelines y seis peniques en un saldo de ropas de la Marina, y un jersey de lana lila que había sido de su madre; era tal su aplomo y tenía una sonrisa tan genial y constante que daba la impresión de una absoluta corrección y un gusto exquisito. Caminaba como un hombre que llevara un sombrero de oro puro. Joseph lo dejó quitarle con un cepillo las migas de bizcocho que lo cubrían y se extendían en un grueso sedimento sobre la cama, pero no le alcanzó el tiempo para lavarse y lamentó amargamente tener la cara sucia cuando vio a la señora Boulder que, como siempre, lucía inmaculada.

Estaba sola, sentada en una banqueta de cuero en el vestíbulo recubierto de madera marrón y con cortinas de chintz de un bar. amplio y sombrío de ladrillos rojos en la calle que bordeaba el río. No había nadie más en el vestíbulo. Detrás de su cabeza, en un hueco en la pared, había un ramo de tulipanes y narcisos de plástico, iluminado con un tubo de neón. La señora Boulder estaba bebiendo whisky y cerveza. Le desagradaba estar sola y vigilaba nerviosamente la puerta. Aferraba de tal manera la cadena dorada de su bolso blanco acolchado y reluciente que la cabritilla blanca de los guantes no tenía ni una sola arruga y brillaba en los nudillos. Lucía impecable en un traje de lanilla blanca; la chaqueta era tan estrecha que se alcanzaban a ver los tirantes del sostén, porque no llevaba blusa. A su lado había un impermeable blanco lustroso pulcramente doblado. Era una mujer gorda y pálida, y estaba pintada como una estatuilla religiosa.

—Dios mío, Joseph, te ves horrible —dijo.

Tenía un acento londinense y no hablaba mucho aunque su voz era hermosa, grave y fría. Nunca le había dicho a Joseph en qué barrio de Londres nació; tampoco hacía preguntas ni decía nada sin que le preguntaran. Joseph besó la mejilla esmaltada. Sus aterradores ojos desnudos no habían envejecido en absoluto, seguían teniendo treinta años menos que ella y ahora estaban llenos de solicitud y de preocupación maternal. Joseph recordó haber creído que lo había besado pero sabía que había sido un sueño o que ella estaba muy, muy borracha.

—Pareces un vagabundo —dijo ella con desaliento porque consideraba que el hábito hace al monje. Le dio a Viv un billete de una libra y le pidió que les comprara tragos; después de eso se quedó en silencio, mientras sorbía el whisky con el meñique encorvado en ese gesto delicado que Viv imitaba, dejando una ancha huella en forma de corazón en el borde del vaso. Joseph sintió una oleada de afecto.

—¡Qué helada cayó esta mañana! —comentó; siempre sostenían ceremoniosas conversaciones sobre el tiempo y a veces sobre asuntos de salud.

—Es natural en esta época del año —dijo Viv, que era mucho menos provocador

cuando estaba en presencia de su madre porque sabía cuánto lo quería y eso lo cohibía un poco. La señora Boulder bajó los gruesos párpados, que tenían el color y la forma de conchas de mejillones.

—Ya se acabó definitivamente el verano —dijo la señora Boulder en un tono parejo que, sin embargo, encerraba alusiones azul oscuro con profundos matices simbólicos.

—Han atrasado la hora de los relojes —dijo Viv con una misteriosa satisfacción.

Joseph suspiró aliviado. Las conversaciones con la madre y el hijo tenían la rigurosa precisión de un conjunto barroco de flautas dulces; la partitura incluía unos silencios extremadamente prolongados y armoniosos. Durante los silencios, el golpeteo del viento se calmaba y las llamas se apartaban para que las víctimas pudiesen pasar sin sufrir daño. La señora Boulder extrajo una cajetilla de cigarrillos mentolados largos del interior perfumado de su bolso; siempre se fumaban sus cigarrillos. El bolso tintineó cuando lo movió porque estaba lleno de lápices de labios, polvos dorados compactos, cajitas con colorete y estuches con sombreadores. Comenzó a observar atentamente algo que veía en el espejo que había detrás de la barra, algo desagradable aunque muy cautivante que Viv y Joseph jamás verían. Estaban muy cómodos en la salita marrón; no había entrado nadie más y el camarero casi no hacía otra cosa más que charlar con sus amigos en el bar.

—Tráenos más bebida, Vivvy.

Joseph tenía algo de dinero pero ella lo ignoró y, haciéndola chasquear, le dio otra libra a su hijo.

—Después de todo —dijo—, como viene se va.

—¿Cómo dijiste que se llamaba la chica, Viv?

—¿Qué chica?

—La que me encontró.

—¡Ah! Anne. Anne la huérfanita.

—Ella... —Pero ¿por qué contarles a sus amigos los secretos de una perfecta desconocida? Se detuvo bruscamente. — Nada.

—La veo con su máquina de escribir-dijo Viv ambiguamente.

—¿Cuándo?

—En el autobús, alrededor de las cinco y media. ¿Cuándo iba a ser?

—Por supuesto, tú viajas mucho en autobús y todo eso.

—¿Queréis patatas fritas? ¿Mamá? ¿Joseph?

—No. No, gracias.

—¿Mamá? ¡Mamá! ¿Quieres patatas fritas?

La señora Boulder llevaba una sencilla cruz dorada colgando de una delgada cadena que se mecía hasta hundirse en la profunda y rolliza carne de color ámbar entre las solapas de la chaqueta. Esa piel suave y marchita era la envoltura que cubría su maltratado cuerpo, oculto bajo las más profundas capas ameloconadas de base y polvo. Viv había mamado de esos pechos en su simiesca infancia. Viv, que ahora

mordisqueaba pulcramente, una a una, las patatas fritas con sal y vinagre que había comprado con el dinero de ella.

—¿Cómo está la Ópera Eléctrica?

—Más o menos. El estroboscopio se estropeó anoche. Casi me da un ataque.

Joseph cruzó el bar. en dirección al lavabo. El bar. no se parecía en nada al vestíbulo; era mucho más amplio, mucho más frío, no tenía una cómoda alfombra sino baldosas heladas y tintineantes. Había una máquina tragaperras; a ratos, jugaba en ella un muchacho con vaqueros y una chaqueta de cuero con la leyenda «**travestiburgo**» en la espalda escrita con tachuelas doradas. Los cortes que tenían las banquetas de cuero arrimadas a las paredes parecían haber sido hechos con cuchillos. En la chimenea vacía había cajetillas de cigarrillos aplastadas y un esputo fresco. Dos ancianas con chaquetas grises de punto miraron con curiosidad a Joseph y luego comenzaron a beber a sorbos la cerveza negra y a murmurar, perturbadas como si su aparición presagiara el fin del mundo. Un chico de rostro delgado y pálido y un elevado copete de pelo negro untado con brillantina hizo funcionar la gramola. El brazo articulado se alargó y seleccionó un *rock and roll*. Un joven y una muchacha estaban sentados ante una mesa redonda. La muchacha tenía extraordinarios ojos negros relampagueantes y una gruesa mata de pelo negro peinado hacia atrás; parecía ser toda vitalidad pero el joven era pálido y de aspecto apático. Su traje azul marino era demasiado anguloso. Llevaba una corbata rosada. Tenía el pelo rizado y de un dorado oscuro. Estaban cogidos de la mano. El bar. era un lugar triste pero apacible; pero cuando Joseph salió todo había cambiado.

Kay iba a ese bar. a veces. Allí estaba; la música había dejado de sonar.

La muchacha de ojos negros estaba de pie, bailando un fandango; comenzó a agujerear el inquietante silencio con estallidos de risa metálica, chasqueando los dedos como si fuesen castañuelas. Era un ostentoso baile erótico, pero encerraba la glacial amenaza de una danza de una tragedia isabelina representada por asesinos disfrazados con cuchillas ocultas. Se detuvo repentinamente y, con un extraño gesto maternal, comenzó a acunar la cabeza del joven de corbata rosada contra los pechos palpitantes. Él parecía conformarse con ser un pasivo objeto de utilería en la escena que ella representaba. Las ancianas se acercaron una a la otra y empezaron a murmurar. Kay se hurgó la nariz. El chico de la corbata rosada tenía ojos de animal que ha pasado por las manos de un taxidermista, parecía un venado muerto y disecado; si uno se quedaba largo rato mirándolo a los ojos, podía comenzar a dar gritos. Joseph empezó a sentir una profunda inquietud por ese joven con ojos muertos. La muchacha le besaba los rizos desgreñados sin dejar de mirar a Kay, que parecía más menudo que nunca en el espacio abierto del bar.

—No estaba haciendo nada, sólo estaba comprando pitillos, y ella me tiró un vaso antes de que me dieran el cambio —dijo, como hablando para sus adentros, en un tono de infinito pesar.

El vaso estaba hecho trizas en el suelo. El perro del bar., un fox terrier rechoncho

y viejo, se elevó de rebote en el aire y quedó con las cuatro patas suspendidas, gimoteando, ansioso por acercarse a la barra. Un pálido espectro apareció en el umbral, la señora Boulder.

—Tú empezaste, ¡maricón de mierda! —dijo la muchacha enfáticamente. Los ojos le centelleaban, los pechos se le mecían de arriba abajo— Tú empezaste, por eso te tiré el vaso.

El ambiente del bar era inconexo; los hechos se sucedían sin secuencia, deshilvanados, incongruentes. La causalidad seguía siendo oblicua. La violencia parecía flotar en el aire, a punto de desencadenarse.

—El mundo está lleno de problemas —dijo el camarero aforísticamente.

El chico de la corbata rosada se contrajo de pronto con un gesto brusco y empezó a hablar. Joseph tenía la sensación de que le recordaba a alguien. El chico hablaba aceleradamente, en un confuso parloteo.

—Su madre es irlandesa, no puedo controlar el carácter de una irlandesa, tiene un carácter endemoniado, su madre es irlandesa, es mitad irlandesa, ¿cómo queréis que controle el carácter de una irlandesa?... no puedo controlar el carácter de una irlandesa...

—Ya lo veo —dijo Kay con cierta dureza. Dirigiéndose al camarero, añadió con voz dolida—: Nunca he armado líos en este bar. ni he tenido actitudes antisociales y ahora viene una loca y me tira un vaso, no está bien dejar que una loca como...

Pero antes de que pudiera continuar, el chico de la corbata rosada lanzó un grito agudo, penetrante, y se abalanzó hacia adelante. Voló en el aire; en seguida, con un gesto elegante y aire de bailarín acrobático, Kay se encaramó de un salto en la barra. Al no dar en el blanco, el otro se estampó en el suelo entre los trozos de vidrio. Kay se puso de pie en la barra y miró hacia abajo con aire impasible. Las ancianas que estaban en el otro extremo del bar decidieron beberse a sorbos la cerveza negra como si nada sucediera. El perro comenzó a lanzar fuertes ladridos. El chico de la corbata rosada se retorció y sollozaba sobre las baldosas. Comenzó a escupir palabras de nuevo.

—No puedo controlar el carácter de una irlandesa y ella siempre me ha cuidado, estoy más que medio loco. Acabo de salir de un sanatorio y estoy más que medio loco, no me digáis que estoy chalado por amor de Dios, y tú que andas con esos pendientes dorados y yo vengo y te miro, ¿para qué te pones pendientes dorados si no quieres que te miren?, te estoy mirando pacíficamente y tú dices «¿Y a ti qué te pasa?», y es que no lo puedo soportar, es demasiado...

La chica estaba de pie con las manos en las caderas; sus rojos labios demoníacos se extendían en una sonrisa artificial de bailaora de flamenco.

—No es cierto —dijo—. Acaba de salir de chirona. ¡Dios mío, cómo miente!

El chico se revolcaba en el suelo, convertido en una sucia fuente de lágrimas. Kay se quitó las gafas de sol y las limpió. Tenía ojos grandes, serenos, descoloridos; sin las gafas, su expresión era afable, dulce incluso. Volvió a ponerse las gafas; ahora

parecía el Rey de los Demonios.

—Debería conseguirse otra chica —dijo en un tono que parecía una campana liviana agitada por el viento.

La muchacha tomó aliento con ímpetu, cogió otro vaso de una mesa y se lo tiró a Kay; no lo golpeó y se hizo añicos en la barra, rompiendo una botella de ginebra que explotó en una cascada azul y blanca. El perro siguió ladrando y Kay se alejó de la barra apoyándose en una banqueta, veloz como un pájaro o Peter Pan atado a un alambre que colgara de lo alto. En el bar, sólo quedaban vidrios rotos y lágrimas y las ancianas, que de pronto empezaron a hablar en voz más alta. El joven del copete negro colocó otra moneda de seis peniques en la gramola y el habitante de Travestiburgo se abrió paso a través de las astillas para comprar una cerveza con jengibre y Joseph descubrió que el chico de la corbata rosada le recordaba al tejón del zoológico, el tejón loco, confinado y sometido a la extrema humillación de una jaula de cristal pero que seguía gritando como un demente «No me rindo» contra un mundo demente. Joseph se acercó a ayudarlo a ponerse de pie pero la chica se le adelantó. Se arrodilló y acarició con arrebató al joven. Él alzó el rostro estriado de negro y blanco por las lágrimas.

—Lo habría matado —dijo— Lo habría estrangulado con las manos, me habría bastado con un poco de tiempo.

Ella se inclinó hacia adelante y se echó a reír, con una risa gutural y burlona, muy desagradable. Siguió riendo hasta que se le empezó a emborronar la pintura de los ojos.

—Me vas a matar —le dijo—. Tú y tus malditas bromas en las fiestas.

En el bar, del vestíbulo, la señora Boulder parecía un muñeco de nieve que se estremecía, tiritaba y se derretía. Viv la metió dentro del abrigo y exclamó:

—¡Esa Magnani ordinaria que tenemos de vecina! ¡Mira que tratar de hacerle perder la chaveta a ese pobre tipo!

—La violencia me repugna dijo la señora Boulder— ¡Cómo me repugna la violencia! ¡Ay!, Vivvy, ¡ay!, mi corazón. No soporto la violencia.

La sacaron a la calle y la llevaron a casa.

—Estoy hecha un manojo de nervios —dijo la señora Boulder—. Me voy a acostar.

—¿Quieres subir un rato, cariño? —lo invitó Viv—. Podríamos mirar la tele —añadió sin entusiasmo.

—No —dijo Joseph, frenético—. No, pero ¿tienes un cortaalambres en casa que me puedas prestar y un saco tal vez?

—Hay un cortaalambres que usaba cuando afinaba el piano —dijo Viv titubeando—. Pero ¿para qué quieres un cortaalambres?

—Voy a soltar al tejón —dijo Joseph, brincando de impaciencia, porque sabía que era lo más importante que podía hacer.

Viv no estaba en absoluto convencido, pero finalmente encontró el cortaalambres

que quería Joseph; no había ningún saco en el piso pero le prestó un talego con cremallera en el que cabría perfectamente el tejón.

—Iría contigo pero no puedo dejar a la vieja, como te imaginarás —dijo, atormentado por no saber a qué lealtad obedecer.

La señora Boulder estaba acostada en la generosa cama, roncando a tal volumen que se la alcanzaba a oír desde el diminuto vestíbulo. Joseph, preocupadísimo, cogió precipitadamente el talego y el cortaalambres murmurando unas palabras de agradecimiento y se marchó de prisa. Una luna con rostro gatuno sonreía desde lo alto.

Joseph subió corriendo la colina; corrió sin resuello callejuela arriba detrás del semicírculo ruinoso donde vivía Viv, con todos los balcones de cara a la ciudad; salió a la calle luego de recorrer la callejuela sumida en una oscuridad que sólo iluminaban unas pocas lámparas de gas anticuadas y la tenue y traicionera luz de la luna. Kay, que se acercaba en bicicleta, hizo sonar furiosamente el timbre, apretó los frenos, tropezó y aterrizó en el suelo con una voltereta. La bicicleta se desplomó. Se produjo un revuelo de ruedas que giraban y sonidos agudos como cuerdas de violín pulsadas. Kay quedó sentado en el pavimento. Los huesudos brazos y piernas formaban extraños ángulos, como los de una mantis. Joseph se detuvo, jadeando, desconcertado ante esa interrupción.

—Espacio que tengo prisa —dijo Kay al cabo de un rato. Era realmente extraordinario que alcanzara a ver algo a través de las gafas de sol.

—Siempre he pensado que los ciclistas son seres mecánicos perfectamente autónomos —dijo Joseph, observando con cierta admiración a ese centauro mecánico caído de bruces.

—¡Dame una mano, bruto! —pidió Kay. Su mano era liviana, seca, delgada e insustancial—. ¿Adonde ibas tan de prisa? —le preguntó una vez que se puso de pie, mientras se ajustaba la cazadora guateada, que parecía haberlo protegido.

—Iba a soltar al tejón —explicó Joseph.

Kay se rascó la oreja.

—¿Qué dices? ¿El tejón del zoológico? ¿Soltar al pobre cuadrúpedo?

—Sí. Tengo un cortaalambres para hacer un agujero en la jaula.

Kay alzó la bicicleta y la remeció para ver si se le caía algo; no se le cayó nada.

—Varias manos hacen más que una —dijo y echó a andar siguiendo a Joseph y empujando la bicicleta.

Continuaron avanzando así, en absoluto silencio por la elegante avenida, atravesaron la calle junto al café y comenzaron a cruzar el ancho y ondulante Bajo, un amplio parque bien cuidado en los bordes, donde estaba el Obelisco, pero solitario y desolado en el centro. El zoológico estaba al otro lado, en el extremo más alejado del Bajo. Era una noche impregnada de aromas otoñales, bruma, escarcha, hongos. Hacía mucho frío y la espectral luz de la luna jugueteaba con las movedizas sombras. Al cabo de un rato, Kay empezó a silbar algunas melodías; primero silbó «Baila,

baila, baila, muchachita» y luego «En el barco de caramelo». Joseph sólo pensaba en el tejón que daba vueltas y vueltas y vueltas dentro de la jaula, entrando y saliendo sin cesar de las figuras laberínticas que creaba la malla de alambre bajo la luz de la luna.

Avanzaban lentamente entre la hierba que les llegaba a las rodillas. Los matorrales de hiniesta, que aún estaban salpicados de llores y zarzas tachonadas de bayas y descoloridas hasta convertirse en texturas óseas a la luz de la luna, les desgarraban la piel y las ropas. Kay empezó a silbar *Limehouse blues* y luego todo quedó en silencio hasta que llegaron a la alta y oscura muralla posterior del zoológico y se quedaron a su sombra bajo la luna, recorriéndola hacia arriba con la mirada. Kay miró con gesto inquisitivo a Joseph para ver qué haría a continuación pero Joseph escudriñaba la muralla, lisa como el vidrio, en busca de apoyos para los pies y las manos.

—Aquí —dijo Kay, arrimando la bicicleta a la muralla. Apoyó un pie en el sillín y en un instante ya estaba precariamente acuclillado sobre los vidrios rotos y dispares que había en lo alto, mucho más arriba que Joseph, una silueta recortada contra el cielo— Al otro lado hay un arriate de flores —le informó— Si las dalias están apuntaladas, anda tú a saber qué me va a pasar. —Casi enseguida suspiró— Pero supongo que no cuesta nada intentarlo.

Se dejó caer. Joseph oyó un golpe sordo y unas cuantas exclamaciones apagadas; tiró el talego al otro lado e imitó a Kay. La urgencia de la aventura lo consumía por completo y aterrizó suavemente entre plantas aplastadas en el mismo sitio donde estaba Kay sobándose un brazo magullado y murmurando para sus adentros quejas casi inaudibles con voz sollozante. Joseph recogió el talego.

—Por aquí—dijo—. Cerca de los gibones.

Echó a correr en una carrera desenfrenada y veloz a través del zoológico como lluvia empujada por el viento, y Kay lo siguió. Los dos llevaban zapatos con suela de goma y no hacían ruido. Todos los habitantes del zoológico estaban recluidos en sueños animales con imágenes de selvas, tundras o yermos polares: el venado y el walaby, encerrados de noche en cabañas de madera; los monos, dormidos rascándose las picaduras de pulgas en cuevas malolientes; los elefantes, ¿qué filosofías concebían los elefantes en sueños? Bajo la luz de la luna, las sombras de las jaulas creaban intrincadas trampas en los senderos y los prados; la laguna en la que nadaban las aves acuáticas estaba hundida en un sopor negro como el Leteo. Llegaron a la jaula del pobre tejón. Por ser originario de las Islas Británicas estaba acostumbrado al frío y, por suerte para ellos, dormía fuera, en una caseta llena de paja. Joseph y Kay se quedaron observando atentamente a través de la rejilla el agujero detrás del cual dormía el tejón. Sólo entonces, con el objetivo a la vista y mientras recobraban el aliento, la obsesión de Joseph empezó a ceder un tanto y vio claramente a su compañero.

—Dios mío, es el milano Kay —dijo Joseph, profundamente asqueado al

pronunciar el nombre del ave de rapiña—. Vete a comer con los tuyos, con los cuervos, ¡milano!

—¡Qué mala leche! —dijo Kay en voz baja y herida— No habrías podido saltar por encima de la muralla si no hubiera sido por mí y ahora vienes y me dices esas cosas espantosas.

Aunque Joseph no era alto, la cabeza de Kay cubierta con la gorra caqui de explorador apenas le llegaba al hombro, pero eso no lo hacía sentirse magnánimo ni protector. De todos modos encogió los hombros y empezó a abrir un boquete en la malla de alambre que le permitiera pasar al otro lado.

—Ten cuidado para que el tejón no despierte y salga como una flecha —le advirtió—. Se ocultaría bajo tierra en algún lugar del zoológico y seguiría prisionero.

La luna se reflejaba nítidamente en las gafas de Kay, que parecía tener enormes párpados de plata; se acercó a gatas a Joseph, mientras observaba ansiosamente lo que estaba haciendo. Joseph sintió el aliento húmedo de Kay en el cuello inclinado y las muñecas, un aliento curioso como el de un bebé o un animal salvaje. En cierto modo la respiración de Kay parecía un acto muy íntimo que realizaba en público no sin cierta timidez. Su cuerpo era cálido y olía a sudor e incienso.

Al cabo de un rato, Kay dijo con voz soñadora:

—Qué manos tan fascinantemente fuertes tienes, Joseph.

Joseph se indignó.

—Cálmate o lárgate —replicó bruscamente.

Joseph estaba agradecido por la ayuda de Kay pero hubiera querido con toda su alma no haberse cruzado con él porque, además de la compleja mezcla de envidia, rencor y desagrado que le inspiraba el hambrecillo, también suponía que Kay se las arreglaría de alguna manera para atribuirse todo el mérito por la importante empresa, que se convertiría en otra de sus legendarias hazañas. Esas ideas se proyectaban con gran rapidez en las pantallas de las pequeñas salas de espectáculos laterales de su mente pero la sala principal estaba tan absorta en la fuga, en la penetración en la jaula, que no tenía tiempo para discutir con Kay por haber elegido ese momento. Segundo a segundo sus manos iban recuperando la destreza de antes.

El tejón dormía apaciblemente en la caja. Ningún animal nocturno acercó los ojos resplandecientes a los barrotes de ninguna jaula cercana para ver qué hacían. El cortaalambres chasqueaba. Los únicos sonidos en todo el universo eran la respiración de Kay y el golpeteo de los dientes del cortaalambres al juntarse, mordisqueando el metal, y el mundo no existía fuera de esas siluetas de árboles, jaulas y arbustos ornamentales; el mismo zoológico era una sucesión de franjas blancas y negras creadas por las sombras y la luz de la luna, que parecía un enorme tejón muerto y tumbado. Joseph comenzó a sentirse aturdido y eufórico, como drogado. Cuando hubo abierto un buen boquete, entró en el espacio cercado, aunque tuvo que apelar a todo su coraje para entrar en una jaula sin que lo obligaran a hacerlo. Kay lo siguió y miró en torno con interés; de pronto una sonrisa de satisfacción descendió sobre sus

rasgos extravagantes porque aquello era algo nuevo y Kay se alimentaba de novedades pero Joseph temblaba con una mezcla de algo parecido al éxtasis y el temor a estar prisionero.

—Intenté abrirme paso a tijeretazos a través de mi jaula de carne pero fracasé espectacularmente —dijo de pronto.

—Estoy seguro de que nos irá mejor con el cuadrúpedo —respondió Kay serenamente. Se arrodilló junto a la caja que le servía de cama al tejón— Ven, tejón —dijo—. Somos amigos.

Joseph se arrodilló al otro lado y habló también al mamífero:

—Hola, pequeño cuadrúpedo. Es una noche espléndida.

El tejón asomó una nariz inquisitiva. Con un grito apagado de júbilo, Kay metió las manos en la caseta, extrajo al animal, lo empujó con todo el cuerpo para meterlo en el talego y cerró rápidamente la cremallera. Todo sucedió en un instante. El talego empezó a saltar, lanzando chillidos.

—Qué violencia tan espantosa —dijo Joseph— Exactamente lo que habría hecho un ave de rapiña; ¡milano!

—Sin crueldad no hay bondad —observó Kay. Luego, adoptando el acento de un personaje de película americana de segunda categoría, dijo—: Vamos, muchacho, larguémonos de aquí.

Se echó a la espalda el talego encabritado y saltarín, atravesaron otra vez el agujero con forma humana que había quedado en la malla y bajaron corriendo por los senderos plateados hasta que Joseph divisó una escala arrimada a un costado de un invernadero; de modo que saltaron otra vez por encima de la muralla aunque con más soltura que antes y se encontraron nuevamente en el Bajo, entre matorrales susurrantes.

—¿Qué podemos hacer con el cuadrúpedo? —preguntó Kay con voz inquieta.

—Soltémoslo, ya se hará una madriguera —dijo Joseph—. Es lo que hacen los tejones.

Pero el tejón solucionó solo el problema. Mientras estaban allí sin saber qué hacer, terminó de roer un extremo del talego y saltó al suelo. Desapareció como un relámpago. La maleza se agitó. Eso fue todo. Joseph estaba contentísimo. Tomó el talego roto que sostenía Kay. El tejón retozaría en la hierba bajo la luna, saborearía el rocío matinal, se sumergiría otra vez en la tierra.

—¿Encontrará algo de comer? —preguntó Kay de pronto— ¿Lo matarán si llega a la avenida?

—Suceda lo que suceda, al menos es un tejón libre —contestó Joseph.

—Veo que le das mucha importancia a eso.

—Sí. Supongo que sí —dijo Joseph.

—Bueno, lo único que espero es que esté bien, después de todo lo que hemos hecho. —Kay lanzó un leve suspiro como si no estuviera seguro de que lo que habían hecho era lo correcto, después de todo. — Voy a buscar la bicicleta —dijo y se alejó

sin decir más, aunque comenzó a silbar «Pedro el pescador».

La noche se lo tragó, aunque la huella de su silbido quedó vibrando en el aire largo rato y Joseph echó a andar solo hacia su casa. Las dudas de Kay lo inquietaban; su alegría se evaporó. Habría sido irónico soltar al tejón para que muriera esa misma noche bajo las ruedas de un automóvil. Se sentía vacío, inseguro.

Al acercarse a una depresión llena de arbustos, vio el destello de unas llamas. Era una fogata de desperdicios, palos y papeles. La rodeaban tres viejos en el límite de la suciedad y los andrajos. Un efecto de luces y sombras convertía sus rostros en máscaras grotescas cubiertas de heridas y arrugas suspendidas en el aire. Bebían juntos en una comunión desesperada; tal vez esa noche uno de ellos, dormido, caería rodando en las brasas, y se quemaría y ardería como madera, no como carne, como si la materia destruida se hubiese atrofiado.

Cuatro

La consulta de Ransome era de color crema y verde; había un trozo de alfombra sucia en el suelo de linóleo azul oscuro y un escritorio de madera rasguñado, con una cubierta rojo oscuro de cuero de imitación. Ransome estaba sentado en un sillón gris lanudo a un lado del escritorio y Joseph estaba al otro lado, en una silla tubular de acero, de las que se apilan, con asiento de lona caqui; tenía la cara semioculta por el cuello levantado del abrigo. A veces, para que la distancia entre los dos no fuera tanta o para que Joseph saliera de su escondite, Ransome recurría a alguna anécdota.

—El otro día me llamaron de la policía, estaban fueran de sí. «Venga en seguida —me dijeron—, hemos encontrado un travestido rarísimo en la estación»; yo les dije: «Eso no es ninguna novedad, siempre estáis encontrando travestidos», y entonces me respondieron: «Es que no entiende, éste no es un pervertido normal...» —Se le comenzó a apagar la voz al ver la jacobina mirada de reojo que le dirigía Joseph.

—¿Qué diría si le contara que he profanado una iglesia? —dijo Joseph en tono confidencial a través de los labios torcidos.

—Le recordaría que Shelley está muerto —dijo Ransome—. Y Byron también. Joseph quedó fascinado.

—Nunca imaginé que fuera tan sofisticado como para decir eso —observó casi con admiración.

—No me subestime, Joseph —dijo Ransome con tal dejo de amenaza que Joseph se sobresaltó; intercambiaron esa larga e inescrutable mirada con que se observan los campeones de ajedrez de un importante torneo hasta que Joseph se retrajo cubriéndose la cara con las manos.

—Hablando de sueños, ¿que tal las noches? —preguntó Ransome en su tono normal.

—Apenas cierro los ojos empieza un circo triple. Anoche, entre otras cosas, soñé que estaba encima de un yunque en una forja que había en el fondo de una montaña y que tres hombres vestidos con uniformes de la Gestapo me iban convirtiendo en armas, cuchillos y cruces de hierro. Todas las mañanas cuando despierto percibo ese olor a pus, el olor repugnante de mi cuerpo.

—Eso podría ser más interesante si no anduviera tan sucio —dijo Ransome con evidente disgusto— ¿Qué hace con el dinero del paro que no le alcanza para agua y jabón?

Joseph miró furtivamente a través de los dedos vendados. Seguía distribuyendo al azar entre borrachos alcoholizados y pordioseros los pocos chelines que le quedaban después de pagar el alquiler y comprar algo de comida, pero sabía que Ransome interpretaba esos actos de caridad como indicios de algo patológico.

—Si tuviera mucho dinero —dijo, desviándose astutamente del tema planteado por el psiquiatra—, navegaría alrededor del mundo en un yate con uno o dos parásitos, supongo que uno sabe qué esperar de los parásitos. Y contrataría a varios

psiquiatras corruptos exclusivamente para mí, para no tener que conformarme con la escasa integridad del Servicio Nacional de la Salud. También abriría una galería en la que se exhibirían retratos de asesinos famosos.

—Está empezando a parecer un asesino —replicó Ransome—. Se parece a John Wilkes Booth.

—El actor que le pegó un tiro a Lincoln; lo vi. en *El nacimiento de una nación* —dijo Joseph—. Qué actor tan desastroso. Por lo menos, los asesinos deberían tener algo de dignidad.

—Yo habría pensado que el asesinato le parecería algo detestable, porque siempre está proclamando su odio por la violencia —insinuó Ransome.

—¡No!, soy un ardiente partidario de pegarles un tiro a los políticos —dijo Joseph— Es el tipo de asesinato que soporto.

—Usted hace sutiles distinciones.

—No son en absoluto sutiles. A ver, respóndame: ¿qué diferencia hay entre Lyndon Johnson y el estrangulador de Boston?

—No sé —dijo Ransome en seguida.

—Uno de ellos es un asesino honrado —dijo Joseph—. Aunque no sé cuál de los dos.

Entonces advirtió que Ransome contenía un bostezo y le preguntó:

—Perdón por mi paranoia, pero ¿lo estoy aburriendo? Dígame si lo aburro y me quedaré callado; aburrir al propio psiquiatra debe de ser lo peor que hay.

A esas alturas ya podría haber hecho un mapa de la cara de Ransome, las leves arrugas, las mejillas suaves y descoloridas, las marcas de las gafas a ambos lados de la nariz. Ningún huracán había asolado jamás esas serenas praderas y el arrebató del furioso invierno nunca había fustigado los pulidos promontorios de la nariz y el mentón; Ransome controlaba su clima como las brujas islandesas que encierran el viento en un pellejo. Joseph sintió que debería quitarse los zapatos si quería recorrer la cara de Ransome porque era terreno consagrado. Y, sin embargo, tenía muchas arenas movedizas y trampas que acechaban a Joseph; ahora sonreía.

—Gran parte de su enfermedad no es más que una incapacidad para adaptarse al siglo veinte —le dijo.

A Joseph le pareció increíble que hubiese dicho eso.

—Usted no es un hombre, es un cliché —gruñó rencorosamente, mostrando todos los dientes, que ya empezaban a pudrirse.

—La guerra de Vietnam, por ejemplo —siguió diciendo Ransome—. No creo que a usted le preocupe en absoluto el sufrimiento de la gente de Vietnam, Joseph, no en el sentido de interesarse en una situación real. Usted no hace nada concreto para aliviar ese sufrimiento; a través de un trabajo voluntario, por ejemplo. Ni siquiera participa en una protesta organizada. Lo que ha hecho es convertir esa espantosa tragedia de la guerra en un hecho simbólico y sacar una simple conclusión melodramática de esa compleja tragedia; la usa como un símbolo del rechazo que

siente por un mundo con el que no puede relacionarse. Quizá por su inmadurez.

Ransome se quitó las gafas y las limpió; su rostro adquirió de inmediato una expresión menos solemne y se transformó en algo más humano, fatigado. Los ojos descoloridos colgaban de redes de agobiadas arrugas, como pescados en una jábega.

—Es un mal actor, Joseph, como Booth, y ni siquiera es un actor escrupuloso, igual que él. No ha leído nada de la obra de teatro, excepto sus parlamentos. Tal vez recuerde que Booth sólo llegó a decir «*Sic semper tyrannis*».

—Y a continuación se murió —dijo Joseph.

Ransome se encogió de hombros. Se produjo un momentáneo silencio. Las tuberías de la calefacción gruñeron. Joseph atravesó el cuarto como una flecha en dirección a la ventana y la abrió. Una violenta ráfaga de viento hizo volar los papeles de Ransome. Joseph se izó hasta el antepecho.

—Búrlese de mí diciendo que no tengo corazón y salto —amenazó—. ¿Qué puedo hacer sino ademanes? Usted es mayor que yo, dígame.

Se miraron fijamente. Ransome se mantuvo inescrutable; volvió a ponerse las gafas y Joseph vio su doble reflejo que lo observaba desde los lentes. El único mensaje que recibió fue su propio rostro duplicado. Ransome recogió los papeles desparramados. En su mente, Joseph vio criaturas envueltas en llamas y el delta del Mekong como una herida gigantesca.

—Yo saltaré en lugar de él —dijo.

—Está incrustado en el espacio que hay entre el arte y la vida —sentenció Ransome con voz fatigada, como si no hubiese sucedido nada extraordinario. Abrió un cajón, sacó una piedra y la puso sobre los papeles para que no se movieran. Garabateó algo en un cuaderno de notas—. Aquí tiene otra receta, Joseph —le dijo—. Trate de tomar mucho el aire.

Se levantó, arrimó el sillón al escritorio con gran precisión, le sonrió benévola a Joseph, que estaba del otro lado de la ventana, y salió del cuarto. Al mirar hacia abajo, Joseph advirtió que estaba asomado sólo un par de pisos por encima de un jardincito, así que de todos modos habría caído sobre algo blando, sobre la hierba. Su ángel lo protegía, alcanzaba a oír su risa ronca. Volvió a entrar en el cuarto y se guardó la receta en el bolsillo; encontró un trozo de lápiz y, con letras muy grandes, escribió en el cuaderno de notas de Ransome: **otro tranquilizante de mierda, no me fío de hijoputas como usted, cabrón**. Hizo un barco de papel con la receta, lo echó a flotar en la laguna que había en medio del Bajo y no dejó de tirarle guijarros hasta que se hundió.

Las gaviotas chillaban y volaban en círculos por sobre su cabeza en el claro y gris cielo de comienzos del invierno. La lagunilla estaba en una hondonada cubierta de hierba lejos de la calle. Era redonda como un ojo. El agua de la laguna era gris y arenosa como las lágrimas. Joseph recordó que Alicia temía ahogarse en el enorme charco que habían creado sus lágrimas; sacó un poco de agua de la laguna y la rozó con la lengua, descubriendo que, como suponía, tenía un sabor salobre, desagradable.

Le parecía que la tierra misma era un ser vivo que sangraba y sufría, una sustancia perfectamente consciente con los ojos llenos de lágrimas. Se dejó caer de rodillas junto a ese ojo que lloraba y hundió las manos en el agua fría y poco profunda, sacando puñados de guijarros y algas del fondo de la laguna como si fueran señales de una esencia. Finalmente, impelido por misteriosas intuiciones, se sumergió en la laguna y se estiró en un agua inconcebiblemente fría, quieto como un tronco seco, mordiéndose los labios para no tiritar. Las gaviotas planeaban en el viento. Sus cabellos flotaban en el agua como los de Ofelia ahogada.

Entonces apareció un enorme perro galopando desde el horizonte, con la lengua fuera; bajó rápidamente por la pendiente y se abalanzó a la laguna. Joseph quedó aplastado por un chaparrón; cuando logró ver algo y respirar normalmente otra vez, el perro estaba aferrado a un pliegue de su chaqueta y lo tironeaba con todas sus fuerzas.

—Vete —le pidió Joseph con aspereza. Vio que el perro era el mismo que le había robado el sombrero a Sunny; llevaba un collar con su nombre grabado, *Solly*. El perro empezó a mover la cola. Joseph salió del agua totalmente empapado. Estaba emplastado de algas y lodo. El perro lo arrastraba y tironeaba de él con fuerza, poco le faltaba para tumbarlo—. ¿Qué pasa, *Solly*? dijo Joseph—. ¿Qué quieres?

El perro lo soltó y empezó a lanzar gimoteos penetrantes; luego, echó a correr hasta el otro lado de la laguna y allí se quedó quieto en actitud de escuchar, con una pata levantada, como suplicándole a Joseph que prestara atención. Luego regresó a su lado salpicando y comenzó a tironear nuevamente.

—¿Quieres que te acompañe? ¿Eso es?

Solly movió la cola con tanto entusiasmo que dibujó un arco de agua sobre la laguna. Mostraba los dientes y jadeaba. Joseph dejó que el perro lo guiara a través del páramo desierto del Bajo, donde esperaba que el tejón estuviese cavándose una madriguera bajo la tierra; llegaron a un macizo de tojos pardos salpicados todavía de flores amarillas donde la señorita Blossom, semioculta entre los matorrales, estaba tendida en unas briznas de césped. Las angulosas ondulaciones de su cuerpo no eran más hospitalarias que el yermo que las rodeaba. Estaba tendida con una infinita compostura. Tenía la falda bien estirada y las manos prolijamente apoyadas en el pecho, sobre el bolso. La señorita Blossom advirtió la extraordinaria aparición de Joseph de una sola mirada.

—Ya veo que ha estado maltratándose de nuevo —dijo, y sus labios se unieron formando una severa línea.

Una vez cumplida su tarea, el perro con aspecto de lobo se dejó caer pesadamente con aire satisfecho, clavando en los dos los ojos oscuros, relucientes y atentos. Joseph le dio unos golpecitos en la cabeza distraídamente. Un chorro de agua se le escapó de la manga; casi esperaba ver aparecer un par de pececillos y una botella con un S.O.S.

—La juncia se ha marchitado en el lago, señorita Blossom —dijo, quitándose con los dedos las algas y las envolturas de caramelos que tenía en el pelo.

—Estaba esperando que alguien viniera a ayudarme —dijo fríamente la señorita Blossom.

—Este perrazo le trajo a alguien, a mí —dijo Joseph, que se sentía un poco aturdido.

Solly golpeteaba la tierra con la cola con un ruido apagado y sordo como el de un lejano pandero.

—Ayúdeme a levantarme —pidió ella.

Aunque examinó con inquietud las manos y los brazos mojados y sucios de Joseph, no tenía otra alternativa que aceptar que la ayudaran a incorporarse. Inesperadamente se encontraron mirándose con fijeza a los ojos pero no hubo ningún destello de reconocimiento entre la opaca mirada de ella y la vacía mirada de él. La copa de la rizada permanente de la señorita Blossom rozó la mejilla de Joseph. Aferrándose a él, apoyó el pie derecho con decisión, retrocedió y dejó escapar un sollozo al recobrar el aliento.

—Me doblé o me torcí el tobillo —dijo.

—¿Cómo se cayó?

—El perro empezó a perseguirme. No sabía que era un perro pacífico. Vi un animal salvaje galopando entre los matorrales y me dio miedo. Una no espera encontrar animales y cosas salvajes en medio de la ciudad. Y entonces apareció el perro como caído del cielo y me empezó a perseguir y tropecé en las raíces de los tojos porque no soy la mejor corredora del mundo, con esta cojera que tengo.

Había sido un largo discurso; evidentemente, le fastidiaba tener que pronunciarlo.

—Afírmese en mí y trate de no apoyarse en el tobillo que le duele —le dijo Joseph. Ella cogió el bolso cuadrado y, rodeando cautelosamente el brazo de Joseph con la punta de los dedos, dio un paso adelante pero tropezó y lanzó un grito ahogado.

—Va a tener que ponerse más cerca de mí —le dijo Joseph—, Todos tenemos que confiar en un desconocido alguna vez.

—Oh!, no es eso —dijo ella, sin darle importancia a la confianza—. Lo único que pasa, francamente, es que huele bastante mal, parece como si lo hubiesen sacado de un canal o algo por el estilo. Es muy desagradable tocarlo.

—Vamos, vamos —dijo Joseph, que comprendía lo que sentía la señorita Blossom.

De mala gana, tuvo que acercarse como una novia al hombro de Joseph y empezaron a avanzar lentamente. El perro los seguía. La chapa con su nombre tintineaba como una campanilla. La cara de la señorita Blossom estaba tan cerca de Joseph que él alcanzaba a ver la superficie de fotograbado de su piel bajo las varias capas de polvos y a oler el olor de su cuerpo, el olor triste y agrio del sudor y el esfuerzo reavivados del día anterior; era una obrera.

Caminaron envueltos en la nube gris de indiferencia de la señorita Blossom hasta que ella comentó abruptamente:

—Es que salí a pasear. Hay tantas cosas en el Bajo y es tan agradable sentir que una está en el campo aunque no haya salido de la ciudad, por decirlo así. Quería tomar un poco de aire. ¿Cómo iba a pensar que habría tantos animales salvajes?

¿Por qué saldría a pasear una persona coja por el placer de hacerlo? Tenía una expresión inescrutable.

—Usted me parece muy misteriosa.

—Soy una chica perfectamente común y corriente. —Al cabo de un rato, dijo: — ¿Por qué viene siguiéndonos ese perro horrible?; me da escalofríos.

—Quizás es un perro de la policía —dijo Joseph con un humor de tonos pastel.

El perro movió la cola amablemente para demostrar que sabía aguantar una broma pero la señorita Blossom, Anne (Joseph recordaba que se llamaba Anne) dijo:

—Preferiría que no nos siguiera, eso es todo.

—Sólo quiere que seamos amigos.

—Por eso me tiró al suelo, ¿verdad?, para que nos hiciéramos amigos... No quiero ser amiga de ningún perro.

—Dígame, ese animal del que me habló, ¿era un animal blanco y negro? ¿Era un tejón que parecía libre?

—Vi que iba corriendo. Me dio miedo. No quise mirarlo de cerca, por supuesto; no estoy loca, podría haberme mordido.

—Ya.

Así llegaron finalmente al Obelisco. No había niños jugando. Eran cerca de las tres. Joseph bajó los ojos y vio granos de caspa pegados en cabellos tan secos como periódicos viejos pero aunque tenía la piel y los cabellos secos era indudablemente joven cuando se la miraba de cerca, no podía tener más de veinticinco años, tal vez menos, tal vez era de su misma edad. La señorita Blossom se apoyó en él para darse un descanso, junto a la calzada, mirando pasar los coches. El tiempo había cambiado mientras caminaban; el cielo estaba áspero y negro como el carbón, con estrías de lóbrega luz amarillenta que se extendían hasta la tierra, y los árboles del Bajo mostraban el envés blanco de las hojas bajo el azote del viento. Kay pasó en su bicicleta plateada, entre las hojas que se arrastraban. No se había quitado las gafas de sol pero, preparado para hacer frente a la lluvia que se avecinaba, llevaba un impermeable de plástico transparente sobre su conjunto de tela de vaqueros, que lo hacía parecer una orquídea muy exótica y cara envuelta en celofán. Se había cubierto la cabeza con un enorme sueste amarillo como esos que usan los tripulantes de botes salvavidas para luchar contra los elementos. Kay saludó a Joseph con la mano. Los cielos se abrieron y empezó a llover a cántaros. Kay desapareció.

—Vamos a ese café —dijo la señorita Blossom.

—No tengo dinero.

—Lo invito a tomar una taza de té, ¡pero no sigamos bajo la lluvia, por amor de Dios! —Se estremecía y temblaba, la lluvia le desagradaba tanto como a un gato. Casi se alcanzaba a ver cómo se le erizaban los pelos. La nueva cortina de agua que

saltó de la calzada les impedía ver más allá de unos pocos metros, y la chaqueta gris claro de la señorita Blossom se iba oscureciendo de humedad en los hombros bajo la mirada de Joseph. *Solly*, impermeable a la lluvia, se incorporó, bostezó, se estiró y se alejó en busca de nuevas travesuras, olvidándose de los dos.

Esperaron que el tráfico disminuyera y cruzaron hacia el restaurante, que tenía una cafetería en la planta baja, un lugar acogedor, tranquilo, en tonos apagados, que se conservaba tal como había sido cuando el barrio era más próspero, lleno de gentes que no se veían en ningún otro lugar, como si viviesen solamente allí y al final del día las empleadas las apilaran con mucho cuidado en los estantes junto con las tazas y los platos con diseños chinos antes de colocar en la puerta el cartel que indicaba «cerrado».

Subieron por la escalera eduardiana de roble, alejándose de la lluvia y el polvo; el interior cálido y fragante del lugar era un mundo tan diferente que Joseph se asombró al ver que su doble se le acercaba en seguida. Allí estaba, avanzando hacia él; y luego vio como él y Anne se acercaban a sus reflejos en el espejo cuya existencia había olvidado, un espejo en el que formaban una pareja que tenía la incongruencia de los sueños, en el que representaban la boda surrealista entre un Don Juan de barrio y la maestrilla de escuela a quien había conquistado y que cantaba en el coro de la iglesia en sus ratos de ocio. El verdín de la laguna estancada daba a los negros harapos de Joseph una lúgubre verdosidad pero ella lucía más circunspecta que nunca, aunque cojeaba terriblemente.

El salón de té, al igual que las escaleras, era de roble, y tenía sillas estilo William Morris, con asiento de enea y respaldo de travesaños; de los paneles colgaban a intervalos platos con diseños chinos y en un armario de roble, entre fuentes con bizcochos azucarados y panecillos con pasas, había un jarrón de cobre abollado con anémonas (que, como sabía Joseph por su libro de datos, eran los originales lirios del campo que no se fatigan ni hilan). Un terrier Yorkshire le lanzó un ladrido irritado desde debajo de un mantel; luego asomó la cabeza y Joseph vio el enorme lazo de cinta plana que decoraba los bordes, de modo que le dio una inmisericorde patada. Joseph y Anne se sentaron junto a la ventana y se quedaron contemplando la lluvia. Cuantío les trajeron el té, ella lo sirvió y llenó nuevamente la tetera con el agua caliente que venía en la jarra con gestos cortos y tensos pero femeninos, como una voluntaria en una fiesta de beneficencia o en un festejo callejero de una coronación. Eso hizo sentir a Joseph que tenían algo, aunque tenue, en común: una historia marcada por hechos similares.

—No soporto la lluvia —dijo ella—. ¡Detesto las lluvias de invierno!

Se quitó la chaqueta y la puso a secar en el respaldo de la silla. Debajo de la chaqueta llevaba una blusa de manga corta de seda artificial de color marfil unida en el cuello con un brochecito rosado de cerámica en forma de rosa. Las ancianas charlaban en voz baja y compartían con sus perritos falderos bizcochos azucarados con incrustaciones de pasas carbonizadas. El día gris recuperó su brillo en la

superficie de plata abollada de las teteras y las jarras de leche. Joseph se calentó las manos con la taza. No lograba recordar cuándo había sido la última vez que había visto tantas ancianas juntas bajo un solo techo. Todas las sillas parecían estar decoradas con bastones.

—Detesto el invierno y adoro el sol —remachó la señorita Blossom con voz estridente, como si estuviese decidida a sostener una conversación. Joseph se preguntó, asombrado, cómo pudo interpretar su arisca independencia como timidez. ¿Qué aspecto tendría en los días de sol? ¿Bronceado y reluciente?

—Tenemos tan poco sol en Inglaterra... —dijo Joseph—. Es un país muy llorón.

—Ésa es una curiosa manera de definirlo —dijo ella con desdén—. Yo diría simplemente que estamos en la zona lluviosa, desde un punto de vista geográfico.

En ese mismo instante, como si la discusión sobre el clima hubiera sido una señal para entrar en escena, la señora Boulder entró en el restaurante. Joseph nunca la había visto en otro lugar que no fuese el bar, cerca del río o la sala de su apartamento, nunca se había cruzado con ella por casualidad; en su mente, la señora Boulder siempre ocupaba la celdilla que le correspondía en la colmena, siempre inmutable, inmóvil, como una estatua o un árbol, envuelta en un manto intangible de soledad o melancólica indiferencia. Y allí estaba, vestida de blanco deslumbrante, con tacones de acero tan altos como una cometa en ese inverosímil salón de té, acompañada por un hombre de mediana edad con traje azul oscuro. Avanzó con el aire majestuoso de alguien que va a botar un barco o dar comienzo a una fiesta. Su mirada no se detuvo en Joseph; ese día no quería reconocer a ninguno de los amigos *beatniks* de su hijo. «Debe de estar trabajando», se dijo Joseph. La idea parecía bastante extraordinaria pero Joseph tenía una noción muy vaga del trabajo que hacía y solo sabía que era una gran anfitriona, nada menos que una perfecta dama. O quizás él era su contable. O su ginecólogo. O algo. La señora Boulder y su acompañante eligieron una mesa apartada y empezaron a charlar animadamente. Joseph vio que tenía manchas de barro en las medias transparentes y el borde de la falda. Ella se quitó el brillante impermeable blanco con un movimiento de hombros.

—¿Quiere otra taza? —preguntó Anne, que tenía manos venosas, llenas de pecas y viejas mientras las manos de la señora Boulder eran suaves y blancas como almohadas. El no parecía un contable. Tal vez dentro de poco las mullidas manos de la señora Boulder comenzarían a acariciar por debajo del traje de confección al cerdo que le echaba mantequilla a un bollo con un aire de hombre de mundo. O tal vez ya lo habían hecho dentro de su automóvil en el Bajo mientras la lluvia se deslizaba por el parabrisas y golpeteaba en el techo. Ella destripó un éclair con un tenedor torcido. Anne se había olvidado de Joseph y contemplaba la lluvia y las nubes con una expresión de desvalido rencor. En el fondo de la taza de Joseph, las hojas de té delineaban claramente la silueta de un bote: ¿un viaje? Imposible.

—El cielo está empezando a despejarse un poco, corre viento dijo Anne—. Podemos irnos a casa.

La palabra «casa» con sus connotaciones de tibieza y seguridad, surgió extrañamente fosilizada de su boca de piedra.

—Vengo con ella —le dijo Joseph a la vieja camarera.

Anne pagó la cuenta con gesto impasible. Al salir, Joseph no pudo evitar echar otra mirada a la señora Boulder, que alzó la cabeza en ese momento y tropezó con sus ojos; se hundió en esas ventanas abiertas en la selva virgen de la mente de la señora Boulder como si atravesara una fantástica región de azules y verdes de fines del medioevo, reposando finalmente en un césped junto a una fuente donde una muchacha que llevaba un vestido blanco bordeado de perlas acunaba en el regazo la testa cornuda del lascivo unicornio sin saber lo que representaba. Todo ese sueño en plena vigilia se concentró en el segundo en que sus ojos se encontraron, antes de que ella volviera la cabeza. Un bucle mal fijado empezó a desmoronarse de la torre Martello de sus cabellos; toda esa sofisticada fortificación arduamente construida estaba a punto de desintegrarse ahora que ella había revelado la fragilidad de sus defensas. La señora Boulder se llevó una mano a los cabellos; una expresión de terror le cruzó el rostro.

Boulder; Venga! Boulder dijo Anne con impaciencia.

Había dejado de llover y la calle resplandecía. Se negó a cogerlo del brazo nuevamente, diciendo que ya podía arreglárselas sola, porque el descanso le había hecho bien. Avanzaba con el cuerpo inclinado hacia un lado como un soldado herido que se dispone a luchar en una batalla perdida.

—Esto es demasiado —dijo Joseph al ver a Sunny—. De prisa, alejémonos antes de que nos vea.

Pero era demasiado tarde. Sunny agitó el bastón en la otra acera frente a la peluquería «Marlene». Era una acusación ambulante pero no lo sabía. Seguramente había olvidado el incidente de los cigarrillos o lo había perdonado; Sunny sonreía y agitaba el bastón. Había recuperado la gorra o alguien le había dado otra idéntica a la que tenía antes. Unas gotas de lluvia se deslizaban desde la punta. Detrás de él, la cabeza de cera que había en el cochambroso escaparate de «Marlene» remedaba sus radiantes sonrisas. Sunny parecía la imagen de un anciano dibujada por un niño, un rectángulo con pies arbitrarios en un extremo y un redondel que representaba la cabeza en el otro. Por suerte, el tráfico le impidió cruzar la calzada para hablar con ellos.

—Tiene amigos raros.

—¿Qué?

—Putas y vagabundos — dijo ella en tono de censura.

—El que no tiene nada no puede andarse con remilgos.

—Usted es un niño perdido — afirmó ella categóricamente.

—¡Pero usted apenas me conoce! — protestó Joseph, sintiéndose herido.

—Sé observar.

Joseph recordó *La vida de Blake* de Gilchrist y la reprendió con dureza:

—Los ojos ven más que el corazón — dijo, preguntándose si era cierto; de todos modos, eso la hizo callar porque aspiró sonoramente pero no le respondió.

Se separaron ante la puerta del cuarto de Anne.

—Gracias por el té, Anne dijo Joseph, con una vaga alegría por poder llamarla por su nombre de pila —. Una tarde de éstas la voy a invitar a tomar un trago, cuando reciba el dinero que me tienen que dar.

A Joseph le parecía altamente improbable que aceptara su invitación y, de hecho, dijo con sequedad:

—Soy abstemia. — Y cerró la puerta de golpe.

Desde la ventana, Joseph vio las nubes de lluvia que se replegaban rápidamente hacia las colinas, y la bruma que se elevaba dejó al descubierto una pequeña y limpia ciudad con la que se podría haber jugado a la hora del recreo. Joseph encendió la estufa y sus ropas comenzaron a echar vapor. Se sentía sofocado, y recordó que, cuando era niño, se consideraba que los baños calientes eran un buen profiláctico para la gripe; sin pensarlo, decidió tomar un baño y bajó al cuarto de baño común. Era un lugar angosto y con techos altos, una rebanada de un cuarto que en otra época había sido una sala de estar estilo regencia. Dos de las paredes estaban coronadas por una moldura con un friso de cupidos y hiedra. La descascarillada pintura de color crema creaba fantásticas imágenes en las paredes. El monstruoso calentador de agua se estremeció al encenderse con un estallido. Joseph se dedicó a holgazanear, dando vueltas en el cuarto de baño mientras esperaba que se llenara la bañera, examinando sin curiosidad los deformes gorros de baño de los otros inquilinos anónimos, y perdió interés en bañarse mucho antes de que el baño estuviese listo pero advirtió que había una marca de fábrica o una orden grabada en el depósito del retrete, **no funciona**, de modo que se vio obligado a bañarse. Se quitó las prendas empapadas y se sumergió en la bañera. Al atardecer había una extraordinaria quietud en la casa. Se sentía inseguro en la bañera recordando el asesinato de Marat aunque admiraba a Charlotte Corday, y le inquietó ver que alguien abría la puerta del cuarto de baño; pero no era más que su gata.

La gata se encaramó de un salto en el borde de la bañera y se quedó sentada elegantemente entre los grifos, sobre la jabonera, mientras observaba con una fijeza tan peculiar que Joseph se sintió molesto y le pidió que no lo mirara. La gata ronroneó al oír su voz y se le acercó caminando sobre el borde de la bañera como si avanzara sobre una cuerda floja; no caminaba con su gracia habitual y tenía las caderas abultadas. ¿Había otros gatitos enroscados, húmedos y frágiles, como helechos enanos, dentro de ella? Imaginó el intrincado interior de su útero cuajado de embriones. La gata fue dejando huellas de pisadas con cinco dedos a lo largo del esmalte blanco. Se agazapó junto a la oreja de Joseph, ronroneando con un sonido ronco, y empezó a lamerle el hombro con la diminuta lengua áspera. Joseph le acarició el pelaje suave del vientre, del cual sobresalían los pezones.

—¿Estás rindiéndole culto a la vida de nuevo, reproduciéndote de nuevo,

blancanieves?

Joseph se preguntó si el líquido amniótico era tan acogedor como un buen baño caliente; quizá lo fuera más aun. «Me gustaría tener una casa que en todos los cuartos tuviera grifos de los que saliera líquido amniótico frío y caliente», pensó. Apoyado en un costado de la bañera, se adormeció en seguida y soñó que estaba nuevamente en el café con Anne o tal vez con otra muchacha a la que no distinguía con claridad; quizás era Charlotte. Aunque, si hubiese sido ella, no la reconocía. Pidieron helados y, cuando le trajeron un plato de vidrio, vio que dentro de él venía la señora Boulder con su traje de color vainilla. Tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Apenas cogió el barquillo, el tazón empezó a crecer; poco después cubría toda la mesa. Joseph hundió la cuchara a la altura del ombligo de la señora Boulder. Tenía un sabor muy agradable y cremoso. Cuanto más comía él, más crecía ella.

El borroso rostro de la muchacha desapareció. Joseph se dio cuenta de que tendría que meterse dentro del tazón para seguir comiendo porque ya era mucho más grande que la mesa y seguía aumentando de tamaño. Eso fue lo que hizo. Sus tacones chirriaron, resbalaron y se deslizaron. Delante de él se elevaban peñascos de helado. La cucharilla no le servía de nada. La dejó de lado y sacó ávidos puñados de las deliciosas vísceras de la señora Boulder, llenándose la boca, pero de pronto advirtió que la cremosa nieve se iba derritiendo; antes de que pudiera escapar, una avalancha estremecedora se precipitó sobre su cabeza y desapareció para siempre, quedó muerto y sepultado a la vez en la noche polar del ombligo de la señora Boulder.

Se sumergió otra vez, atravesó la superficie del agua de la bañera (que ya estaba fría) y despertó entre aguas agitadas. La gata se alejó de un salto de las gotas de agua. Una vez pasada la conmoción, vio que Anne estaba de pie junto a la bañera. Ya era casi de noche. El pálido rostro de Anne y su traje de franela gris claro relucían; tenía un aspecto tétrico y fantasmal. Le tiró una toalla como si fuese una daga.

—¡Otra vez haciendo de las suyas! —le dijo—. Primero se prende fuego y ahora trata de ahogarse.

—Tendría que haber hecho un gran esfuerzo para ahogarme en una bañera —replicó Joseph enfadado.

—Deberían pagarme un plus por riesgo por vivir con usted.

Salió del cuarto de baño y subió nuevamente las escaleras, con todos los músculos de la espalda tensos insinuando una irritada desaprobación.

Pasó el tiempo, las semanas transcurrieron tan idénticas como gotas de agua y, como gotas de agua en el cristal de una ventana, se convirtieron en una sola imagen.

Se produjo una intensa ola de frío; el viernes por la mañana, cuando Viv y Joseph estaban haciendo cola en la Oficina de Empleo, el aire parecía de acero. Las orejas de Viv, dos rosas carmesíes, asomaban de un gorro Balaclava de lana azul marino. Se había puesto mitones que le hacían juego. Su madre se los había tejido probablemente cuando tenía doce años. Viv sacó una manzana del bolsillo, le dio brillo frotándola en la solapa de la chaqueta (una alegre chaqueta de lana a cuadros rojos) y le ofreció un

bocado a Joseph. La manzana era muy verde y satinada, fresca y dulce. Le daban ruidosos mordiscos y avanzaban arrastrando los pies.

—En la pared de un lavabo público alguien había escrito: «Chupé a un perro, estuvo muy bien» — dijo Viv afablemente, decidido a levantarle el ánimo a Joseph contándole uno que otro hecho.

—De todo hay en el mundo — respondió Joseph con aire ausente, mirando la manzana, que comenzó a hincharse hasta parecer un mundo de color verde—. Eso me recuerda el hospital, ojala no me lo hubiese recordado. No quiero volver a pensar en el hospital. En el hospital vi a un hombre exactamente de este color, no sé por qué pero se le había podrido el hígado. Nunca habría pensado que alguien podía ponerse de ese color. Pero tenía manchas, en realidad se parecía más a un aguacate que a esta manzana.

Viv tomó nuevamente la peligrosa manzana con un suspiro. Detrás de ellos, un viejo empezó a toser como si se le fuera a salir el corazón por la boca, con una convulsión interminable, ronca, desafiante y sísmica que concluyó arrojando un resplandeciente grumo de flema en el zapato de Joseph, que se quedó boquiabierto. Le gritó irritado por encima del hombro:

—Deberías habértelo tragado.

Luego se dio cuenta de que el viejo iba vestido con prendas de distintos trajes, una chaqueta marrón oscuro con rayas blancas, pantalones Príncipe de Gales, un chaleco azul raído y sin un abrigo que lo protegiera del frío; además, ya había empezado a toser otra vez y se cubría la boca con un pañuelo nada limpio como si pidiera disculpas. Cuando recobró el aliento, dijo:

—Lo siento, hijo, son los pulmones. Los pobres pulmones están tan podridos como un queso gorgonzola, estoy envejeciendo, eso es lo que pasa, estoy envejeciendo.

—No se preocupe, jefe, no tiene que disculparse — murmuró Joseph, sintiendo que le exprimían lentamente el corazón en una prensa.

—Son los pulmones —siguió diciendo el viejo con horrorosa humildad, a punto de gargajear otra vez.

—¡Por Dios!, no pida disculpas —gritó Joseph.

El viejo, agitado, dejó caer el pañuelo.

—¿Quién mierda crees que eres? —le preguntó agresivamente—. ¿Crees que eres el Señor de los Cabrones? ¡Hablarne en ese tono, un crío como tú!

—¡Dios mío, Joseph, quédate callado, dale un cigarrillo o algo y no le digas que lo sientes! —susurró Viv, indignado. El viejo se le encaró en seguida.

—Y tú no me faltes al respeto... —empezó a decir pero un nuevo ataque de tos lo paralizó por un rato, convirtiéndolo en un guiñapo tembloroso, y tuvo que apoyarse en la pared. Sólo le quedaban unas pocas hebras de pelo gris y blanco cruzadas con esmero a lo ancho de la cabeza. La cola avanzó un poco y el viejo enfermo quedó atrás.

—Lo que pasa es que te dejas llevar muy fácilmente por la compasión —dijo Viv—. Yo diría que sólo puedes sentir lástima por la gente a la que desprecias.

Joseph nunca lo había oído hablar con tanta amargura. Viv le dirigió una mirada de censura.

—Estoy seguro de que los leprosos odiaban a san Francisco —añadió de improviso—. Imagínate que un perfecto desconocido se te acercara y te besara nada más que porque tienes una infección en la piel, nada más que para hacer alarde de que tiene un gran corazón; nunca oíste la versión del leproso. ¿Qué habría pasado si un leproso hubiera aparecido como caído del cielo y le hubiese dado un beso a san Francisco? Estoy seguro de que san Francisco nunca se habría sentido más insultado. Qué cerdo. Mira, ahí va Kay en bicicleta.

Zigzagando intrépidamente en medio del tráfico, Kay pasó como una flecha envuelto en el cómodo camuflaje de su chaqueta de paracaidista verde y caqui comprada en una tienda de excedentes del ejército; llevaba una bolsa de cuerdas repleta de alimentos colgando del manillar y una enorme mata de acebo atada al asiento. Los saludó alegremente. Empezaron a caer unas gotas de lluvia gélida. Un hombre ridículamente gordo que estaba delante de ellos en la cola se tiró un pedo estruendoso y maloliente. A continuación, un vagabundo tambaleante irrumpió en la cola con un feroz chillido y se abrió paso a empujones, dando codazos y asustando a los empapados peatones; unos pocos metros más adelante se aferró del cuello raído del abrigo de otro vagabundo y lo sacudió.

—¿Dónde te metiste anoche? —le preguntó con un marcado acento escocés—. Te estoy preguntando, ¿dónde te metiste? Desperté en el Bajo a las tres de la mañana y todo estaba congelado y la fogata se había apagado y Sid Walker se había ido, Watt se había ido, tú te habías ido, estaba completamente solo, pobre Jock, solo como alma en pena, ¿por qué te fuiste y me dejaste solo sobre las cenizas?

Forcejearon tambaleándose e inútilmente durante uno o dos minutos pero poco después dejaron de luchar y se quedaron pegados uno al otro, en un silencio implacable. El gordo se tiró otro pedo, más sonoro, que envolvió a Viv y a Joseph en una nube sulfurosa. Joseph recordó lo que había visto en el Bajo la noche en que él y Kay habían soltado el tejón; los dos vagabundos con abrigos andrajosos seguían avanzando, vacilantes pero en línea recta, seguían cobrando el seguro, aún les quedaban prendas espirituales de las que podían deshacerse antes de llegar a ese estado definitivo de absoluta desnudez.

—En realidad, Sunny es un pequeño burgués, no un vagabundo —dijo—. Tiene un hogar y se viste bastante bien. Y la música siempre lo mantiene ocupado.

Un *beatnik* que estaba al final de la cola tocaba unos lastimeros fragmentos de *blues* en una armónica. La lluvia se coaguló hasta transformarse en aguanieve y se les enterró como púas de puerco espín. El vagabundo escocés, Jock, empezó a lanzar fuertes gemidos, inclinándose hacia adelante y hacia atrás. Viv cogió el hombro de Joseph porque éste había vuelto la cara y escarbaba afanosamente el yeso que había

entre los ladrillos rojos de la pared de la Oficina de Empleo.

—Paciencia, cariño, ya falta poco.

—Nunca llegas a lo último, siempre hay algo peor; caes y caes pero siempre hay algo peor.

—No hables tan fuerte, te van a oír.

—Eso nos diferencia de los animales —dijo Joseph forzando la voz—. Nuestra capacidad ilimitada de sufrimiento. —Dardos de granizo le golpeaban la cara; la cola avanzó en desorden. Viv tenía que arrastrar a Joseph a lo largo de la doble fila porque no quería despegarse de la pared.

—Hablas como un libro de mierda —dijo Viv con una súbita y extraordinaria amargura—. Escúchame, Joseph, no soy más que el hijo de una pobre prostituta —hizo una pausa y rectificó—, el hijo de una prostituta con dinero y no un intelectual como tú pero toco el piano, recibo lo que me dan y me las arreglo y no hacemos mas que eso, lo que tenemos que hacer, lo que sea, y luego ¡paf!, se acabó el espectáculo, se acabó, buenas noches. ¿Puedes seguir caminando? Ya casi llegamos.

—Soñé que me comía a tu madre.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Se detuvieron muy cerca de la puerta de vidrio. Joseph se había recobrado un poco, aunque jadeaba. Miró la cabeza de Viv, pequeña y avellanada, sus rasgos sombríos y benévolo, percibiendo por primera vez en su larga amistad la absoluta y absurda tristeza del rostro del otro. Era un rostro resignado a la mortalidad. En torno a ellos, los viejos desesperados se bamboleaban bajo los crueles golpes de las penetrantes gotas de aguanieve y las bombas arrojaban un granizo aún más penetrante y destructor sobre las chamuscadas campiñas del arrozal de Asia, y Viv estaba resignado a todas esas fatalidades; Joseph sintió un deseo incontenible de agredirlo, de arrancarlo de su resignada quietud.

—Vivvy, ¿tú quieres a tu madre? — le preguntó con traicionera dulzura.

—Por supuesto —dijo Viv serenamente—. De eso estoy seguro, gracias, es la mejor madre del mundo, Dios la bendiga.

Joseph se acercó lentamente a su amigo moviéndose como un cangrejo e, incitado por su ángel, le dijo:

—¿Te gustaría acostarte con ella?

—¡Esta vez sí que te pasaste! — le gritó Viv, pero ya habían llegado a la puerta, y el lugar los succionó y los separó una vez dentro.

Durante el proceso de recepción del dinero semanal, Joseph empezó a darse cuenta poco a poco de que se sentía muy tenso y alarmado. Su relación con Viv se encontraba en medio de un torrente, incluso de una cascada, se había convertido en una profunda confusión de rencor y dependencia cuyos atisbos había ignorado por estar atento al terror. El hábito de la amistad le resultaba más difícil de romper y más irracional que el del amor; ¿por qué extraños medios había llegado a ser imprescindible para Viv, cuál era su imagen en el anfiteatro del cerebro de Viv? ¿Sus

actos inconexos aparecían ante Viv como un todo único, como podía aparecer cualquier otro espectáculo vital? Pero, mientras lo seguía rápidamente calle abajo, obsesionado por esas preguntas, descubrió que Viv había vuelto a encerrarse en sí mismo y le mostraba una fachada inocente, brillante, impenetrable; como viejos amigos, se ocultaban sus secretos.

—Kay va a dar una gran fiesta en Nochebuena —dijo—. Los de la Ópera Eléctrica vamos a tocar un poco de música. Conseguí que las luces funcionen a la perfección. Seguramente va a ser una fiesta estupenda. Tienes que ir, Joseph, te hará bien. No te ves con mucha gente, corazón, ni hablas ni te ríes todo lo que deberías.

—¿Cuándo es Nochebuena?

—¿Qué dices?, la próxima semana. ¡Vamos! ¿Cómo no vas a saberlo?

Por sobre sus cabezas, en lo alto de unos grandes almacenes, un Papá Noel de cartón piedra sacaba paquetes de una bolsa rodeado de renos de cartulina.

—No puedo ir a casa —dijo Joseph—. No podría escuchar el discurso de la Reina en paz, ni la novena con villancicos y todo.

—Estás un poco abandonado. Debería pedirle a mamá que te corte un poco el pelo. Lo que quiero decir es que ya basta...

—¿Y es cierto que falta poco para la Navidad, la época de la buena voluntad entre los hombres y de la tierra en paz?

—Tienes toda la razón — dijo Viv con tristeza.

Una extraña aparición pasó como un relámpago al lado de ellos, alejándose velozmente a lo largo de la calle como un colibrí; era una muchacha alta y de piernas largas vestida con ropas extremadamente llamativas, medias verdes fluorescentes, una casaca púrpura y naranja y envuelta en un manto o poncho suelto de lanas brillantes de distintos colores. Su cabellera era una nube flotante con vetas anaranjadas, evidentemente sólo le quedaban restos de abundante tinte amarillo. El aguanieve parecía apartarse para dejarla pasar sin que se mojara y la muchacha corría y reía como si el frío la pusiera de buen humor y el hecho de que fuera diciembre incluso le pareciese algo divertido. Los dos se quedaron contemplándola; parecía dejar a su paso una nube de colores.

La conozco —dijo Viv—. Es Barbie. Es norteamericana, se aloja en casa de Kay; llegó quién sabe de dónde con dos cestos de paja llenos de cuentas de vidrio y flores de papel. Un tipo le dio la dirección de Kay en la estación de Paddington. En el restaurante automático.

De regreso a casa, Joseph compró un trozo de pescado para la gata; cuando le quitó la hoja de periódico en que venía envuelto, se encontró con una foto que le produjo una profunda congoja. Era la foto de un soldado americano con un niño en brazos, aunque daba la impresión de que el niño había perdido los suyos. Tenía tanta sangre en la cara que era imposible saber de qué sexo era pero la cara del soldado era ancha y pecosa y tenía una expresión más bien simplona. Cuando el soldado tenía la misma edad que el niño que ahora sostenía en brazos, seguramente había sido la

imagen del escolar americano arquetípico, con nariz chata y dientes separados y que sonríe desde una cartelera, «¡Qué maravilla, mamá, este postre es fenomenal!», o que aparece en las portadas de revistas saliendo a pescar con su padre. Ahora, siendo menor que Joseph, convertido a traición en un asesino, lanzaba una acusación a la cámara fotográfica con un gesto de pavoroso asombro, llevando a su víctima en brazos; el niño y el hombre, dos troncos cercenados de inocencia mutilada.

Joseph encontró un alfiler y clavó la foto en la pared entre Marilyn Monroe y el monje en llamas pero no tardó en descubrir que los ojos del soldado desconocido lo seguían por el cuarto, así que sacó la foto y la dejó en la mesa. Afuera, el aguanieve se había convertido en lluvia y bañaba las ventanas. El viento soplaba con un lamento. La estufa de gas lanzaba estallidos y relampagueaba. No se veía nada de la ciudad. Intentó leer *La vida de Blake* de Gilchrist porque pensó que lo tranquilizaría pero no pudo concentrarse en el texto porque no dejaba de fundirse con la foto del soldado y reconoció con desesperación que sólo el mudo lenguaje de los símbolos podía expresar su indecible repugnancia.

Joseph y su grotesco ángel concibieron una estrafalaria broma: decidieron mandarle un pedazo de excremento a Lyndon Johnson. Por estar habituado a coger excrementos, se trataba simplemente (una vez que la mierda se materializó) de embalar una cagada de buen tamaño. Eligió una caja de cartón vacía que en algún momento había contenido copos de cereales, el desayuno más sano, y todos los periódicos que encontró. Tuvo que sacrificar toda la pila de recortes sobre Vietnam y uno de los cuadernos en que coleccionaba datos para embalarlo bien. También metió en la caja la foto del soldado y el niño. Escribió **cómeme** en un pedazo de papel que arrancó de una bolsa de té y lo colocó sobre el mojón. Mientras se entregaba a esa tarea no dejaba de reír con una risa demoníaca. El envío del paquete por correo aéreo le costó la mitad del dinero de la prestación del seguro de desempleo pero no le pareció caro.

—Mandé un regalo de Navidad a la Casa Blanca — le dijo a Ransome.

—¿Qué regalo?

—Mierda.

—Perdón, no le he entendido.

—Mierda — repitió Joseph.

Se traspasaron con la mirada por encima de la cubierta de la mesa que era de color rojo oscuro y Joseph advirtió en la melancólica inquietud de los ojos blancos de Ransome que si el psiquiatra hubiese podido creerle sus actos habrían dejado de ser gestos irónicos de una tenebrosa farsa para convertirse en ideas auténticamente dementes.

—¡Fue un sueño tan vivido! —dijo Joseph con convicción—. Casi la olía, y le puedo asegurar que me sentí muy aliviado cuando desperté y sólo percibí el típico olor a cementerio que hay alrededor de mi almohada. Esa misma noche soñé que me comía a la madre de mi mejor amigo.

—¿Le gustó? — preguntó Ransome, impasible.

—Era demasiada mujer para mí: me tragó ella a mí.

—No soy ni un freudiano ni un brujo, no diría que puedo interpretar sueños.

¿Ya había pasado el peligro? Ransome se movió en la silla y la luz se le reflejó en los lentes, lanzando destellos momentáneos que parecían reflectores o faros de automóviles; Ransome era un automóvil que avanzaba en dirección contraria. Pasó junto a Joseph por el otro lado de la calzada. Charlotte tenía el mismo aspecto al final, había terminado por alejarse más allá de todo posible contacto. A diferencia de las líneas paralelas, ni siquiera se encontrarían en el infinito.

Cinco

Joseph contó el dinero que tenía y, al ver que le alcanzaba, llamó a la puerta de la señorita Blossom; sabía que estaba allí por la luz que se filtraba por el marco de la puerta pero no le abrió en seguida. Se oyó un crujido dentro de la habitación y un ruido de cajones atascados como si alguien los cerrara torpemente y de prisa, ocultando todo.

—¡Ah! —dijo la señorita Blossom sorprendida o satisfecha—. Es usted.

—Vamos al bar. —le dijo Joseph, con el tono más tentador de que era capaz. Se había lavado la cara y las manos.

—Ya le dije que no bebo.

—Puede beber un cóctel —se arriesgó a decir Joseph, ya que ése era uno de los tragos más populares en las fiestas de oficina.

—¿Por qué me molesta? —Joseph no le veía la cara porque la luz le daba desde atrás y la rodeaba; era una figura muy alta y oscura que parecía una tiesa maestra de escuela o una señora Noé salida de un arca jardín de infancia.

—¡Vamos, encanto! —dijo Joseph irritado—. Dése un respiro.

Curiosamente, la señorita Blossom se ablandó.

—Está bien —dijo y se puso el abrigo de tweed amarronado, mientras Joseph seguía de pie en el descanso expuesto a la corriente de aire, preguntándose qué hacer a continuación.

—Hace meses que no salgo con una chica — dijo.

—Espero no ser su chica.

—Usted no es nada amistosa — dijo Joseph en tono quejoso.

—No confío en los amigos — repuso ella. Bajaron muy despacio las escaleras por la cojera de Anne.

—¿Qué piensa de la guerra de Vietnam? —preguntó Joseph.

—Tengo mis propios problemas.

—¿Pero de quién es partidaria?

—No me dé la lata con guerras en lugares desconocidos —dijo ella irritada—. Perdí a mi padre en la última. O — añadió en el tono más dubitativo que Joseph le había oído hasta entonces —tal vez haya perdido a mi padre, es decir, yo, es posible, es decir, es posible y parece probable...

Su voz se fue apagando. Bajo la luz mortecina de la minúscula bombilla que había en el vestíbulo, tenía una expresión abierta, tierna y frágil; Joseph nunca la había visto así antes, como si cualquier cosa pudiera herirla. De algún modo, recurriendo a algún truco, se había vuelto vulnerable.

—¿Puedo tomarlo del brazo? —dijo la señorita Blossom—. Me duele mucho la pierna.

Cuando oyó pasos en el vestíbulo, la hija del almirante que vivía en la habitación delantera de la planta baja le dio un tirón al visillo y miró por la ventana tratando de

averiguar quién podía ser. Joseph vio que las cortinas se movían en el cuarto oscuro. La vieja no podía darse el lujo de encender de noche la luz de su habitación; se sentaba ante unos pocos carbones encendidos y volvía a recorrer Australia, Nueva Zelanda y las islas del Pacífico, donde morenos niños desnudos saltaban al agua desde un muelle para recoger monedas de medio penique.

—Hoy sorprendí a la hija del almirante dándole una pechuga de pollo a mi gata, aunque el dinero no le alcanza para comprarse comida decente —dijo Joseph—. Pero me dijo que la gata tiene que comer bien porque va tener gatitos otra vez.

—Si le gustan tanto los gatos, ¿por qué no le da uno, un gatito, cuando nazcan?

—Dice que un gato sería una atadura, que le impediría viajar.

—Pero si nunca sale de la casa...

—Ya lo sé. ¿Usted querría un gatito, Anne?

—No — negó Anne en tono categórico.

—Sería algo que podría querer — dijo Joseph tratando de tentarla.

—No, jamás; gracias de todos modos — dijo ella bruscamente.

Un barco hizo sonar una melancólica sirena desde el río. El inmenso cielo negro estaba salpicado de gélidas estrellas de diciembre; hacía mucho frío. Las ramitas de los matorrales del jardín dejaban escapar susurros secos parecidos al roce de viejos periódicos.

—Cuenta la leyenda que Odín estuvo en la copa de un árbol durante nueve noches, suspendido entre el cielo y la tierra, y que descubrió muchos secretos — dijo Joseph.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Va a ir a su casa para Navidad?

—Soy huérfana y me crié en el Hogar de Barnardo.

—¡Oh! Lo siento.

—A veces suceden desgracias... — gruñó sordamente la señorita Blossom.

Impresionado por la inesperada ferocidad de su voz, Joseph respondió:

—En realidad no lo siento. Me da lo mismo. ¿Por qué tendría que importarme? Me importa un rábano.

—Está clarísimo —dijo ella, aparentemente aplacada, por algún motivo—. ¿Y usted, va a ir a su casa?; le convendría lavarse bien antes de hacerlo.

—¡Dios mío! —dijo Joseph—, No me deprima. — Aún no les había escrito— Me temo que este año no podré ir a casa para Navidad, pero el próximo será mejor, mamá y papá... mamá y papá, lo siento tanto..., pero las circunstancias me impiden... mamá y papá, tengo malas noticias. En fin, nunca lo entenderían —concluyó—. Creerían que lo hice a propósito para molestarlos.

—¿Los quiere?

—No sé. No paso mucho tiempo con ellos.

—Me preguntaba, nada más —dijo Anne— Cuando uno no tiene familia, siempre siente curiosidad.

—Mi amigo Viv quiere a su madre —dijo Joseph—. Pero ella es especialista en eso de querer.

—¡No bromea con eso! —La señorita Blossom lo regañó con tanta dureza que volvió a parecerle una maestra de escuela. Joseph decidió hartarla de detalles sobre su familia y empezó a canturrear:

—Mi padre se levanta tan de mañana que todavía no ha empezado el nuevo día cuando ya ordena los periódicos para los repartidores. Anota la dirección en cada uno con un lápiz negro y blando. Tiene las manos teñidas por siempre jamás con la tinta de periódicos y de la mañana a la noche anda con un lápiz afilado detrás de la oreja, la punta le hace rayitas negras en la sien. En la tienda usa zapatillas de fieltro que se abren como pan donde se juntan los huesos.

—¿Adonde vamos? — preguntó la señorita Blossom.

—No me está prestando atención — dijo Joseph tristemente.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Bajaron la colina dejando atrás las crujiás tachonadas de luces. Las hileras de casas elevadas parecían farallones con fogatas encendidas por bárbaros, que ardían a la entrada de unas cavernas. Cuando pasaron por delante de la casa de Kay todas las luces estaban encendidas y en el desvencijado balcón había dos muchachas que colgaban bombillas de colores en medio del frío. Las dos reían bajo la luz que salía a raudales por las ventanas sin cortinas; eran Barbie, la americana, y Rosie, la chica menuda y gorda. Rosie llevaba vaqueros y una camiseta, como siempre, pero Barbie tenía un vestido suelto de brillante terciopelo verde que resplandecía como musgo húmedo. Estaba sonando algo de Chuck Berry en un gramófono que aullaba desde el interior de la casa. Barbie conectó un enchufe y las bombillas se encendieron, fresas, uvas, grosellas, rosas y limones eléctricos y linternas mágicas que parpadeaban y centelleaban caprichosamente.

—¡Qué alboroto! —dijo Anne.

—Van a dar una gran fiesta.

—Da la impresión de que ya empezó.

—No, sólo se están preparando.

—Siempre ponían un árbol de Navidad de casi dos metros de alto en el Hogar — dijo Anne—. Lo llenaban de luces como ésas y guirnaldas brillantes y nieve artificial. A los pies del árbol dejaban todos los regalos que nos daban personas de buen corazón, juguetes usados y cosas por el estilo. Después venía Papá Noel y nos daba a cada uno algo que sacaba de la bolsa.

—Cuando yo era niño, mi abuelo me metía montones de cosas en un calcetín. Siempre había una naranja, una manzana, algunas almendras y nueces del Brasil en un envoltorio de papel con una ramita de acebo, una pelota de goma, un número anual de Superman, una pistola de juguete, una barra de chocolate con frutas y nueces y un petardo asomando por la punta. Siempre lo mismo. ¿Quién se iba a imaginar que llegaría a saber de memoria lo que había dentro? Entonces se murió, por supuesto.

—¿Vivía con vosotros?

—Hasta que cumplí seis años.

—Era una verdadera familia, entonces.

—No le faltaba nada. Mi abuelo era un viejo muy respetable. Todo tenía que estar impecable, las camisas limpias y todo eso. Volvía loca a mi madre haciéndola almidonar los cuellos de las camisas. Decía que me iba a dejar el reloj de oro que le habían regalado en los ferrocarriles cuando se jubiló pero cuando le dijeron que tenía cáncer rompió el reloj, lo tiró sobre el hormigón en el patio y le saltó encima. «No me ha servido de nada», dijo. Después dijo que se iba a emborrachar aunque nunca tomaba una gota, salvo en Navidad o en las bodas. Pero mi madre se echó a llorar, así que se quedó en casa y se puso a mirar la televisión con nosotros pacíficamente.

—¿Viene a este bar. esa fulana escandalosa?

—¿Quién?

—Esa fulana. La que estaba en el café aquella vez.

—¡Ah!, la señora Boulder. Sí, viene a este bar., pero generalmente está ocupada durante las fiestas.

—Es que estoy como curiosa porque también podría ser mi madre — dijo Anne. Joseph se dio cuenta, asombrado, de que el comentario de Anne había sido una broma macabra, cruel, agresiva. En la oscura callejuela que había entre las murallas del jardín, hicieron levantarse de un brinco al viejo Sunny, que estaba descansando en una isla de densa sombra.

—¡Mi pobre corazón! —dijo. Se les acercó lenta y penosamente—. Si tuvieseis este corazón viejo no iríais tan deprisa, vosotros los jóvenes.

—¿Sigue siendo mi amigo? —le preguntó Joseph.

—A veces sí, a veces no —dijo Sunny—. Te conozco, tú andabas con una señorita rubia. Frunció los labios y lanzó un silbido de admiración. Una señorita rubia que no se parecía nada a ésta —dijo categóricamente.

—Es la señorita Blossom —dijo Joseph—. Señorita Blossom, éste es Sunny Bannister. —La presentación sonaba parca; para adornarla, agregó: —Sunny toca el violín.

—Tocar el violín es como cortejar a una joven —dijo Sunny en seguida, iniciando de inmediato su acto de saltimbanqui—. Uno tiene que amar al violín. Acariciarle suavemente la panza. Como cuando uno acaba de casarse, el arco da algunos problemas, no está bien tenso, pero la perfección exige práctica, ¿verdad? Después, cuando uno termina, se limpia el arco con un trapo.

Sunny terminó el breve monólogo jadeando de tanto reír en la callejuela iluminada por las estrellas y dándole a Joseph codazos de complicidad, pero cuando vio la dura expresión de Anne dejó de reír y murmuró:

—Perdone, mami. Perdone usted, señora.

—Usted es muy desagradable.

—En mi juventud, era igual al Príncipe de Gales —dijo Sunny agresivamente—.

Y un verdadero seductor, se lo aseguro.

—Ya pasó el verano, papaíto —dijo ella—. Y llegó el invierno.

—Nunca es invierno en mi corazón —rebató Sunny—. Si usted tuviera un violín, le tocaría algo.

Volvió a resollar con una alegría sospechosa pero Anne le dijo despectivamente:

—Apuesto a que no es capaz de tocar una sola nota.

«¿Por qué estoy perdiendo el tiempo con esta puta malhumorada?», pensó Joseph.

Caminando muy despacio llegaron finalmente a la taberna. Habían colocado todos los adornos de papel; el bar., al que los condujo Sunny, tenía un techo falso hecho de serpentinas y guirnaldas amarillas, verdes, rosadas y lila que subían y bajaban como colgaduras en la tienda de campaña de Gengis Kan. Campanas de papel recortado colgaban a intervalos sobre la barra profusamente decorada con orlas de papel plateado, bolitas de vidrio y de acebo, hiedras y muérdagos artificiales. Un calor achicharrante salía de los radiadores y dos dedos rojos y cálidos se extendían en la estufa eléctrica encajada dentro de la chimenea. El camarero tenía un ramito de muérdago detrás de la oreja; Joseph no se había dado cuenta de que ya habían empezado las fiestas de Navidad. Había colgado un enorme cartel en el que decía **feliz navidad a todos nuestros clientes.**

—Nada sectario —le dijo Joseph a Anne pero ella no rió, ni siquiera sonrió. Pidió un zumo de pomelo. Sunny pidió media pinta de sidra. Parecía un niño melancólico.

—Toqué en muchas orquestas importantes ante testas coronadas —dijo—. La testa de la Reina. La testa del Rey.

—En las calles y en tabernas —corrigió Anne despectivamente—. Ya lo sabía. — De pronto, empezó a cantar una triste canción:

*Echa una moneda más
en la jarra de lata del viejo,
cuando toca el violín
desafina, desafina, desafina.*

Los polvos de tocador se le apelonaban en granos rosados sobre los labios y el lápiz de labios le había manchado los dientes. Bebía el zumo a sorbos afectados y precisos.

—No conozco a ninguna otra mujer que use lápiz de labios —dijo Joseph. Anne nunca parecía tener más de veintitrés o veinticuatro años—. A ninguna mujer tan joven como usted, quiero decir; la señora Boulder se embadurna entera.

—Yo siempre digo que el lápiz de labios mejora la apariencia — dijo ella.

—Ganábamos mucho dinero —insistió Sunny—. Libras y libras, pasábamos el sombrero y nos caía el dinero. Clic, clic.

Evidentemente se sentía feliz de tener un público que no podía dejar de escucharlo. Empezó a tocar el violín imaginario y a cantar «Esperando a Robert E.

Lee».

—Están papá y mamá y Efraín y Sammy...

—¿Quiere otro trago, viejo tonto? — dijo Anne bruscamente.

—Gracias, querida. Vieja gorda — añadió en un susurro. Siguió tocando. Anne pagó la bebida; el bar. empezaba a llenarse de parrandistas y se refugiaron en una mesa que había junto a la gramola.

—En el Hogar cantábamos «En la cima del viejo Smokey» dijo Anne y, para que no se oyera la voz de Sunny, empezó a cantar:

*En la cima del viejo Smokey,
donde nunca llega nadie,
vi a Betty Grable
totalmente desnuda.*

Sunny bajó el violín.

—Bestia inmundada —masculló—. Ahora voy a tocar un vals. Es mi vals favorito, un hermoso vals, se llama «Dulces rostros del país de ensueños». Le escribí a Harry Davidson pidiéndole que lo tocara en la radio, pero no lo conocía.

Mientras tocaba iba canturreando la melodía, lo que era mucho mejor, porque si no lo hubiera hecho, jamás la habrían escuchado.

—Le voy a contar un chiste —le dijo Anne a Joseph por sobre la cabeza de Sunny—. Yo era el bebé más limpio del mundo y me metieron en la bolsa más limpia que había y me dejaron a la entrada del Hogar de Barnardo y en mi limpiísimo chal venía una nota sujeta con un alfiler en la que decía: «Por favor cuide a mi florecita». Por eso me pusieron este apellido, Blossom.

—¡Qué cruel es! —dijo Joseph con irónica admiración. Anne parecía más misteriosa que nunca, una muñeca articulada de carne y bilis.

—Un hermoso vals —dijo Sunny, jadeando.

—Cállese —conminó Anne—. Cállese o lárguese.

—Una vez la vi en el jardín —dijo Joseph—. De mañana.

—Me fascina la naturaleza —dijo ella en un tono severo—. Por eso me gusta tanto el Bajo.

—Ahora os cantaré una canción divertida que se llama «Muy, muy lejos de aquí» —terció Sunny, desesperado al ver que dejaban de prestarle atención. En seguida empezó a cantar:

»¿Dónde está mi suegra? Ahora quiero que todos vosotros cantéis a coro, que todos cantéis a coro esto:

*Muy, muy lejos de aquí,
¿por dónde anda regañando?*

»¡Vamos!, divertíos un poco, todos juntos...

—Ya le dije que se largara, así que lárguese antes de que le diga al encargado que

nos está molestando y le pida que lo echen a palos.

Una expresión infinitamente socarrona cruzó la cara de Sunny.

—Dame un beso — dijo.

—Bueno — dijo Anne, sonriendo abruptamente. Dejó que la besara en la frente, lo que aparentemente hizo que Sunny recuperara todo su buen humor.

—Ahora márchese — le pidió; él se puso de pie tambaleándose.

—Buenas noches, buenas noches, bonita —dijo Sunny—. Buenas noches, buenas noches, joven. —Se acercó lentamente a los que atestaban el lugar, una multitud densa y locuaz.

—¡Vaya! —dijo Anne—. Gracias a Dios que se marchó. Debería quedarse en casa en vez de ponerse a deprimir a los demás.

Se bebió melancólicamente el zumo. Joseph también comenzaba a sentirse deprimido. El lamentable espectáculo de Sunny, los recuerdos de la niñez y el ruido y las risas agobiantes que los rodeaban lo hacían sentirse intolerablemente sepia y bidimensional. Sentía que su conciencia podía empezar a soltar amarras y a alejarse de su cuerpo como un globo errante; era una sensación que lo dejaba sin aliento. Palpó el contorno frío del vaso con dedos como ajenos y miró la tela gastada de su abrigo como si fuera el abrigo de otra persona, y el brazo que había dentro, como si fuera el de otro hombre.

—Ayúdame —le dijo violentamente a Anne—. Hazme sentir que existo de alguna manera.

—¿Qué quieres decir? —dijo Anne—. ¡Qué frase! ¡Qué proposición!

De pronto estalló un alboroto a la entrada de la taberna y entró un grupo de músicos irlandeses, vestidos con trajes azul marino de gala; la muchacha que los acompañaba tocaba una tímida melodía en un pito de hojalata. Llevaba una vihuela roja esmaltada colgada a la espalda. Los hombres se abalanzaron sobre la barra; la muchacha dejó de tocar el pito de hojalata, descolgó la vihuela y empezó a tocar algo. Joseph oyó que los irlandeses la llamaban Maggie.

La muchacha llevaba una chaqueta azul claro de punto gastada en los codos y deshilachada en los puños sobre un vestido azul claro con hilos brillantes entretejidos. El cuello redondo del vestido estaba adornado con flores chatas de la misma tela. Seguramente era un vestido muy ordinario porque estaba lleno de pliegues y de arrugas, era demasiado largo y le cortaba en dos las piernas regordetas en su punto más grueso; le faltaban pocos años para que las piernas se le pusieran fofas, venosas y blancuzcas, y llevaba medias brillantes, transparentes y nada favorecedoras, con una carrera en la pernera izquierda. Los zapatos eran de cuero negro grueso, feos y con tacones raídos. Lucía grandes pendientes largos y brillantes como adornos de árbol de Navidad y sus cabellos eran una fuente de ámbar, que se arqueaba desde la frente ancha y redonda, una frente Estuardo como las de las mujeres de los retratos de Lely y tenía los mismos tonos, una piel lechosa y ojos salientes azul claro, que seguramente la habían llevado a elegir un vestido de ese color. Era una cara

asimétrica, desafiante, una cara de putilla sinvergüenza; la muchacha era una campesina huesuda, muy joven y muy alegre, el alma del sábado por la noche en pueblecillos perdidos, una chica mala de barrio que no pretendía hacer daño. Por una razón perversa, Joseph sentía que se parecía a Anne, como si Anne, de ser feliz, pudiese haber sido como ella. Maggie se paseaba entre los juerguistas tocando una melodía que no alcanzaban a oír por el zumbido de la gramola.

—Ahora voy a beber una ginebra —dijo Anne—. Quizás un trago fuerte me anime.

Joseph miró a la muchacha vestida de azul claro y recordó un cuadro que había visto una vez, en el que aparecía un pájaro de plumaje azul claro llamado el ave azul del paraíso del Príncipe Rodolfo. Se dirigió mecánicamente a la barra a pedir el trago para Anne; cuando regresó a la mesa, Maggie estaba apoyada en la gramola. Tenía el rostro encendido; le sonreía a Anne en un rebotamiento de alegría y las dos parecían hermanas, la hermana dispada y la hermana censuradora. Se produjo un silencio entre dos discos; Maggie empezó a tocar y a cantar. Tenía una voz aguda y chirriante. Se divertía pavoneándose y rezumaba exuberancia. Todos los irlandeses empezaron a corear la canción. Ella comenzó a improvisar unos compases de vals pueblerino en el bajo, y luego cantó con voz vigorosa y absoluta falta de emoción:

*Él subió a acostarse
y la encontró colgada de una viga,
cogió un cuchillo y la descolgó
y en el corpiño encontró una nota.*

*«Espero y espero, pero todo es en vano,
ojalá volviera a ser doncella.
Pero nunca lo seré
mientras los manzanos no den cerezas.*

*» Cavadme una tumba ancha y profunda,
poned un mármol a la cabeza y los pies
y en el medio una tórtola
para que les cuente que he muerto de amor.»*

Los irlandeses aplaudieron. Joseph miró a Anne y vio que unas gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas. Anne cogió su vaso y, sin una sola palabra, se lo alargó a la muchacha, Maggie, que lo aceptó como si lo mereciera y se bebió todo el líquido.

—Llévame a casa — dijo Anne.

El llanto la afeaba; las lágrimas le brotaban reacias y tenía la cara contraída en pliegues lastimeros, góticos, como las figuras llorosas de las tallas medievales, hinchada y escarlata también. Se esforzaba por llorar en silencio. Se marcharon en

seguida. Fuera del bar., un viento furioso azotaba la calle del costado del río que estaba desierta. No había luces encendidas en el piso de los Boulder, encima de la tienda de automóviles usados. Anne buscó a tientas un pañuelo; cuando llegaron a la callejuela apartada, le dio rienda suelta al llanto, sofocándose y sollozando, apretando los puños contra los ojos y moviendo la cabeza de lado a lado. Se apoyó en una pared y las lágrimas salpicaron la acera. Cuando Joseph la tocó, lo apartó con todas sus fuerzas. Lloró a lágrima viva durante cinco minutos; luego se fue serenando entre hipos y se refregó la cara con el pañuelo.

Se apoyó en Joseph pero más en busca de ayuda que de consuelo; subieron por la callejuela dejando atrás la casa de Kay que ahora, por algún motivo, estaba absolutamente silenciosa y a oscuras, excepto por el brillo de las bombillas de papel. Sus pisadas eran sonidos apagados que, mientras avanzaban sin decir una palabra, le parecían cada vez más pérfidos a Joseph hasta que al fin identificó la amenaza como disparos distantes, disparos nuevamente. Disparos inconexos, aislados. La alucinación se apoderó de Joseph con tal fuerza que le daba la impresión de que a cada paso hacía que una bala indolente se escapara plañidera de un rifle. La bala no apuntaba a nada en especial, no estaba dirigida contra nada salvo contra unos cuantos movimientos ondulantes, hojas mecidas por el dulce viento oriental que olía a té de jazmín mezclado con sangre. Y a veces le respondía el estallido de otra bala y a veces un grito y a veces sólo las hojas que seguían ondeando como si nada hubiera sucedido. A cada paso una lluvia de balas. Un grito. ¿O era el viento tal vez? ¿O un grito?

—Detente —dijo Joseph— No puedo seguir. —Vio el feo rostro de Anne arrasado en lágrimas; estaba a punto de enloquecer. — Sé que perdiste un hijo —dijo.

—No lo perdí —respondió Anne—. Lo regalé. Mi hijo. Es la historia más vieja que hay. Hace demasiado frío, no puedo quedarme quieta, Joseph; hace tanto frío que me duele la cabeza. Tenemos que volver a casa.

Ahora era ella la más fuerte. Su mano era una pista que lo guiaba a lo largo de un laberinto; esquivaron una lluvia de tiros y llegaron a la casa.

—Ven a mi cuarto —dijo Anne—. Tienes muy mala cara.

Él se tendió boca abajo en la cama.

—Saca los zapatos sucios de la colcha —dijo Anne regañándolo—. Apuesto a que nunca te limpias los zapatos. Voy a preparar una buena taza de té.

Cuando regresó de la cocina, con la tetera y las tazas, Joseph estaba enterrado en la cama aterronada como si hubiese querido hundirse en el colchón y desaparecer. Anne dejó la bandeja sobre el tocador y se sentó a su lado en el lecho. Le apoyó una mano en el hombro; Joseph retrocedió con una convulsión.

—Joseph —dijo Anne en un tono muy suave para ella—, ¿qué te pasa?

—No sé — dijo Joseph con voz apagada.

—Puedes contármelo todo — dijo Anne con una pizca de ironía. Se levantó y se sirvió un poco de té. Al cabo de un rato, Joseph se puso boca arriba y comenzó a

observar con recelo las manchas que había en el techo.

—Mi chica me abandonó cuando más la necesitaba — empezó a decir, tratando de desarrollar una nueva teoría.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba embarazada. ¿Me das un poco de té? — Joseph pensó: «Es lo que podría haber pasado, aunque en realidad no fue así».

—¿Tú eras el padre?

—Ella me dijo que sería un mal padre. Le dieron un sobresaliente.

—¿Qué?

—En los exámenes. Los dos estábamos estudiando. Ella se tomaba muy en serio eso de ser estudiante pero, de todos modos, fue un poco vulgar por su parte sacar tan buenas notas.

—¿Es cierto todo eso? —preguntó Anne con suspicacia, removiéndolo el té con sus típicos gestos cortos, tensos.

—Sea como sea, me abandonó —dijo Joseph en tono desafiante—. Después de eso estuve trabajando en el hospital sacando mierda y limpiando miembros amputados.

—¿Qué pasó con el bebé?

—¿Qué bebé?

—Tu hijo.

Joseph le echó esa mirada furtiva que solía reservar para Ransome.

—Fue un sueño tan vivido... — dijo, en el mismo tono de profunda convicción.

—No eres más que un niño, Joseph.

—No me vengas con eso, Anne. No sabía de qué manera explicar la incesante sensación de culpa que le provocaba el estar vivo. La estufa de gas del cuarto de Anne resollaba como un asmático. Anne cogió la caja de plástico en forma de conejo; no sabía que Joseph había visto lo que contenía. Comenzó a recitar:

*La Reina de las tierras sombrías
le dio al Rey de las tierras perdidas
una caja sin fondo
para guardar carne y sangre.*

—¿Lo has adivinado, Joseph? — le preguntó.

—No.

—Es un anillo —dijo Anne. Sacó el anillo de fantasía de la caja en forma de conejillo y se lo colocó. Agitó la mano hasta que la luz se reflejó en el diamante diminuto—. El tipo con el que andaba me tomó el pelo con un anillo y promesas más falsas que el anillo —dijo—. Cuando me dejó preñada se largó sin decir dónde podía encontrarlo. No tenía a quién recurrir, salvo al Consejo Nacional de Ayuda a las Madres Solteras y sus Hijos.

—Anne —dijo Joseph, conmovido—. ¡Pobre Anne!

—Todo lo que te cuento es cierto —dijo ella—. Le dieron mi bebé a una mujer

que no podía tener hijos y lo único que me queda de él es un rizo que les pedí. Y es de un recién nacido, así que no es un rizo de verdad; quiero decir que se le va a caer todo el pelo y después le va a crecer de nuevo y hasta es posible que no sea del mismo color, así que no es su pelo tampoco.

—Anne...

—A veces me duelen los... tú me entiendes, los pezones, se me inflaman; cuando pasa eso, yo sé que está llorando. Estoy segura, eso dicen...

—¿Cuándo te pasó eso? ¿Cuándo nació?

—Hace tres meses. Después me vine a esta ciudad a empezar una nueva vida. Debe tener tres meses y tres semanas. No quería quedarme con él; ¿cómo lo iba a hacer con el dinero que gano, en cuartos amueblados?, ¿iba a dormir con él en un cajón?

Escondió las manos en las mangas de la chaqueta beige de punto y se rodeó con los brazos. Su rostro tenía una expresión extraordinariamente tensa y acongojada. Joseph recordó fotos de un feto dentro del útero, la primera mirada de un ojo sin párpados, la suave capa de lanugo, esos mínimos albores. Crear un hijo en la intimidad de la propia carne durante nueve meses, a lo largo de tres estaciones, para luego arrancarlo de allí y regalarlo parecía un acto de amor brutal.

—Lo que más me dolió no fue tener que deshacerme de mi bebé, ni tenerlo, ni que me abandonara, ni la deshonra, sino que me mintiera y se aprovechara de mí constantemente. Yo creía que había encontrado a alguien que me quería pero no eran más que mentiras y nada más que ilusiones. Y luego me quedé coja, además; antes no estaba así, aunque supongo que nunca fui la chica de los sueños de nadie, ni atractiva ni nada.

—¿Qué te pasó en la pierna?

—Me caí —dijo sin inmutarse—. Rodé por una escalera, una desgracia. Quedé coja. ¿Leíste en los periódicos la historia de una chica francesa que quedó embarazada y se lanzó de la Torre Eiffel y los médicos se pasaron semanas y semanas tratando de salvarles la vida a ella y a su bebé? ¿No te da asco? Únicamente los católicos pueden ser tan crueles con una mujer. Seguro que la miraron y se acordaron de Eva y dijeron: «Te lo mereces, puta, tienes que pagar por lo que hiciste». Cada vez que miraba a mi bebé a la cara, cuando estaba en el Hogar, pensaba en el mentiroso ése tan risueño y me habría muerto de indignación. Pero de todos modos me duelen los pechos cuando el niño llora. Eso es lo que he oído decir al menos. Es como si oyeran que el bebé llora porque quiere mamar.

Joseph se levantó y sirvió más té aunque ya estaba frío y agrio.

—Mi amigo Viv es hijo ilegítimo. Se llevan bien, él y su madre. Pero ella gana mucho dinero.

—Con esas tetas se puede dar el lujo de hacer billetes —dijo Anne con desprecio—. Yo soy una muchacha decente. — De pronto se echó a llorar nuevamente. — ¿Te acuerdas de ese asqueroso pirex con esas asquerosas flores amarillas? Lo compré

para mi ajuar. Nunca he tenido una cocina que sea mía, siempre he vivido en cuartos alquilados. El me ofreció un hogar.

Joseph se arrodilló al lado de Anne.

—¿Quieres que me quede contigo? — le preguntó. Le costó tanto decirlo en tono sugerente como le costaba entregarse de una manera que había desechado por completo. Además, no la deseaba en absoluto, salvo por lo mucho que sufría. Ella se enfadó tanto que dejó de llorar.

—No, gracias —dijo bruscamente—. ¡Es lo último que querría!

Joseph se encogió de hombros, no se sentía muy herido.

—Bueno, ¿puedo hacer algo por ti en todo caso?

—Pasarme un pañuelo del primer cajón — dijo Anne, aspirando por la nariz. Se sonó ruidosamente.

—Todo lo que hago lo interpretan mal — dijo Joseph, mirando por la ventana el incoloro techo del supermercado.

—Lo que pasa es que te esfuerzas demasiado.

—Cuando era niño, recuerdo que descubrí un libro de historietas, de esos que se suponía que no debía leer, los que leen los soldados americanos con fines masturbatorios, supongo. Traía una historieta que se llamaba «La dimensión del horror», en la que aparecían todas las pesadillas que uno puede tener en la vida, hasta las más mínimas, como sufrir de halitosis.

Anne se quitó los severos zapatos y se puso a escarbar debajo de la cama con los pies descalzos buscando las zapatillas de fieltro azul bordeadas de piel sintética.

—Qué agradable es quitarse los zapatos por la noche. Siempre hay pequeños placeres...

Joseph empezó a pasearse por el miserable cuarto hasta que se encontró ante el cuadro en el que aparecían unos vacunos en las montañas. Las colinas distantes tenían tonalidades azuladas y rojas por la niebla y los helechos que las cubrían; en ese eterno otoño de las montañas no se disparaban tiros ni había madres desamparadas que lloraran; era un mal cuadro, uno de los peores que había visto. Ocultó la cara en las manos, dejando escapar aullidos quejumbrosos y apagados, pero Anne insistió:

—Supongo que los pequeños placeres son los que nos mantienen vivos. —Luego bostezó. Joseph se enfureció.

—Mírame las manos, mira; estas manos han lavado cadáveres.

—Lo que veo es que tus uñas todavía llevan luto —comentó Anne categóricamente—. ¿Y a mí qué me importa? La muerte es algo perfectamente natural.

—¿Cómo puedes resignarte tanto? —dijo Joseph fastidiado—. Después de lo que me contaste...

—No sigas con eso —dijo Anne—. Ya te he soportado bastante esta noche, Joseph. Escucha, te voy a contar algo más. Si yo creyera que mi verdadera madre tenía la mitad del dinero y la belleza que tiene esa puta amiga tuya, sería

perfectamente feliz. Cuando era niña y vivía en el Hogar, tenía todo tipo de fantasías sobre mis padres, pensaba que mi madre era una duquesa o una condesa o una famosa estrella de cine y que se había enamorado de alguien de clase baja, de un soldado. Un soldado que había muerto en la guerra. Y ella no me había podido criar, así que había regalado a su florecita. Soñaba que era hija natural, que me habían concebido en medio de un destello en forma de corazón, y eso me ayudó muchísimo, incluso cuando ya era adulta, después de darme cuenta de que todo era una estupidez. Así que a veces pienso que mi hijo va a soñar que soy alguien encantador, alguien que nunca he sido.

—Jesús lloró —dijo Joseph cansado.

—Ahora querría echarme a dormir. Hay gente que tiene que trabajar mañana, como sabes.

—Evidentemente tengo la suerte de que haya gente que trabaja —dijo Joseph. Se quedó vacilando en el umbral, convencido de que había alguna manera de conectar con ella—. Supongo que podría invitarte a la gran fiesta. ¿Quieres ir?

—Yo diría que puede ayudarme a pasar el tiempo —dijo Anne. Y comenzó a ponerse rizadores en el pelo.

Seis

El día de Nochebuena hacía tanto frío que el aliento quedaba suspendido como señales de humo en el aire congelado. Todos los inquilinos de la casa donde vivía Joseph la habían abandonado durante las fiestas excepto el mismo Joseph, Anne y la hija del almirante, que lo abordó para hablarle de unas Navidades en México cuando su padre estaba vivo, con fuegos de artificio y procesiones, mientras Joseph sonreía y observaba cómo le iban carcomiendo el rostro los espectros de la desnutrición. Joseph había traído bastante comida de la tienda de animales para que su gata se alimentara durante las fiestas y se deprimió al presenciar una escena simbólica, un ratón que daba veloces vueltas atrapado en un molino. Todas las tiendas estaban atestadas de gente; Joseph compró pan y huevos y, dejándose llevar por un impulso, seis curiosas y desconocidas flores blancas con pétalos cerosos y sin perfume que vio en una tienda y que quería regalarle a la señora Boulder. Entonces se quedó sin un céntimo y, cuando llamó a sus padres desde una cabina, tuvo que hacer la llamada a cobro revertido.

Se produjo un terrible ir y venir de frases incoherentes entre Joseph y su madre, que duró unos pocos minutos; cuando ella se dio cuenta de que Joseph le estaba diciendo que no iría a visitarlos, empezó a decir entre sollozos: «¿Cómo puedes hacerme esto? He perdido a mi niño». Joseph colgó el teléfono dominado por una perplejidad que lo aturdió. No se había dado cuenta de que ella pudiera preocuparse tanto. Su madre era menuda y rolliza, y tenía cabellos grises. Era un ama de casa que limpiaba y cocinaba. Cuando uno se caía iba a pedirle Elastoplast, sólo que entonces seguramente era más joven, aunque a Joseph le parecía que siempre había tenido exactamente la misma edad y el mismo aspecto; y seguramente la había querido más que a nada en el mundo, incluso había vivido dentro de ella durante nueve meses. Eso parecía algo extremadamente misterioso e inverosímil.

La tienda de sus progenitores se llenaría de susurros de serpentinas cada vez que la puerta se abriera para dejar entrar a un cliente a hacer una compra de último minuto de tarjetas y grandes cajas de chocolates para Navidad, y su madre estaría llorando en el cuarto del fondo. En ese cuarto había un burro de yeso con alforjas de plástico llenas de siemprevivas y también había una muñeca española con mantilla y peineta, que habían traído de unas vacaciones de dos semanas en la Costa Brava. Cada pared estaba empapelada con un papel diferente y en todas había patos de yeso inmovilizados en pleno vuelo. Su madre estaría sentada frente a la estufa eléctrica con imitación de carbones encendidos junto a la figura hueca de la holandesa con los hierros de atizar el fuego y lloraría amargamente, como había llorado Anne. Joseph había vivido dieciocho años entre la tienda y el cuadrado de jardín y le daba la impresión de que no dejó prácticamente nada que demostrara que vivió en esa casa, ni una sola huella digital en el papel que empapelaba las paredes ni una mancha en el linóleo. Nada. Sólo el llanto de su madre porque él no estaba allí demostraba que

había estado allí y se había marchado. Resistió el impulso de llamarla nuevamente para cerciorarse de que era cierto. Sólo que tal vez hubiese respondido su padre, que habría empezado por decir una vez más: «Siempre hemos tratado de darte lo mejor, hijo, siempre lo mejor de todo», pero que luego habría continuado con una nueva fórmula: «Vas a dejar de existir para mí, Joseph, te lo aseguro». De modo que no volvió a llamar.

En lugar de hacerlo, le llevó las flores a la señora Boulder. En la puerta de entrada había una pequeña aldaba de bronce con una figurita acuclillada en un hongo encima de la palabra **polperro**. Tardó mucho en abrirle la puerta y Joseph advirtió en seguida que olía a whisky. Aunque ya era bien entrada la tarde, todavía estaba desaliñadamente envuelta en una fantástica negligée salida directamente de una fantasía erótica, una extraña prenda de encaje color salmón y raso color ciruela. Llevaba el pelo suelto. Joseph nunca la había visto con el pelo suelto. Lo tenía bastante largo y protuberante como una nube dura a la altura de los hombros. Los continuos aclarados le daban un aspecto frágil, de papel de seda o de dulce de cabellos de ángel, no parecían verdaderos cabellos sino los cabellos de una muñeca que caminara y hablase. Todavía conservaba en la cara el maquillaje de la noche anterior pero borroneado y corrido por el sueño y, como observó Joseph, por el llanto. Aparentemente todas las mujeres del mundo lloraban ese día.

—Viv no está — dijo la señora Boulder mientras observaba atentamente el descascarado barniz rubí que tenía en las uñas.

—Le he traído flores — dijo Joseph.

—¡Dios mío! — exclamó con aparente asombro — ¡No lo puedo creer! — Joseph depositó el paquete blanco en sus manos; ella se abrazó a las flores con un gesto infantil, nervioso, preguntándose qué hacer con un regalo tan inesperado. — ¡Ir a gastarte el dinero en un regalo para mí! — dijo con un asomo de reproche —. Pero sea como sea, Joseph, es muy gentil por tu parte esto de traerme flores. — Estaba empapada de lágrimas como si hubiese estado llorando por todos los poros.

—No sé cómo se llaman — dijo Joseph—. La chica de la tienda me dijo el nombre pero era en otro idioma y complicado y lo olvidé. De todos modos son muy blancas.

Hubo un confuso intercambio de réplicas. Las palabras parecían desaparecer en el aire y disolverse como burbujas. Los dos se sentían muy nerviosos por ser la primera vez que estaban solos.

—Entra a tomar un trago — dijo ella como si hubiese tomado una decisión —. Estoy de celebración.

—Bien — dijo Joseph.

—Celebro mi cumpleaños — añadió ella. Y luego, con valentía — —: Tengo cuarenta y cinco.

—¡No! — exclamó Joseph porque parecía tener cinco o seis años más o al menos cuarenta y cinco años mal llevados. Pero la señora Boulder dio una interpretación

errónea al comentario y pensó que le sorprendía que fuese tan mayor, de modo que al fin condescendió a sonreír.

Entraron en la minúscula cocinilla. La mesa plegable que había en el rincón donde desayunaban estaba abierta y llena de platos sucios. En medio de los platos había una botella de licor de whisky, semivacía, y un vasito con una huella seca de lápiz de labios. La señora Boulder cogió las flores blancas y les quitó el papel; de pronto parecían siempre vivas. Las puso en la tina de fregar e hizo correr el agua brevemente.

—Tienen que beber algo — dijo — Y nosotros también.

Sacó otro vaso de un aparador empotrado. La cocinilla daba a la calle del muelle y tenía un aspecto sombrío. Un tráfico atronador pasaba incesantemente por el costado. El vaso de Joseph tenía un dibujo de una chica pelirroja con un traje de baño azul de una pieza y los brazos por encima de la cabeza, a punto de lanzarse desde un alto trampolín. En el vaso de la señora Boulder, del mismo juego, la misma chica sostenía una pelota de playa roja y blanca.

—Hay un pichel que hace juego con ellos — dijo la señora Boulder al ver que Joseph examinaba los vasos con curiosidad —. Pero nunca he sabido qué uso darle, así que nunca lo usa nadie.

—En casa cada vaso tiene una flor diferente y una espiga. Le apuesto lo que quiera que estos vasos son de la cooperativa, como los nuestros.

—No sé cómo lo adivinaste — dijo la señora Boulder con aire ausente. El ángel de la muerte se le apareció sobre la nevera descompuesta; trató de clavarle los ojos sin pestañear. Por la puerta de la nevera, que se tambaleaba sujeta a una sola bisagra, se escapaba un hilo de agua que iba cayendo al suelo.

Perdido en un ensueño, Joseph siguió diciendo:

—También tenemos una jarra grande que completa el juego y que tiene un ramo de distintas flores y varias espigas. Cuando era niño, la llenaban con limonada y cubitos de hielo para el almuerzo del domingo. O con naranjada. En esa época los cubitos de hielo eran algo excepcional, en ese barrio del sur de Londres en todo caso.

Ella le echó más whisky en el vaso.

—Pero nuestros vasos eran de una especie de cristal tallado, no lisos como éstos, así que mientras uno iba bebiendo veía el mundo dividido en montones de pedacitos deformados.

—Pensé cortarme las venas pero después decidí que no — dijo la señora Boulder —, Además, no sé si hay que cortar una vena o una arteria. Y no había agua caliente para darme un baño. Se supone que hay que hacerlo en la bañera, ¿no?

—¿Por qué lo habría hecho? — Joseph pensó: «No se puede estar seguro de nada, de nada».

—Tengo mucho miedo de envejecer, Joseph — dijo ella simplemente —. Es algo que empieza cuando una tiene unos veinticinco años y aparecen unas arruguitas y una se engaña por unos cuantos años pensando que te hacen más interesante y que te ves

más atractiva y más madura. Pero hay que teñirse las canas constantemente. Y entonces el cuello se te empieza a ajar y a aflojarse. Y tu piel pierde esa adorable lozanía, esa frescura y lozanía, y tienes que ponerte más y más maquillaje. Es como rehacer un castillo de arena. Soy un castillo de arena y viene la marea y me arrasa.

—Míreme — dijo Joseph. La compasión y el nerviosismo y un inexplicable temor lo hacían temblar; los ángeles perversos de la señora Boulder, bestias grises con ojos de charca, atestaban el cuarto. Una vez más, se miraron fijamente por encima de los platos sucios.

—Veo el interior de tu mente, donde están tus sueños — dijo ella con su típica voz azul oscuro.

—Tengo pesadillas, pesadillas horribles — dijo Joseph. Los dos hablaban en voz muy baja.

—¡Ah, sí! — dijo ella —. Lo sé. Eres el ahorcado del tarot, ¿me entiendes?

Joseph extendió las manos hacia ella, con las palmas hacia arriba, invitándola a leerle la suerte.

—Nada más que mentiras — dijo ella, cogiéndole las manos y recorriendo con los dedos las cicatrices de las quemaduras. Como si no prestara atención a lo que hacía, siguió acariciándole las manos mientras hablaba —: El ahorcado, ¡ay!, es una carta maldita. Significa muerte y destrucción. El ahorcado es esclavo de su destino, no puede escapar.

De pronto echó la cabeza hacia atrás, desafiando a demonios invisibles.

—Fóllame — dijo —. ¡Tesoro! — Comenzó a besarle las manos con besos ardientes, apretándolas contra la cara y los pechos.

—Sí — dijo Joseph porque era lo único que podía decir. El tráfico rugía cerca de ellos; las vibraciones hacían bailar los platos. Ella seguía murmurando «tesoro, tesoro» en un balbuceo estrangulado, besándole las manos una y otra vez. Joseph nunca había sentido tanto miedo de morir. Ella se dejó caer sobre la mesa, arrastrando mechones de pelo en la grasa de tocino y la borra de té.

—Estoy borracha — dijo —. ¡Ay!, no sé qué estoy haciendo.

—No mienta — dijo Joseph con una brutalidad que la hizo serenarse y aspirar varias veces profundamente, mientras miraba alrededor con recelo. Se pusieron de pie y fueron hacia el dormitorio, que estaba frío como una tumba.

La ancha cama estaba deshecha, llena de arrugas, y tenía un olor agrio. El cuarto, que estaba en la parte posterior de la casa, tenía una vista amplia y gris del río, barcos y depósitos. Ella se acercó en seguida a la ventana y corrió las cortinas, ocultando la luz de modo que quedaron dentro de una vaina negra que los rodeaba por completo. Pero Joseph alcanzaba a oír intermitentes coros de gaviotas que surcaban las corrientes del cielo. El dormitorio era más hospitalario que la cocina. La señora Boulder encendió la estufa eléctrica; se arrodilló sobre una alfombra de piel de cabra y se quedó mirando cómo se encendían las dos barras rojas. Joseph sabía que quería sumirse en esa noche artificial para que él no advirtiera las huellas de los años. El

desesperado descaro con que lo había desafiado desapareció; tenía una actitud dulce y parecía indiferente o tristemente resignada a lo que había provocado.

—Qué lástima que haga tanto frío aquí — dijo —. Pero hoy hace frío en todas partes. ¿Tú dirías que va a nevar? ¿Dirías que vamos a tener una Navidad con nieve?

A Joseph le fascinaba que ella quisiera protegerse con comentarios triviales. Se le acercó por detrás y le rodeó con los brazos el cuerpo suave y amplio, los tumbos deslizantes de los pechos, el vientre suelto, resbaladizo; ella suspiró.

—Desvístete, tesoro — dijo —. Desnúdate para mí porque eres joven y fuerte y delgado y hermoso, Dios mío, y joven.

Joseph quería complacerla y exorcizar sus demonios y darle placer, convertirse en un personaje de sus mejores sueños; se quitó la ropa y se arrodilló al lado de ella porque no daba señales de moverse.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué pasa?

Los ojos le brillaron a la luz de la estufa; estaba llorando nuevamente.

—¡Qué horror! — dijo —. Bien podría ser tu madre.

—Lo siento pero, ¿qué tal si nos preocupamos de eso después? — dijo Joseph, perdiendo la paciencia. La empujó, haciéndola recostarse de espaldas sobre la alfombra; ella respondió sumisa como si fuera de espuma y él entró en ella de inmediato, en ese intenso frío; fue un fiasco. La estufa no calentaba todavía, sólo producía un leve resplandor rojizo que los cubría como sangre y, en medio de esa luz sobrenatural, las extraordinarias tensiones que los rodeaban y la inverosimilitud fantástica de todo eso lo avasallaron. Joseph se corrió en seguida e incluso sintió una sardónica alegría; en el duelo entre sus ángeles, su lerdo comediante había logrado un nuevo triunfo siniestro. Pero la señora Boulder estaba hundida en una laguna de encaje, enorme, blanca y dolida como un cisne herido, y volvió la cabeza.

—Eres un inútil — le dijo. Hablaba en un tono muy agudo —. Pensé que todo iba a salir bien porque eres tan joven..., pero no sabes hacerlo. El ahorcado, ¡ah!, es una carta de mierda.

—Ha sido demasiado para mí — dijo Joseph —. Recuerde que no lo había hecho desde que se fue Charlotte.

—¡Oh! — dijo ella.

—Déjeme intentarlo de nuevo en un minuto, irá mejor, se lo prometo.

—Las promesas son como la masa de los pasteles, se hacen para romperlas — dijo. Se acurrucó en la negligée y le lanzó dardos de furibundo dolor con la mirada. Pero por algún motivo los dardos no dieron en el blanco; la amenaza había desaparecido. Joseph no sabía por qué, lo sentía nada más, tal vez porque la desilusión la hacía actuar racionalmente. Ella no era una figura hierática incrustada en un friso y ya no estaba poseída por los demonios, estaba simplemente desilusionada. Era una mujer gorda, blanca, desnuda, de mediana edad, sobria ya y Joseph se dio cuenta de que no lo había derrotado y comprendió que no había ninguna razón para someterse al tarot. Le sacó un cigarrillo sin pedírselo y lo encendió en la estufa. Con

curiosidad, palpó la superficie rugosa de la cicatriz de una vacuna que tenía en el hombro derecho.

—Déjame en paz dijo ella, alejándose de su mano con una sacudida, pero había una enorme carga de afecto entre los dos; suspiró

—Métase en la cama y caliéntese, le traeré un trago.

Ella trató de mostrarse agresiva.

—No me digas lo que tengo que hacer, Joseph Harker, bien podría... — se detuvo.

—Siga — Joseph se acercó a la puerta. Ella lanzó una risotada y le tiró la camisa.

—Ponte algo — le dijo — ¿Quién crees que soy? No voy a permitir que andes en pelotas en mi casa.

El comentario le pareció tan divertido que Joseph no podía dejar de reírse mientras sacaba las flores blancas del fregadero y las iba metiendo de una en una en los vasos con figuras de muchachas. Los distribuyó por toda la cocina. A continuación apiló todos los platos sucios en el fregadero, limpió la cubierta de la mesa y la plegó. Se lavó con agua fría, silbando una melodía, la que entonaba Kay, «Pedro el pescador», ¿por qué sería? Regresó al dormitorio con el vaso de la señora Boulder.

—Hace meses que no te veo tan contento — dijo ella con incredulidad. La esperanza, el frío o la desesperación la habían hecho meterse debajo de las mantas; las gaviotas graznaban y un barco tocaba la sirena y Joseph no alcanzaba a distinguir nada en el cuarto salvo la alfombra de piel que había delante de la estufa y las amplias y difusas siluetas de la cama, el armario y el tocador en el que brillaba tenuemente el espejo.

—¿Por qué le vomitó encima a Charlotte esa vez, se acuerda?

—Me miraba como si yo tuviera un corazón de oro —dijo la señora Boulder—. Así que pensé: «Se va a enterar».

—Cuando se fue me dijo: «Voy a buscar un hombre que se siente al lado de la chimenea y me diga de vez en cuando: «Ven a darme un beso, bonita». Pero lo último que supe de ella es que se había liado con un judío polaco.

—Siempre haciendo lo mismo —dijo la señora Boulder con fría agudeza.

—Sí, seguía buscando gente auténtica. Pensaba que su despliegue de finura no era natural, señora Boulder. Me comporté mal con Charlotte, malgastaba todo el dinero que le daban en marihuana y libros de historietas y me burlaba de F. R. Leavis.

—Tú sabes que abusabas de ella —dijo la señora Boulder.

—¿Sí? — dijo Joseph, sorprendido.

—Supongo que todo lo que quería era que la quisieran un poco; lo que quiero decir es que era joven.

—Pero erró el tiro, ¿verdad?

—Era espantoso veros juntos, ella se lo tomaba todo muy en serio y tú te comportabas como un viva la virgen, siempre te estabas burlando de ella.

—No me parecía. A veces tenía la impresión de que lo único que valía la pena era el entrecejo de Charlotte, que era muy despejado, no sé cómo explicarlo, o el reflejo del sol en la pelusa que tenía en los brazos. Otras veces, esas cosas eran una especie de recordatorio, algo que recordaba que todos se iban muriendo lentamente en todas partes.

—Dios mío, parecías un muchacho tan divertido cuando mi Vivvy te trajo por primera vez... La ropa que llevabas, eras un verdadero espantapájaros, y ella andaba tan limpia y era tan bonita y tú la usabas como un balón de punching, supongo que lo único que querías era sacar fuera tu agresividad.

Joseph trató de recordar el rostro de Charlotte pero no lo consiguió, Charlotte era un hueco en el espacio. Ya ni siquiera era un vampiro; Joseph había dejado de soñar que Charlotte le devoraba el corazón arrancándole succulentos bocados. ¿Y había sido exactamente al revés, en realidad?

—Seguramente usted nos observaba con mucha atención, querida.

—Después de todo, eras el amigo de mi Vivvy — dijo la señora Boulder — Ella nunca me gustó, por cierto. Era tan terriblemente amanerada...

—¡Qué curioso! Hacía semanas que casi no pensaba en ella y anoche me descubrí contándole a alguien una mentira de lo más detallada sobre Charlotte, tratando de entender. O quizá lo que quería era que me tuviera compasión, no sé. Pero ni siquiera recuerdo su apellido de buenas a primeras; no era Corday. ¿Era rubia?

—¿Qué estás tratando de entender? — dijo la señora Boulder.

La pregunta lo irritó a tal extremo que Joseph gritó «¡Mierda!». La señora Boulder, enfurecida, le tiró el vaso, desparramando whisky por toda la habitación; él vio venir el vaso y alcanzó a cogerlo, como en un acto de prestidigitación. Miró el vaso y se echó a reír de nuevo.

—Entre paréntesis, ¿le interesaría un gatito?

—¡Ay, Joseph, qué malo eres!; ¿cuándo vas a hacer que esterilicen a ese pobre animalito? No está bien obligarla a seguir teniendo gatitos. ¡Ay, Dios!, imagínate. ¡Pobrecilla!

—Es fascinante oírlos ronronear cuando todos se echan y empiezan a mamar.

—Y después le quitas los gatitos.

—No antes de que deje de amamantarlos — dijo Joseph dulcemente.

—Eres cruel — dijo la señora Boulder.

—Quizá — reconoció Joseph. Era un nuevo tema de reflexión para un rato de ocio.

A continuación se produjo un profundísimo silencio en el que se alcanzaba a oír hasta el leve zumbido de la estufa eléctrica y la distante música de una lejana radio de transistores, que no parecían apagar el silencio sino intensificarlo hasta que empezó a presionarlos como un agua subterránea. La presión fue creciendo cada vez más, haciéndoles doler los oídos, hasta que la señora Boulder gritó:

—¡No!

Joseph, que estaba sentado en la alfombra, se incorporó y se acercó a la cama.

—No — dijo ella —. Esto no está bien, soy una mujer perversa que te lleva por el mal camino. No es raro que no puedas hacerlo, cuando es algo tan perverso. Vete a casa, Joseph, vete a casa ya.

—Antes me gustaba mucho Edgar Allan Poe — dijo Joseph —. Pensaba que sabía de lo que estaba hablando: «Por sobre las montañas de la luna, en el valle de las sombras, cabalga, cabalga decidido».

Se metió en la cama al lado de ella; la señora Boulder se apartó con una contorsión. Las sábanas eran pegajosas, de nylon escurridizo como una bolsa de plástico y no alcanzó a alejarse lo suficiente para escapar de él, de modo que en seguida se aferró a Joseph con un vigor cargado de desprecio, como para terminar pronto pero Joseph sabía que ahora era él quien dominaba la situación. A pesar de la mortecina luz roja alcanzaba a distinguir los escombros de esa imitación pintarrajeada de un rostro y, debajo de ella, la arenisca desmigajada de su verdadero rostro; bajo las yemas de sus dedos, la aspereza de su piel y el légamo informe de su carne escurridiza anunciaban en braille que el paso del tiempo la había convertido en una ruina. Su seca mata de pelo se le enterraba en la cara y los ojos como diminutos látigos aguzados. Pero no sentía repugnancia ante todas esas evidencias palpables de marchitez, sino un furioso arranque de ternura; Joseph quería llegar a esa región increada llena de fuentes y bosques que había en el fondo de ella, tan en el fondo como las serenas e idílicas tierras en las que Viv había dormido envuelto en el vellón del laguno, bajo árboles azules con frutos luminosos. La señora Boulder seguía gritando como un pavo real órdenes vagas y hermosas ristas de palabras de amor que eran como collares con cálidas cuentas. Así se fue acercando a las tierras paradisíacas y sintió que ella también se acercaba.

—Feliz cumpleaños — no pudo dejar de decirle el ángel de Joseph junto al río que circundaba esas tierras; luego, acercándose finalmente al otro mundo, sintió en medio de un dolor maravilloso que ese mundo había desaparecido o que siempre había sido un espejismo. Cuando ella se quedó en silencio y dejó de moverse agitadamente, Joseph volvió a oír el murmullo del río y descubrió que la cama olía a polvos de tocador y tenía el olor a trigo caliente del whisky derramado. Ella era una estatua postrada, blanquísima en la penumbra porque las mantas estaban desparramadas, algunas ni siquiera en la cama. Así, tan de cerca, se veía que una red de líneas satinadas le cubría los brazos como un velo unido con el broche de la vacuna.

—Usted nunca está totalmente desnuda — dijo Joseph, acariciándole el velo de novia —. Siempre lleva esto.

—Después de todo, no estuvo mal — dijo la señora Boulder con una voz diluida, distante —. Ha valido la pena esperar. — Después de otra pausa, dijo confidencialmente: — Una se harta de los hombres mayores.

—Una vez soñé que la devoraba — dijo Joseph —. Usted estaba en un plato de

vidrio y yo la atacaba con una cuchara.

—¿Es cierto que soñaste conmigo? — dijo ella esperanzada, en un tono muy juvenil y muy triste.

—Quedaba sepultado debajo de su cuerpo.

Pero la señora Boulder ya estaba bien despierta. Sacó los gruesos muslos de la cama con un balanceo y comenzó a buscar la negligée. En un gesto maternal, amontonó las mantas encima de Joseph. Luego lo miró con una sonrisa de curiosidad, semitriste.

—De todos modos — dijo para sí, envolviéndose —, eres el amigo de mi Vivvy...

Apretó el interruptor que estaba junto al tocador y una luz de color malvavisco salió de las dos lámparas rosadas llenas de adornos que había a ambos lados del espejo. Extrajo un poco de algodón y crema limpiadora de en medio de una inmensa colección de potes, cajas y botellas y empezó a quitarse el maquillaje.

—Vas a tener que ver esta pobre cara sin nada encima — dijo mientras se frotaba la cara para sacarse el maquillaje, porque ya no temía que Joseph la mirara. Se quitó los colores borronados. Joseph se enderezó y se quedó observándola. Le robó otro cigarrillo de la cajetilla que tenía en el velador. Después de viajar juntos por el espacio y el tiempo, a Joseph le parecía interesante verse convertido en un joven galán de película francesa que fumaba un cigarrillo suave en la cama de una prostituta mientras su dueña se acicalaba delante del espejo. Era una cama fastuosa. Había una luz delicada, difusa e increíblemente rosada. Joseph alzó las manos elegantes, tan rosadas como las rosas, y, riendo para sí, hizo aparecer la sombra de un canguro en la pared, que estaba cubierta con un papel listado estilo regencia. Ella sonrió al ver el canguro en el espejo.

—Siempre me gustaste porque tienes unas manos muy bonitas — dijo —. Me alegro de que ya estén casi cicatrizadas. Se pueden descubrir muchas cosas mirando las manos de un hombre. Por ejemplo, basta con mirarle las manos a mi Vivvy para saber que es un músico.

—¿Quién es el padre de Viv? Me lo he preguntado muchas veces. Viv es tan extraordinariamente feliz... Debe de haber recibido una buena herencia.

—No lo sabré nunca — dijo la señora Boulder serenamente —. En realidad, no es de buen gusto hacerme esa pregunta.

—¡No me venga con eso! — dijo Joseph. Hizo en la pared la figura de un sacerdote, que los casaba. Vivirían felices por siempre jamás. Joseph se sentía ridículamente contento.

—¿Qué importa en todo caso? — dijo ella —. Un padre no es más que una palabra hasta en los mejores momentos pero la madre es algo real.

—¿Quiere decir que el padre no es más que una hipótesis? — insinuó Joseph.

—Fue difícil al comienzo, pero gracias a mi hijo, a mi Vivvy, todo valió la pena.

—¿Quiere decir que el padre es una especie de ilusión? — insistió Joseph —. ¡Me

cago en ti, Ransome, mi figura paterna!

—No hay nadie mejor que una madre — dijo la señora Boulder con vaguedad —. Al comienzo, ¡ay!, cada vez era una nueva violación. Me sentí despreciable durante años, sentía que era tan pecadora que nunca llegaría a purificarme. Pero si la muerte es el fruto del pecado también es el fruto de la virtud. Y ganaba muchísimo dinero, no me creerías cuánto. Y no tenía que pagar impuestos. Y entonces me dije: «¿Porqué soy una pecadora? Lo único que hago es trabajar en algo y no digo mentiras, como los curas, por ejemplo, que dicen tantas mentiras». Pero mi familia siempre fue católica y es difícil dejar de sentirse culpable cuando te han metido la idea de la culpa en la cabeza. Después de que hacen de ti una Magdalena nunca te van a aceptar como una honrada comerciante. Así que empecé a beber, tesoro, la solución de los cobardes.

Se quitó las pestañas postizas con mucho cuidado. Joseph hizo una figura que representaba el conocimiento del bien y del mal.

—Hábleme de su familia, si no le molesta. Me gustaría saber cómo era su familia.

—Eran gente de circo. Mi madre leía el futuro; yo aprendí a leer en el manual para interpretar el tarot pero no sé leer el futuro, Joseph. No sé qué te va a pasar. En realidad, francamente hablando, me revienta pensar.

Se examinó el rostro pálido brillante de grasa y se la quitó con una loción astringente.

—La quiero — dijo Joseph —. La adoro. — En el contexto del cuarto, la cama y la rosada oscuridad, era cierto, todo lo cierto que podía ser. Ella esbozó una sonrisa.

—Quiero mucho a mis dos chicos. Dios mío, me sentí muy acorralada cuando me enteré de que mi Vivvy venía de camino. Al comienzo trabajaba en espectáculos, como bailarina. Tenía un bonito cuerpo, bonitas piernas, todavía no había empezado a engordar. Mamá y papá tenían muchas esperanzas puestas en mí pero un tipo me engañó y una cosa trajo la otra. No es una vida fácil, te lo aseguro. Una vive como atontada, primero pasa una cosa y luego otra, gente que se muere y todo eso. Y un buen día te despiertas y eres una vieja que vive de recuerdos.

»Me acuerdo que mamá nos echaba las cartas del tarot a mí, a mi hermana, que se fue a América y se casó con un judío grandote que tenía una tienda, y a mi hermano, Robbie, que murió en la guerra, a los tres nos echaba las cartas y recuerdo cómo eran, todas grasientas. Y ella decía: «Son mentiras. No os olvidéis de eso». Pero cuando a Robbie le salió la carta de la muerte, se alteró muchísimo porque Robbie era el mayor y el único varón. Y ahora está muerta y todo lo demás. Se hacía llamar Madame Sophia y tenía un quiosquito con los signos del zodiaco. ¿Puedes creer que soy virgo? Y mamá tenía una bola de cristal pero papá manejaba la noria. Estoy hablando como una cotorra. Lo que pasa es que casi nunca tengo con quien hablar.

—Sí — dijo Joseph.

—Mi padre manejaba la noria, la rueda luminosa. Mira, te voy a contar cómo era mi padre: tenía la costumbre de andar desnudo hasta que empezó a sentir que era algo

degradante, tenía un tatuaje en la espalda, era una escena de caza con un zorro que se iba metiendo en la madriguera. Se hacen obras de arte maravillosas con tatuajes. Una vez conocí a un obrero irlandés que tenía la Última Cena tatuada en tres colores a todo lo ancho del pecho. Pero papá se cayó y se hizo daño en la espalda y ahí empezamos a tener problemas, entonces comenzó nuestra época mala.

—Escúcheme — dijo Joseph en tono perentorio, como si fuese muy importante que ella lo supiera —. Yo solté al tejón. Se estaba volviendo loco en la jaula y yo lo solté.

Ella dejó caer una bolita de algodón.

—¿Qué tejón?

—El tejón que estaba enjaulado. En el zoológico. No paraba de dar vueltas como una púa atascada en el surco de un disco, se estaba volviendo loco.

—¿Y tú lo soltaste? — repitió ella desconcertada.

—Salté la muralla y le hice un agujero a la jaula, sí.

—No me digas! —dijo ella. Empezó a preparar una base oscura de maquillaje —. Yo creía que lo había soltado Kay. Todos decían que él lo había hecho.

—¡Mierda, no hay justicia! — dijo Joseph.

—¿No te habías enterado?

—No se maquille todavía. Tiene la cara toda lánguida de amor.

—De amor. Estás bromeando. Joseph, ¿tú quieres a tu madre y a tu padre?

—No lo sé — reconoció él, esta vez francamente y con mucho dolor.

—Tienes que querer a tu madre, por lo menos — dijo ella.

Joseph observó cómo empezaba a resurgir su cara diurna bajo sus dedos, triste al ver cómo cada pincelada los iba alejando cada vez más de la resplandeciente caverna del cuarto y la cama. Ella volvía a convertir su rostro en algo inexpugnable.

—Tengo una cita con un caballero de color esta noche — le dijo —. Es negro como la noche pero es un hombre encantador. Hace años que no lo veo, es un viejo amigo de los años de la guerra, combatió con la Francia libre. ¡Ay!, he perdido tantas oportunidades, Joseph... Si hubiera jugado bien mis cartas, ahora estaría en el África Occidental Francesa, en Costa de Marfil, rodeada de lujos.

—Nunca es tan negro lo negro — dijo Joseph adormilado.

—Ya está oscureciendo — observó ella, echando una ojeada entre las cortinas.

Ya casi había terminado de maquillarse. Se había pintado los ojos con la ceremoniosa precisión con que pintaban los ojos de los muertos del antiguo Egipto. Empuñó un pincel para pintarse los labios. Era poco menos que un icono nuevamente.

—No hay nada que lamentar — dijo de pronto —. Nada que lamentar, Joseph. Fue bueno, pero tú sabes que no podemos hacerlo de nuevo, así que vete a casa y olvídale que yo lo olvidaré y...

—¡Putá! — dijo Joseph herido. Afuera salpicaba la lluvia y plañía un ronco coro de gaviotas —. Ven aquí, que te echo otro polvo, puta. Después de todo, es

Nochebuena.

Ella soltó el pincel para los labios y se echó a reír. Era una risa musical, pero no orquestal; una risa absolutamente infantil de organillo de feria. Cruzó el cuarto como una flecha y se abalanzó a sus brazos como una carnosa bala de cañón.

Joseph atravesó la calle y empezó a subir hacia su casa; a la entrada de la callejuela donde se había encontrado con Sunny la noche anterior se cruzó con Viv.

—Te he estado buscando por todas partes — le dijo Viv —. ¿Dónde estabas metido? Estás todo desgredado.

—He estado follando a tu madre — dijo Joseph, sin saber qué decir salvo la verdad. Esquivándolo, pasó al lado de Viv, que se quedó con la boca abierta y echó a correr por la callejuela. Al cabo de unos segundos, Joseph oyó pasos furiosos detrás de él y, justo delante de la casa de Kay, Viv le saltó a la espalda como el viejo marino. Joseph cayó de bruces y por unos momentos forcejearon en el suelo, Viv dándole puñetazos a Joseph con todas sus fuerzas, pero estaba demasiado agitado para hacerle daño; gemía y maldecía y Joseph no tardó en asirlo por las muñecas y obligarlo a quedarse quieto.

—¡Hijo de puta! — dijo Viv —. Has follado a mi madre.

Se echó a llorar. Joseph lo abrazó, curiosamente molesto al verlo llorar también a él, dominado por la conocida sensación de absurda futilidad. Se sentía insoportablemente culpable por dejar en ridículo a sus dos amigos delante del otro.

—Era su cumpleaños — dijo Joseph amablemente —. Y además mañana es Navidad. Perdón por haber sido tan desconsiderado, no debería habértelo dicho.

—Venía a contarte que anunciaron una tregua para la Navidad y mientras tanto tú me estabas traicionando.

—¿Traicionando?

—Abusando de mi confianza. Yo pensaba que no le ibas a hacer nada. Seguro que estaba borracha y que te sedujo.

—Posiblemente — dijo Joseph —. No importa.

—¿Qué quieres decir con eso de «no importa»? ¿Quieres decir que te acostaste con mi madre y que te da lo mismo?

Joseph sintió una profunda ternura por su amigo; ¿cómo habría reaccionado Hamlet al descubrir a su amigo Horacio cubierto sólo con su camisa detrás de los tapices en la escena del dormitorio, en lugar de encontrar al viejo Polonio? Sobre sus cabezas, las bombillas de colores que había en el balcón de Kay parpadeaban una y otra vez y se oían villancicos cantados por niños con voces dulces, débiles, vacilantes:

*Hay una baya en el acebo
que es roja como la sangre...*

Viv se zafó con esfuerzo de los brazos de Joseph y se incorporó. Más que nunca, parecía un monito triste.

—Ojala te vuelvas loco y te encierren — le dijo —. Eso es lo que te deseo por

Navidad.

Escupió a Joseph, lo escupió en la cara y se alejó; después de dar un par de pasos, dejando a un lado su dignidad, echó a correr a toda prisa.

Siete

Joseph regresó a casa, se lavó para quitarse la saliva de Viv, preparó un poco de té y se hizo unos huevos duros, porque tenía hambre. Su gata estaba en casa y se comió toda una lata de carne con salsa; a continuación, se sentó al lado de Joseph frente a la estufa, levantó una pata y empezó a limpiarse sus partes pudendas. Ya no podía estar más gorda. Con cuidado y ternura, se lamió los pezones hinchados, que se habían convertido en clavos carnosos alargados, romos y rosados. Tenía varios pechos listos para amamantar y se movía torpemente. Exigía atención con maullidos roncros e imperiosos; Joseph le acarició la cabeza y le rascó detrás de las orejas.

—Blancanieves — le dijo —, princesa de nieve.

La gata ronroneaba arrobada, contorsionándose ante las caricias; no sabía que él se comportaría como Dios con el fruto de su vientre y que lo dispersaría. Gracias a la tregua de Navidad, ningún tiroteo estremecía la plácida pradera de estrellas del mes de diciembre. Y Joseph aún conservaba el dulce olor de la señora Boulder, cuya piel había absorbido tantos aromas y lociones perfumadas a lo largo de los años que más que piel parecía un costoso producto de laboratorio; era una nave bien tapizada de ciencia ficción que lo había arrojado al interior de la tierra, donde todo está patas arriba, ahora estaba seguro de que era así, una desorientación sin límites, su cuarto estaba tan oscuro que los perros habrían tenido miedo de ladrar antes de que encendieran la estufa. Se sentía muy cansado y confuso. Suponía que haber hecho el amor con la señora Boulder había destruido un polo del mundo que jamás había sabido que existiese; Viv lo había golpeado y escupido, su amistad había cambiado irremediablemente, convirtiéndose quizás en algo menos civilizado. Se quedó sentado, perplejo entre las cáscaras de huevos, hasta que Anne llamó a la puerta.

—¿Qué te pasa? — le dijo, al ver lo abstraído que estaba.

—Tengo el cerebro lleno de figuras de todos los colores — dijo Joseph —, Soy un tipo colorido pero confuso.

—Ya estás otra vez haciendo de las tuyas — dijo Anne fastidiada —, Ocultando tus limitaciones con lenguaje florido.

—Eres una flor de hierro. Tengo que reconocerlo.

Anne hizo un gesto de desprecio. Su vestimenta no hacía concesión alguna al ambiente festivo, seguía acorazada en su traje gris de franela y encadenada con perlas artificiales. Era tan dura y severa como un precepto moral, pero cojeaba.

—Recuerdo que te iba a invitar a salir — dijo Joseph.

—Es cierto. No vas a faltar a tu palabra, ¿verdad?

Joseph se sintió conmovido.

—Naturalmente que no. Lo malo es que ya no soy amigo de mi amigo, así que me voy a sentir incómodo en la fiesta.

—¿Quién? ¿Ese tipo del sombrero? ¿Qué le hiciste?

—Me metí con su chica —dijo Joseph improvisando.

—Eso quiere decir que no te importan mucho tus amigos.

—Así parece — dijo Joseph. Se abotonó el abrigo raído, recordando con tristeza las chaquetas victorianas de caza, los anoraks forrados con piel de lobo y los antiguos gabanes militares de ese elegante pasado que recordaba la señora Boulder; probablemente ahora todos ellos adornaban a viejos del Bajo o dejaban estupefactos a los empleados de las hospederías del Ejército de Salvación. Afuera, la noche era fría y brillante; la ciudad estaba acurrucada allá abajo como un animal plagado de luces eléctricas. Todo estaba en paz, todo brillaba en derredor.

—Seguramente todos los niños ya están empezando a alborotarse — comentó Anne de improviso.

—Me imagino que sí — convino Joseph —. En estos días reina la inocencia.

—Si no fuera por toda esa comercialización... — dijo Anne —. No es en absoluto inocente, ¿no?

—¿Quieres que tengamos una charla de buenos liberales sobre la comercialización de las Navidades? — preguntó Joseph—. En ese caso, te aseguro que preferiría contemplar las estrellas.

—¿Qué quieres decir? — dijo Anne retrocediendo —. ¿Qué significa «inocente» para ti?

Nadie le había pedido jamás que definiera lo que significaba para él esa palabra. Miró el rostro rígido y pálido de Anne.

—Mi gata mata pájaros con toda inocencia. ¿Qué te parece eso?

—Eso es convencional — dijo Anne burlándose —. Es un cliché.

—Algunos clichés sólo se convierten en clichés porque son verdad. Como «los muros de piedra no hacen una prisión y las rejas de hierro no hacen una jaula». Así que estoy empezando a pensar que quizá Kay tenía razón y que no tendríamos que haber soltado al tejón, que quizá ya no podía vivir en un mundo donde gente como tú cree que puede morder.

—No te salgas por la tangente, Joseph. Escúchame, ¿tu gata seguiría siendo inocente si se comiera a los recién nacidos como hacen los conejos?

—¿Por qué no?

—¿Y yo? ¿Y si yo hubiera matado a mi hijo porque no podía soportar que me sonriera?

—Sí—dijo Joseph lentamente —. Eso sería crear tus propias reglas del juego, ¿verdad?

—¿Quién es culpable, entonces? — preguntó Anne rencorosamente.

—Lyndon Johnson — gritó Joseph como un lobo.

—¿Por qué? No puede dejar de comportarse como un político.

—Él contrata a otros para que asesinen en su nombre y nunca les dice que están cometiendo un asesinato. Y algunos jamás lo descubren. Conoces el cuento del traje nuevo del emperador; bueno, los políticos usan capuchas de verdugo hasta que la capucha termina por convertirse en su rostro y engañan a todos, salvo a los niños y a

los locos, haciéndoles creer que ése es su verdadero rostro.

—Tú no estás loco — dijo Anne con desprecio.

—Lo sé. Soy capaz de distinguir a un halcón de una piojosa sierra de mano y es una desilusión enorme. Estoy cuerdo y soy un adulto pero de todos modos no voy a confraternizar.

—Yo soy una mujer sencilla — dijo Anne —. Siempre andas con enigmas.

Joseph le tironeó las mangas de tweed.

—Pregúntales a los asesinos, ellos saben que los ahorcados sólo comprenden el lenguaje de la soga.

—Yo sabía que estabas en contra de la pena de muerte — dijo Anne, esforzándose por soltarse —. Incluso en el caso de esos monstruos asesinos de niños, ahorcarlos es poco.

Joseph la soltó.

—¿Tú crees que tendría que reintegrarme a la sociedad? —preguntó Joseph, sin esperar una respuesta.

—Después de todo, han establecido una tregua en Vietnam, una tregua de Navidad —dijo Anne titubeando, sin saber cómo reaccionaría Joseph.

—Lo más seguro es que los budistas no entiendan qué está pasando.

—¿Por qué no vas a predicar a Speaker's Corner? —dijo Anne en tono burlón.

El ángel de Joseph despertó otra vez y le exigió que intentara violarla.

—¿Te gustaba hacer el amor, Anne? —le preguntó con un tono diabólico—. Háblame de tu vida sexual, ¿te gustaba cuando la tenías?

Joseph no consiguió avergonzarla ni resquebrajar el barniz que la rodeaba.

—No mucho — contestó Anne en un tono perfectamente neutro —. Me daba lo mismo y generalmente prefería no hacerlo.

Los matorrales y los árboles del jardín que rodeaban al niño de piedra se mecieron y susurraron como si aplaudieran delicadamente su abstinencia.

—¿No hay nada que te interese, entonces? — preguntó Joseph, recordando a la desmañada ninfa aferrada a los brotes de hojas.

—En uno de los cuartos donde viví había un macetero — dijo Anne —. Planté unas semillas. Vinieron los pájaros y se las comieron; una mañana vi a un gorrión que se alejaba volando con una semilla en la boca. «¡Qué desfachatez!», pensé. Así que no brotó nada pero aprendí la lección y nunca planté nada más.

—¿Qué semillas plantaste?

—De capuchinas. Se supone que brotan fácilmente.

—Tú sí que te escondes, ¿ah?, andas siempre con tu aire de indiferencia metida en esa especie de bata de pelo de camello. — Joseph la imaginó preparando melancólica una comida frugal en un vestido de casa que le sentaba pésimamente.

—No te entiendo — dijo Anne con un dejo de recelo. Iban bajando por la colina; Joseph, que iba un par de pasos más arriba, se apoyó con fuerza en los hombros de Anne.

—Si tuviera auténtico talento para la inmolación, me casaría contigo — dijo.

—¡Cierra el pico! — gritó Anne; ese insulto de escuela primaria lo reanimó y lo hizo sentir inexplicablemente más tranquilo. Así llegaron a la casa de Kay, repleta de linternas y música retumbante. Un estrépito sordo de charlas y risas se escapaba por la puerta abierta; las paredes del vestíbulo estaban recubiertas de espejos que reflejaban en imágenes distorsionadas a los invitados vestidos con ropas agitanadas de tantos colores que, al moverse, parecían fragmentos de un caleidoscopio gigantesco que la inquieta mano de un niño hacía girar sin cesar o pedazos de un arco iris desintegrado. Una muchacha con vaqueros blancos y un sombrero con cerezas y flores gritó:

—No lo puedo creer, es Joseph Harker — se apartó de los demás y le dio un beso, aunque Joseph no recordaba haberla visto antes.

—Yo creía que te habías muerto — dijo la muchacha.

—Resucité — explicó Joseph. Anne lo miró de reojo.

Este era el trazado de la casa: debajo de ellos había un sótano que rezumaba humedad. En la planta baja había dos cuartos imponentes y de techos altos, uno delante y el otro atrás, que daban a un jardín con matorrales y a la callejuela, y el elegante vestíbulo del que nacía una lánguida escalera curva que conducía al monumental salón del primer piso. Era un salón salido del San Petersburgo de los zares, un salón para bailes informales, veladas musicales y recepciones formales; en la parte de delante había un cuarto un poco más pequeño que tenía el mismo estilo grandioso. Los cuartos del segundo y el tercer piso eran cada vez más pequeños y menos impresionantes y la casa terminaba en un laberinto de áticos y buhardillas y alacenas y umbrales que no conducían a ninguna parte. Toda esa gran acumulación de mampostería y revoque pertenecía a la señora Kyte, que no había salido de su habitación desde hacía quince años, y se iba desmoronando lenta e inexorablemente.

Los amigos de su hijo caminaban con mucho cuidado sobre las tablas carcomidas. Las ventanas estaban constantemente abiertas o cerradas por siempre jamás porque todas las cadenas para contrapeso se habían roto. Los techos agrietados estaban caídos y combados. El único excusado solía negarse a funcionar. Todos los áticos tenían goteras. Todas las maderas estaban carcomidas. El papel de empapelar de casi todas las paredes estaba surcado de pliegues. La curvilínea escalera gemía, se estremecía y temblaba bajo las pisadas. La casa también estaba curiosamente decorada y amueblada.

La madre de Kay vivía sumida en su pasado teatral. Había comprado esa ruinoso mansión para vivir allí y la había convertido en un escenario para representar en él el papel protagonista que jamás le habían ofrecido en el teatro. El tamaño y la grandiosidad de la mansión respondían a sus pretensiones y nunca se había dado cuenta de que se iba desintegrando. En el cuarto que estaba encima del salón revivía los éxitos que nunca había conocido, bajo el efecto de sedantes; la casa estaba llena de enormes fotografías de la señora Kyte con marcos plateados y de espejos

manchados y cubiertos de polvo, y gruesas cortinas orladas, tiesas, polvorientas y sucias, y grandes urnas y vasos con diseños egipcios o chinos colocados en nichos, todo comprado de segunda mano.

El mundo flotante de Kay acampaba en ese bufonesco entorno de lujos artificiales y absoluto descuido. Había mantas y colchones desparramados sobre alfombras tan gastadas que se alcanzaba a ver el cañamazo. Por la noche, en cada canapé de papier maché dorado (con patas de león y cojines de color rojo desteñido) había un joven que soñaba. Los cuartos que Kay y los que pasaban constantemente por la mansión habían pintado con estallidos de estrellas plateadas o lunas sonrientes estaban llenos de juguetes, plantas, libros de historietas y prendas abandonadas. Aquí y allá, en toda la casa, había fragmentos de cuadros, bosques de flores, nubes y soles que surgían inusitadamente en paredes recubiertas con terciopelo rojo oscuro o raso estriado en tonos pastel pero todo parecía estar inacabado, como si el artista o los artistas se hubiesen hastiado en medio de su obra y, luego de dejar caer indolentemente el pincel, se hubieran marchado sin rumbo fijo. En algunos casos, todo un rellano estaba pintado con colores que hacían juego. Esa noche todas las puertas estaban abiertas salvo la del cuarto de la señora Kyte. En casi todas las chimeneas había un fuego encendido. Olía a incienso. Joseph y Anne subieron al salón.

Cuatro ventanas alargadas daban al balcón en el que parpadeaban las bombillas de colores; más allá había un escarpado precipicio de brillante oscuridad, una vista parecida a la que podía observarse desde la proa de un barco. Una puerta doble comunicaba con el otro cuarto; la habían dejado abierta, de modo que gran parte de la fiesta se desarrollaba en una enorme y barroca sala de baile en forma de L. En la base de la L, Viv y sus amigos tocaban música en medio de un remolino de luces parpadeantes. Las llamas rugían en la chimenea de mármol, tallada con imágenes castamente suntuosas de urnas y guirnaldas; festones y guirnaldas de yeso coronaban las paredes, y la chimenea y el friso estaban bordeados de serpentinas de Woolworth, en apariencia colgadas por el mero placer de crear un desbordamiento de colores y formas. También había adornos de papel enroscados en torno a los limoneros artificiales severamente erguidos en sus macetas entre las altas ventanas.

Una de las paredes alargadas estaba cubierta de arriba abajo con un espejo rosáceo, una buena adquisición que provenía de algún lujoso lavabo para damas desmantelado; la habitación, arbitrariamente distorsionada por el espejo, se duplicaba y parecía charlar y bailar con sus propios reflejos; y en esa pared de espejo también se reflejaban las ventanas y los árboles y la oscuridad exterior, de modo que la noche amenazante rodeaba por los cuatro costados a los presentes. El reflejo del juego de luces de la orquesta parecía un espectáculo de mudos fuegos artificiales. Era tanto el calor y la música reverberante y las voces chillonas que el cuarto palpitaba.

Sobre la repisa de la chimenea había un enorme cuadro al óleo de la señora Kyte en su niñez, con un vestido blanco y un cachorro de perro de aguas, pintado en los colores claros y con las anchas pinceladas de los pintores de moda de finales de los

años veinte. En la repisa de la chimenea, dentro de una pantalla de vidrio, había un par de zapatillas de ballet que la señora Kyte usó cuando era muy joven, en la única ocasión que había bailado un foxtrot con el Príncipe de Gales. Había una foto del difunto señor Kyte, el piloto de combate, que lucía un bigote de dimensiones que superaban las posibilidades de su hijo. También había una enorme mole tambaleante de sobres usados y de cartas, cuentas, tarjetas, guantes, zapatos, lápices de colores, potes de pintura, restos de cigarrillos, papel para cigarrillos, pedazos de chocolate a medio comer, sobres de preservativos y residuos domésticos de todo tipo.

Las gruesas cortinas de terciopelo de color verde almendra tenían vetas doradas y plateadas toscamente pintadas; en las paredes, que originalmente habían sido rosadas para que hicieran juego con el espejo, habían pintarrajeado peces y aves tropicales. Joseph se alegró al ver el ave azul del paraíso del Príncipe Rodolfo. Una lámpara compuesta por una serie de piezas de vidrio rosado opaco que se intersectaban, una reliquia de un cine monumental abandonado, colgaba en el centro de la habitación; la habían adornado con coronas de rosas de plástico. Anne se quitó ceremoniosamente el abrigo y la chaqueta y se quedó en posición de firmes con las dos prendas colgando del brazo. Al parecer, le bastaba con apoyar la espalda en un espejo y estudiar gravemente a los presentes. Llevaba una chaqueta beige de punto sobre la blusa blanca. Joseph le llevó una jarra de sidra de barril; luego se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, al lado de ella, mirando a través de un bosque de piernas.

—Tengo una sensación de *déjà vu* —se lamentó. Aunque nunca había estado en casa de Kay, la mayoría de las caras que lo rodeaban nadaban en un distante mar de recuerdos anteriores a la partida de Charlotte; la música, la sidra que desbordaba del barril y caía al suelo y las jarras de vino tinto barato, todos esos rostros sonrientes tan afectados como las sonrisas pintadas de los acróbatas, todo eso había sido algo muy familiar para él en otra época. Ahora le extrañaba estar rodeado de tanta gente otra vez, entre tanta gente disfrazada que parecía divertirse.

—¿Quién crees que ha venido disfrazado de la Peste? — preguntó, pero Anne no alcanzó a oírlo a causa de la música.

Barbie, la chica americana, bailaba enfundada en un vestido de lamé plateado que le dejaba la espalda al descubierto y que evidentemente había sacado del tesoro histórico de la señora Kyte. La cabellera de color mermelada, claveteada de flores artificiales, le caía por la oscura espalda desnuda y bronceada y la cola de lamé culebreaba como un pez; era una sirena sosa. Reía y era un solo tintineo de brazaletes de metal. Anne lanzó un gruñido burlón. Eran alrededor de las once, la hora en que Papá Noel sale en su trineo para luego descender por las chimeneas; la Opera Eléctrica terminó su presentación y salió de la parte del cuarto en forma de L en busca de bebida. Allí estaba Viv.

—¡Cabrón! — insultó violentamente a Joseph —. Cerdo.

—Hay damas presentes — dijo Joseph en tono de regaño, inmutable de tan cansado que estaba.

—¡Vaya! — exclamó Viv —. Si es Annie, la huerfanita.

Esbozó una sonrisa; lucía su traje y su sombrero de pistolero. La perla regordeta que llevaba en la corbata resplandecía con el mismo brillo que sus dientes.

—Me alegra ver que has salido y te estás divirtiendo — le dijo a Anne con voz remilgada.

Anne lo miró recelosa. Se oyó un chasquido y todas las luces se apagaron. La saltarina luz del fuego convirtió en oro ardiente la cola del vestido de la americana, que se puso a repartir bengalas entre los invitados y todos empezaron a encenderlas. Fuera y dentro del espejo, por todas partes, caían centelleantes cascadas de chispas. Viv sacó dos cohetes del interior de su chaqueta, los encendió con un vistoso y flamante encendedor y le pasó uno a Anne; ella se quedó mirando sus primeros chisporroteos. Era un objeto mágico.

—¡Hace años que no veo uno de éstos! — dijo. Comenzó a dibujar leves círculos de luz en la oscuridad; reía con ganas. Su rostro se cubrió de un brillo mínimo, extraño a ella.

—Perdón — dijo Joseph, feliz al verla sonreír. Anne y Viv estaban tan atareados encendiendo cohetes que no se dieron cuenta de que Joseph salía escurriéndose del salón de baile en busca de un lugar tibio donde dormir, porque no soportaba la idea de salir al frío para dar una deprimente caminata hasta su miserable cama. En el rellano se cruzó con la señora Boulder, escoltada por un enorme africano que medía dos metros por lo menos, y robusto, tal como correspondía a su estatura, de un color negro reluciente.

La señora Boulder iba envuelta en un boa de plumas blancas; llevaba un estrecho vestido de raso blanco abierto a un costado, zapatos plateados con tacones de aguja y purpurina plateada sobre el esponjado merengue de sus cabellos y sombra plateada en los párpados; su rostro lucía espléndido. Era blanco sobre blanco de pies a cabeza, parecía un ventisquero a la luz de la luna; era una reina blanca y el africano era un rey negro. El africano llevaba una hermosísima túnica dorada y carmesí y una gorra con bordados de oro en la cabeza escultural. Tenía una expresión sabia y cínica.

—¡Joseph, tesoro! — gritó la señora Boulder sobresaltada. Joseph vio el bosque azul, la fuente, la virgen extasiada y comprendió que jamás regresaría a ese lugar.

—Veo que su unicornio resultó ser negro — dijo con extrema claridad; ella pensó que estaba borracho, y sonrió.

—¿Cómo? — preguntó el africano con una pizca de acento francés.

—Joseph — dijo la señora Boulder rodeándose de una majestuosa compostura —, quiero presentarte a Toussaint, uno de mis más antiguos amigos; mi mejor amigo, en realidad, como ha quedado demostrado en todos estos años.

—Enchanté — dijo el africano, apretando los dedos de Joseph con seguridad pero suavemente con la mano que no rodeaba el brazo de la señora Boulder. Ella tenía hasta la punta de los dedos plateados.

—Toussaint dijo —, éste es el amigo de mi Vivian, Joseph.

—He aquí al soñador, ¿eh? — dijo el africano, examinando a Joseph. Lanzó una sonora pero controlada carcajada, como si les ahorrara el estallido de su risa sobrehumana por consideración. La señora Boulder se apoyó en su hombro carmesí y sonrió. Estaba absolutamente sobria.

—Lo siento, pero no entiendo nada — dijo Joseph.

—Es una alusión bíblica — dijo la señora Boulder serenamente. Llevaba una nueva joya, un reloj de pulsera de diamantes. ¿Y era posible que Joseph sólo hubiese soñado que hacía el amor en esa torre de marfil y que se adentraba en los misterios de la mujer de la luna, que ahora aparecía renovada junto a un sol negro, dorado y carmesí? Se excusó precipitadamente otra vez, descompuesto, y subió corriendo las escaleras mientras ellos avanzaban con aire imponente hacia el salón de baile.

Joseph abrió la primera puerta que encontró, atravesó el umbral y la cerró sigilosamente a sus espaldas. Se encontró en un cuarto poco iluminado que olía a vómito. Aunque el cuarto reverberaba con el renovado clamor que producían los músicos en el piso de abajo, conservaba una silenciosa calma. En una cama gigantesca en forma de concha de vieira, cubierta y rodeada por un dosel de gasa sucia, una mujer se movía de un lado a otro y gemía. Había muebles de vidrio por todas partes y un gramófono enorme y anticuado. Kay estaba poniendo en él un disco para que su madre pudiese escuchar su propia música; era un silbante disco 78. Kay apoyó el brazo del gramófono.

Él baila allá arriba, en el techo, cerca de la cama...

La dicción cristalina de una cantante de los años treinta, muy dulce y atrevida.

*Cerca de mí
toda la noche...*

La sombra de Kay bailaba en la pared; no se había puesto nada especial para la fiesta, iba vestido como de costumbre, de color azul cielo. La enferma, su madre, dejó de quejarse para escuchar, encallada en un arrecife de almohadas; el zumbido de la Ópera Eléctrica la golpeteaba dulcemente, como un oleaje atlántico de vítores y aplausos que celebraban éxitos que jamás había conocido.

*Susurro «vete, amor mío, no es justo»,
pero estoy tan feliz al ver que sigue allí...*

Había un Pierrot sucio y descoyuntado sobre el cubrecama de raso blanco. Kay atizó el fuego para que su madre enferma se calentara. En la repisa de la chimenea había una caja de cristal con un minúsculo ramillete de flores en un soporte de plata obsequio de C. B. Cochrane a la señora Kyte en la flor de su juventud y su belleza. Las rosas, originalmente rosadas, y lo que había sido un extravagante adorno blanco eran ahora de un parejo gris espectral. Joseph salió del cuarto tan sigilosamente como había entrado y subió otro tramo de la escalera hasta llegar a esa parte vacía y solitaria de la casa donde los cuartos eran menos ostentosos, los techos bajos, los rellanos estrechos. Vio a la muchacha regordeta, Rosie, alejándose por un corredor marrón. La arbitraria decoración de la señora Kyte no se extendía tan arriba y toda la

luz provenía de una mísera bombilla. Rosie masticaba algo y tarareaba en voz baja.

Recordando la tregua de Navidad, Joseph renunció a sus intenciones de dormir y se acercó a Rosie por detrás. Le metió la mano izquierda entre las piernas y recorrió con la uña la cremallera de sus pantalones. Ella le apartó suavemente la mano y se dio la vuelta, sin dejar de comer lo que fuese que estaba comiendo. Llevaba una camiseta de hombre con un recorte de un enorme corazón sobre el pecho izquierdo. Le sonrió con aire soñador. Los rizos negros le serpenteaban a lo largo de las mejillas rojizas de campesina. Joseph deslizó la mano derecha debajo del corazón recortado; la piel de Rosie era deliciosamente esponjosa. Fue aplastando cuidadosamente la envoltura de papel del caramelo Crunchy hasta convertirla en una bola y luego la tiró. Joseph volvió a ponerle la mano izquierda entre los muslos; Rosie se le acercó.

—Hola, Joseph — dijo. Empezó a hurgar entre sus ropas —. ¿ Eres Joseph, verdad?

Joseph le respondió:

El mundo está tan lleno de tantas cosas

que estoy seguro de que todos seremos felices como reyes.

Se acariciaron. Él la empujó contra la pared marrón. El aliento de Rosie era dulce y olía a chocolate. Mientras Joseph se balanceaba para entrar en ella, Rosie le dijo:

—¿Te puedo pedir un favor?

—Por supuesto — le prometió Joseph, que no tenía ánimo para discutir.

—Dime «Rose, eres la mujer más hermosa del mundo».

Joseph sintió un arranque de tal ternura que pensó que le iba a estallar el corazón.

—Rose — repitió suavemente —, eres la mujer más hermosa del mundo.

Ella lanzó un suspiro de satisfacción, apretó exageradamente los párpados («no mires antes de que haya contado hasta tres y te enseñaré un secreto») y se pegó a Joseph como una enredadera de campanillas. Cuando se apartaron, aturridos y mareados, Joseph se apoyó en la pared; el revoque cedió apenas y se resquebrajó. Ella le sonrió con un gesto dulce y soñador.

—Mi madre es tan gorda que hace veinte años que no se ve los pies — dijo —. Tengo terror de engordar.

—Yo no me preocuparía por eso — le dijo Joseph, con el tono más tranquilizador de que era capaz.

—Estas cosas son hereditarias — dijo ella escépticamente. Se arregló las ropas, volvió a sonreír y se alejó en dirección a la escalera. Era tierna e irreprochable como una nube. Atontado como estaba, Joseph reanudó la búsqueda de un lugar donde dormir.

Al abrir la puerta más cercana, se encontró en el techo, entre las estrellas, en un estrecho parapeto en el que había una maceta cubierta de ligustros y una piña de piedra. Se produjo un gran revuelo de alas; decenas de palomas que dormían pacíficamente, con la cabeza oculta bajo las plumas, posadas alrededor de las chimeneas y en los salientes que había en lo alto de la casa, fueron arrancadas

cruelmente del sueño y comenzaron a elevarse y a volar en círculos. Luego, todas las campanas de todas las iglesias de la ciudad empezaron a repicar porque era la medianoche de Navidad. La puerta se cerró con un golpe detrás de él. Joseph quedó suspendido en un cielo fantástico entre alas y campanas.

A continuación, una a una, las aves se dejaron caer pesadamente en los varales y comenzaron a arrullar soñolientas mientras se redistribuían, y las campanas se calmaron y dejaron de sonar en las torres de las iglesias y se produjo un luminoso silencio que sólo perturbaban los lejanos ruidos de la fiesta. Joseph se quedó en el parapeto un rato más, observando las sombras de las luces del salón de baile que brincaban en los árboles del jardín y mirando las ventanas iluminadas de las terrazas cercanas y distantes donde en ese preciso momento las madres y los padres estarían rellenas de almohadas con muñecas, trenes, rompecabezas, disfraces de enfermera, pistolas de juguete, un laboratorio en miniatura, una manzana, una naranja y un puñado de nueces. Joseph pensó en su abuelo muerto. El rostro que recordaba tenía un tono sepia, de foto antigua; por primera vez se preguntó si había querido al viejo porque estaba inofensivamente muerto y no podía exigirle nada.

Se habría echado a dormir en el parapeto pero hacía demasiado frío. Tenía los dedos entumecidos y la cara tirante; buscó refugio en la casa. El corredor marrón estaba a oscuras. Avanzó tanteando la pared hasta encontrar una puerta. En ese ático, una vela se consumía en un plato. Había un colchón en el suelo y un montón de mantas del ejército. Un puñado de carbones lanzaba destellos en el hogar. En las paredes había difusas y enmarañadas siluetas de tigres. Joseph se dio cuenta de que una pila de monedas abandonadas y un montículo de flores artificiales delataban la presencia de Barbie, la americana; ella y Kay dieron un brinco en el colchón. Ninguno de los dos llevaba nada encima excepto un collar de corales y una llave de puerta colgada de una cuerda. Kay parpadeaba sin las gafas de sol.

—Siento molestaros —dijo Joseph disculpándose—. Tendría que haber supuesto que todas las camas estarían ocupadas esta noche; se podría decir que no hay lugar en la posada.

—¡Ah!, pero siempre se te puede hacer un hueco, Joseph — dijo Kay cortésmente, empujando a una dócil Barbie a un extremo del colchón. Sometiéndose en seguida a lo inexplicable, Joseph se balanceó siguiendo el vaivén de la puerta y se echó a reír. Reía con tantas ganas que empezó a sentirse débil y flácido. Reía con tantas ganas que los otros dos se contagiaron aunque no sabían de qué se trataba el chiste. Kay se contrajo en un ovillo mientras reía histéricamente y Barbie reía como Doris Day, enseñando unos dientes perfectos; sin dejar de reír y con los hombros temblantes, se rodeó las rodillas suaves y oscuras con los brazos delgados y oscuros.

—Otra vez a la conejera — dijo Joseph; cuando despertó, los otros se habían marchado, la vela se había apagado, sólo quedaban unos restos de fuego y el cuarto estaba sumido en una cálida oscuridad. Lo habían arropado con mucho cuidado con las mantas y Barbie le había puesto las margaritas falsas en el pelo. Aunque sólo

había dormido un par de horas, se sentía renovado y listo para enfrentarse a las nuevas sorpresas que la noche pudiera ofrecerle. Dobló cuidadosamente las mantas y salió de nuevo al corredor. Un coro de campanas de iglesias dio las cuatro.

Aunque las luces estaban encendidas, en el primer rellano no se oía ni siquiera un leve eco de la fiesta, ni un solo sonido. Bajó por las escaleras; un racimo de muchachos y muchachas dormía apaciblemente en la gastada alfombra delante del cuarto de la señora Kyte. Joseph se detuvo y prestó atención; el gramófono estaba detenido, pero se oía una voz de mujer. Abrió la puerta con el mismo sigilo que antes; todo seguía igual en el cuarto, los muebles de vidrio, el fuego encendido, el muñeco de raso y la inválida de aspecto indescriptible en la cama roció. Kay ya no se encontraba junto al gramófono, pero Rosie, con el corazón fuera del pecho, estaba sentada al lado de la cama leyendo en voz alta con la monotonía de una colegiala que recita la lección, vacilando en las palabras largas.

—Estoy completamente decidida: ¡si soy Mabel, me quedaré aquí abajo! De nada les servirá que metan sus cabezas por el pozo y me digan, «sube acá arriba, cariño»; me limitaré a mirar hacia arriba y a replicar, «a ver, ¿quién soy?», «decidme eso primero y luego, si me gusta serlo, subiré, y si no me quedaré aquí abajo hasta que sea otra persona...»

Rosie estaba leyendo *Alicia en el país de las maravillas*. Joseph descubrió que todas las noches se turnaban para leerle a la señora Kyte cuentos que había leído en su niñez, para hacerla dormir: *Mujercitas*, *La historia de Katy*, *La princesa y el trago*, *Detrás del viento norte*, *Alicia*, *A la caza del snark* y *Silvia y Bruno*. Tanto tenía que alejarse hacia su pasado para recordar plácidos sueños. Un atrasado reloj francés de oro y brillantes dio las cuatro con un melodioso tañido, anunciando el lento transcurrir del tiempo de la señora Kyte.

Los que dormían se apiñaban en las escaleras como las palomas en el techo y había bebidas derramadas, vidrios rotos, comida tirada y colillas de cigarrillos por todas partes. En una silla de arzobispo de madera terciada, tapizada con brocado turquesa, Joseph encontró a Maggie, la chica irlandesa, la primitiva ave azul del paraíso del Príncipe Rodolfo, que había llegado a la fiesta de algún modo y que dormía profundamente con la zampoña apoyada en la alfombra a sus pies. La casa era un solo zumbido de ensueños. El salón de baile seguía estando tibio y fragante pero sólo quedaban unos pocos supervivientes tranquilamente sentados entre los restos de la fiesta y las pilas de soñadores, que reaparecían en esa otra dimensión del espejo rosado como cadáveres de bruces en un campo de batalla la mañana siguiente al combate.

El Rey Negro y la Reina Blanca habían desaparecido. Los integrantes de la Ópera Eléctrica dormían entre los instrumentos abandonados, con la excepción de Viv, que sostenía una gran tetera marrón de la que iba sirviendo té en pesados picheles blancos a Barbie, Kay, Anne Blossom y el viejo Sunny. Joseph se sorprendió al ver que Anne había aguantado hasta el final.

Sus cabellos eran una maraña de virutas de alambre y tenía una mancha irregular en el delantero de la chaqueta de punto. Anne estaba cortando rebanadas de pan y trocitos de mantequilla; en una bandeja había todo tipo de cosas de comer. Si Joseph se había sorprendido al ver a Anne, se quedó atónito al ver a Sunny, que llevaba puestos el abrigo y la gorra a pesar del fuego y sostenía un violín en una mano y un grueso emparedado de jamón en la otra. Primero le dio un buen mordisco al emparedado; luego lo dejó a un lado y bebió un largo sorbo de té. Saludó a Joseph con una inclinación de cabeza.

—Vivo aquí, en el sótano — dijo —. Siempre he vivido ahí. Desde hace cuarenta años. No lo sabías, ¿no?

—No — dijo Joseph. Quizás el violín era sólo una ilusión. No se atrevía a tocarlo, por temor a que no fuese real.

—Vivo en el sótano desde hace cuarenta años — repitió Sunny muy satisfecho de sí mismo —. La señora me compró junto con la casa. La ley de alquileres. Ta ti, ta ti. La ley de alquileres. Nunca te enteraste de que vivía con Kay.

Joseph aceptó un pichel de té.

—¿Viste a su Príncipe Negro? — intervino Viv —. Llegué a casa de un humor endemoniado y ahí estaba, enorme, descomunal; estaban sentados como dos tórtolos y ella parecía una muchacha, toda sonrojada, y ahora se va a ir a Costa de Marfil con él y me va a abandonar y dice que va a cortar amarras, que ya es hora de que me las arregle solo. Cariño, te aseguro que me quedé de una pieza. Y había malgastado todas mis emociones contigo, así que no pude reaccionar decentemente.

Era tal su resignación que parecía desintegrarse. Se había quitado la corbata y desabotonado la camisa, dejando al descubierto un frondoso vello negro.

—Así que supongo que aprenderé a perdonarte; a la larga, cuanto menos se diga, mejor, aunque me enteré de que no te bastó con lo que le hiciste a mi madre, también se la metiste a Rosie. Tú sí que estás recuperando el tiempo perdido. Pero, claro, hay que ser amigable durante las fiestas.

—¡Vamos!, dame un poco de té — dijo Sunny; Viv le llenó el pichel.

Joseph se preguntó qué podría haberle sucedido a Anne Blossom, si le habían hecho el amor o había tenido visiones. Estaba pálida pero tenía una expresión inmovible. Barbie ya no llevaba el vestido plateado sino una bata suelta de una tela estampada y brillante, y estaba descalza. Contemplaba imágenes en el fuego; ahora tenía plumas de pavo real en el pelo. Joseph se sentó a su lado y le preguntó:

—¿A qué te dedicas, Barbie? ¿Cuál es tu rollo?

—La carne es polvo — repuso ella con aire ausente, como si repitiera la lección del día.

Joseph sintió que el día siguiente bien podría ser el día del juicio final. Pensó agradecido que tal vez se estaba olvidando de pensar o sentir salvo a través de los sentidos. Examinó las imágenes laberínticas que tenía en las diez acaracoladas yemas de los dedos, posibles mapas de un nuevo mundo.

—¿Quién es el enemigo? — le preguntó, seguro de que le respondería.

—El tiempo — dijo ella de inmediato —. Está aquí, allí y en todas partes y siempre triunfa al final. — Pronunció la «i» de «tiempo» redondeándola, con un delicioso acento americano.

—Ponme entre tus recuerdos — dijo Joseph, jugueteando con el collar de coral. Barbie rió con una risa de directora de los que alientan a un grupo de deportistas de escuela secundaria; tenía un aspecto tan sano y normal, tan alegre y colorido, que Joseph se sentía fascinado. Barbie se quitó las plumas de pavo real, sacó inesperadamente un peine de la pechera del vestido y se desenredó el pelo.

—Intentaste hacer explosivos o algo por el estilo, ¿no? — le preguntó —. Oí una historia muy rara. Kay dijo que estabas muerto pero que no querías quedarte quieto.

—Voy a deshacerme del libro de datos — dijo Joseph.

Después de terminarse el emparedado y de tragar el resto del té, Sunny se puso de pie. Mostró muy orgulloso el violín, un violín de verdad.

—¡Colofonia! — dijo perentoriamente.

Kay, que estaba tostando una rebanada de pan, soltó el tenedor y hurgó en el revoltijo que había en la repisa de la chimenea hasta que encontró un cubo ámbar de colofonia. Sunny la frotó contra el arco y lo exhibió con orgullo.

—Lo voy a bautizar con una melodía — dijo— Mi hermoso violín nuevo, el mejor regalo de Navidad que he recibido, gracias a Kay. Ta, Kay, ta, hijo. Es un regalo hermosísimo.

Sunny empezó a afinarlo. Esto molestó tanto a un muchacho disfrazado de indio piel roja y profundamente dormido, que se alejó rodando hasta un rincón. Kay empezó a untar mantequilla en su pila de tostadas. Parecía un duende, un espíritu del lar. Tenía las gafas apoyadas en la frente. Comieron tostadas, pastel y emparedados de jamón.

—He actuado ante la realeza, en «El café real» por ejemplo — anunció Sunny irguiéndose y apoyando el violín bajo el mentón —. De lo ridículo a lo sublime: tema en clave de sol para violín de Juan Sebastián Bach.

Y realmente sabía tocar el violín. Aunque gruñía, sudaba y suspiraba, procedió a tocar el tema en clave de sol para violín con gran vibrato. La dulce y exquisita melodía resonaba en el aire como partículas de miel o gotas de oro y los dedos de Sunny se estremecían en las cuerdas. Deteniéndose arrobado en cada nota en crescendo fue llegando lenta y sudorosamente al final con tal entrega que todos se quedaron silenciosos en el silencio que se produjo a continuación y Sunny miró con curiosidad en torno a él, molesto por no recibir los elogios y los aplausos que merecía. Pero Rosie, que había entrado sigilosamente en el cuarto sin que Sunny lo advirtiera mientras tocaba, se le acercó corriendo, lo besó en las ajadas mejillas y lo abrazó.

—Nunca he oído nada igual, abuelo — le dijo —. Esto sí que es música, y no esas basuras modernas.

Sunny estaba radiante de satisfacción y resplandecía como el letrero de la Compañía de Seguros El Sol^[3], que quizás había sido el origen de su nombre. Bebió más té y se comió varios emparedados, sin soltar el violín ni un solo instante.

—Estoy segura de que fue un gran músico en su juventud, tal como dijo — le comentó Anne. Era una ceremoniosa disculpa por la descortesía con que lo había tratado —. Estoy segura de que tocaba el violín como un verdadero maestro.

—Así es — dijo Sunny satisfecho, acercando las botas al fuego.

—Yo creía que habías sido siempre igual — dijo Joseph.

—Pero estabas equivocado, ¿no es cierto? — dijo Sunny, lamiendo y masticando una corteza de pan con aire satisfecho.

Kay echó más leña al fuego.

—Esta noche es tan fría como la caridad — dijo.

—No hablas mucho — comentó Joseph.

—¿Qué quieres que diga? — respondió Kay —. No soy un tipo hablador.

Tenía una boca pequeña, delgada, con una dulce sonrisa. En realidad, era una boca serena. Su rostro, enigmático también, era un rostro envejecido, lleno de surcos y arrugas. Joseph sentía que podía perdonarlo por ser feliz.

—Deberías sonreír más — le dijo inesperadamente a Joseph —. Yo trato de sonreír por lo menos una vez cada media hora, incluso si no sucede nada agradable.

—Voy a tener que perseverar — dijo Joseph sin convicción —. Hay que ser testarudo como el demonio para hacer eso.

Viv y Rosie dormían. Tenían una expresión apacible e indefensa. A Barbie se le iban cerrando los ojos; tenía el peine enredado en el pelo.

—El mundo está lleno de crueldades espantosas e incomprensibles — dijo Joseph —. ¿Cómo puedes seguir sonriendo cada treinta minutos cuando estás rodeado de serpientes y relámpagos?

—¿Lo ves? — preguntó Kay, mostrándole la foto de su padre, el héroe de guerra —. Es el señor Kyte, el piloto de combate. También participó en los bombardeos de Dresde. He leído todos los libros en que hablan de eso, el tema me obsesionó durante años, creía que yo había provocado los incendios; es mi padre y ahora lo tengo ahí, para no quitarle los ojos de encima. Pero los muertos siguen muertos, en el agujero negro.

Sunny bostezó y soltó el violín.

—¿Negro, has dicho? ¿Viste al admirador de mi madre, la buena señora Boulder, que es tan negro como tu sombrero, o más? ¿Qué hace ella con un negro, eh, eh?

—Fornica — explicó Kay bondadosamente—. Me imagino, a esta hora...

—¡Un negrazo! dijo Sunny en tono de queja —. ¡Qué tamaño! Claro que a las mujeres les gustan los negros por su aparato, eso ya se sabe, ¡qué tamaño!

Volvió a bostezar. La vejez había hecho que su rostro recuperara la espontánea transparencia de la niñez; tenía sueño y se sentía feliz, era evidente. Se abrazó al violín, apretándolo contra el pecho.

—Buenas noches, damas y caballeros — dijo —. Buenas noches, buenas noches.

A modo de *finale*, tocó «Te veré en mis sueños», luego se derrumbó como todos los otros y siguió abrazado al violín aun después de dormirse.

—Fue muy delicado de tu parte regalarle el violín — dijo Joseph.

—A *ti* nunca se te ocurrió — le dijo Kay, con un asomo de acusación —, Ahora están todos como un tronco, salvo tú y yo y Anne, pobre Anne con su pobre pierna.

Anne alzó la cabeza. Ella y Kay se quedaron mirándose un buen rato. El viento se arrastraba y gemía. Las brasas rodaron en la chimenea y las serpentinas crujieron.

—Pobre Anne — repitió Kay en un tono extraño, forzado, como si hubiera entrevisto algo extraordinario, la posibilidad de que sucediese algo que escapaba por completo a todo lo que conocía. Se puso de pie titubeando y cogió a Anne de la mano. El minúsculo diamante centelleó, y una cuerda muda vibró en la amplia habitación; una palpitación inexplicable pareció agitar los cabellos en la cabeza de los que dormían. Joseph se dio cuenta de que jadeaba y tenía las uñas enterradas en la palma de la mano. Se acurrucó y se quedó mirando cómo el excéntrico y delicado Kay tironeaba a la torpe Anne hasta hacerla ponerse en pie de mala gana. Había llegado al solsticio de invierno, uno de los goznes numinosos del año.

—Anne — dijo Kay, casi susurrando, con un susurro ronco, secreto, de amante —, camina sin cojear. Yo pienso que puedes caminar sin cojear esta noche, si lo intentas.

—¿Qué dices? — dijo Anne —. ¿Qué?

—Despiértate, Anne, y camina por la habitación. ¡Camina!

—Puedo caminar pero voy a cojear — dijo Anne.

El viento silbó y unas chispas se elevaron por la chimenea. Los verdes ojos soñadores de las plumas de pavo real de Barbie lanzaban destellos, y los únicos seres despiertos en todo el mundo eran Joseph, Kay y Anne, que navegaban en un mágico barco de luz sobre un océano de oscuridad. Los horizontes se contrajeron en torno a ellos. Estaban solos.

—No vas a cojear si dices que no lo vas a hacer — dijo Kay, ardientemente convencido; la estrechó entre los brazos, mientras su cuerpo menudo parecía palpar en un éxtasis de vehemencia. Anne tuvo que inclinar un poco la cabeza para ponerse a la altura de Kay; su expresión cansada y vacilante se transformó finalmente en un deseo de que la persuadiera, en algo así como un arranque de amor.

—Está bien, Kay — dijo con un tono débil y juvenil —. No me grites.

Él dejó escapar el aliento con un siseo.

—Camina por la habitación conmigo y no cojees — dijo —.No vas a cojear ni una sola vez.

La cogió del brazo y empezaron a caminar, mientras Joseph, arrodillado sobre las cenizas, los observaba absorto, como si su vida dependiera de que ella pusiera un pie delante del otro, uno, dos. Anne caminaba muy lentamente, con las piernas tan tensas que Joseph no alcanzaba a darse cuenta de si cojeaba o no.

Los dos se asomaron en el espejo, una extraña pareja duplicada, dos jóvenes enjutos, dos muchachas huesudas. Lentamente, lentamente, los cuatro siguieron avanzando por la habitación. Y Joseph advirtió que Anne no cojeaba en absoluto sino que, a medida que avanzaba y se iba sintiendo más segura, caminaba incluso con cierta gracia, incluso con orgullo, apoyándose apenas en Kay.

—Camina sola — le ordenó Kay, soltándole el brazo —. Camina sola, ahora. Eres capaz de hacerlo.

Una oleada de terror se reflejó por un instante en la cara de Anne; se balanceó peligrosamente pero no se cayó y poco a poco se fue enderezando hasta quedar elegantemente erguida y llegó hasta el extremo de la habitación caminando orgullosa como un caballo de carreras que hace su entrada en la pista.

—¡Corre! le gritó Kay —. ¡Corre hasta aquí!

Anne se volvió y se le acercó corriendo. Reía alborozada. Luego corrió hasta la chimenea, giró y regresó a donde estaba Kay, compitiendo con su imagen en el espejo.

—Estoy bien de nuevo — dijo —. No era un castigo por lo que hice.

—¿Eso creías, Anne? — le preguntó Joseph, impresionado al darse cuenta de que no se le había ocurrido.

—Sí, por supuesto — dijo Anne —. Creía que me habían dejado coja por ser un plan fácil. Creía que me habían castigado por eso.

Siguió corriendo de un lado para otro durante varios minutos. Sus pesados zapatos chocaban con un sonido sordo en la pelusa gastada de la alfombra de terciopelo rojo oscuro. De un lado para otro. Kay se fue acercando lentamente a Joseph. Sacó una botella medio vacía de vino tinto de detrás de una silla y bebió un poco. Le temblaban las manos y se le derramó algo de vino en la chaqueta. Luego le pasó la botella a Joseph y empezó a liarse un pitillo, pero se le derramó todo el tabaco y tuvo que empezar de nuevo; volvió a hacer otra porquería y acabó por tirarlo todo displicentemente.

—Tenía una parálisis histérica — dijo —. Cualquiera podría haberla curado, cualquiera que le hubiera dicho con toda seguridad: «¡Tonterías!, en realidad no cojeas». No es un milagro. No es un milagro. No fue un milagro, ¿verdad?

Anne seguía corriendo de un lado a otro, estremeciéndose de risa como un arroyo sereno.

—Padre mío —dijo Kay—, que no estás en los cielos. Me repugna esa cara asquerosa que tienes, siempre me ha repugnado.

Cogió la foto que estaba en la repisa de la chimenea y la lanzó al fuego con marco y todo; el vidrio se partió en dos.

—¡Y ella me importaba un bledo en realidad! — se dijo a si mismo, como si no lograra comprenderlo —. Sólo tenía la intuición de que me iba a oír, nada más.

En su cuarto, la vieja comenzó a agitarse en su colchón; los primeros copos blancos de nieve bajaban flotando más leves que el rocío y las iglesias empezaron a

tocar las campanadas de las cinco. Anne se detuvo finalmente delante del fuego agonizante; se quitó el diminuto anillo y lo tiró entre las brasas.

—Quien lo encuentre se lo puede quedar — dijo.

—Yo quemaría el rizo — le sugirió Joseph, que veía el cuarto como un lugar incandescente.

—Ya se me había ocurrido — dijo Anne. Estaba roja por el esfuerzo que había hecho —. Mientras corría y corría, pensaba: «Voy a quemar ese rizo, sería morboso quedarme con él». ¡Ay, qué mañana de Navidad!

—Me he reconciliado con el tiempo — dijo Joseph, sin advertir que hablaba en voz alta.

—Todos ganan y a todos nos tocan premios — dijo Kay. Sonaba desecado, agotado. Cogió la botella de vino. Dijo con una exquisita cortesía —: Perdonadme por abandonaros por un rato; tengo que ir a hacerle compañía a mi madre.

Se bamboleaba al caminar como si fuese un pedazo de foto trucada y pudiese desaparecer súbitamente, con tanta discreción que el aire ni siquiera se agitaría a su paso. Como si ese gesto de buenas noches fuese a adormecerlos, Joseph y Anne se recostaron y cerraron los ojos apenas salió del cuarto, los dos, cada uno a su modo, perfectamente satisfechos; el prodigio ya parecía algo natural, como el violín de Sunny, y se había incorporado a la realidad de la casa. Todos dormían en la habitación pero esta vez Joseph tampoco durmió mucho. Soñó que el fuego se apagaba y que hacía frío y, al despertar, sintió frío porque el fuego, en efecto, se había apagado. Era un simple sueño y se hizo realidad.

El cuarto estaba iluminado por la nieve, que resplandecía con un brillo duplicado por el reflejo del enorme espejo. Todo estaba cubierto de blanco; una nevada de tres o cuatro horas había extendido sobre la ciudad sábanas incomparablemente blancas y todas las colinas distantes eran lujosas camas blancas o coloridos contornos de las elevaciones y los planos del cuerpo de la señora Boulder. Las gaviotas se arqueaban y revoloteaban sobre el río desierto. Nadie se movía aún en el salón de baile. Viv y Rosie dormían abrazados, como Dafnis y Cloe. Los rizos bermejos de Barbie se deslizaban como hiedra por los brazos y el cuello de Anne porque el azar del sueño las había acercado como amantes. Nadie se movía en toda la casa cuando Joseph se abrió camino tímidamente hacia la gélida mañana, donde casi todo el resto del mundo ya estaba despierto. Había olor a tocino e imágenes fugaces de alegres salas con árboles relumbrantes, y algunos niños, bien abrigados con prendas de lana, salían a hacer figuras de nieve o a probar las bicicletas nuevas.

Joseph subió a su cuarto; la gata dormía entre las mantas y ronroneó una sinfonía al verlo aparecer en casa, incrustando la cabeza en su regazo mientras él le acariciaba el vientre bamboleante, los pechos diminutos y el sedoso trasero. Joseph llegó a la conclusión de que le faltaban pocas horas para volver a ser madre. Pensó que nunca había visto nada tan hermoso como los almendrados ojos verdes de la gata. La llevó al parapeto, hizo un hueco en la nieve y se sentó en lo alto de la mañana, con la gata

ronroneante sobre una rodilla. Contempló el cuenco matinal lleno de nieve. Había una luz terracota. Unos pocos niños jugaban en el jardín, junto al niño de piedra que tenía los ojos cegados por la nieve y lucía un casco de nieve en la cabeza. Joseph llevó a la gata al cuarto y cerró las ventanas para que no saliera; se incorporó y apoyó un pie en la muralla baja del parapeto, semiansioso por dejar que el cuerpo siguiera a la mente en una caída libre. Vio su sombra azul sobre el pavimento cubierto de nieve y alzó los brazos por encima de la cabeza como un buzo a punto de arrojarse a la eternidad. Se asombró al ver aparecer como por arte de magia el rostro afable y cansado del doctor Ransome y pensó enfadado que era una alucinación.

—Déjeme en paz — dijo Joseph —. No es más que un efluvio, un curalotodo. Un augur. Vaya a ocuparse de los enfermos.

La sonrisa bondadosa del doctor Ransome no se borró ni por un solo instante pero su rostro comenzó a desaparecer de inmediato. Joseph cruzó el antepecho, le dio comida y leche a la gata, se tendió en la cama y se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó era el amanecer violeta de una nueva mañana y a los pies de su cama había un asombroso ronroneo; la gata mostraba los dientes y ronroneaba como un aeroplano a punto de despegar mientras amamantaba a cinco gatitos blancos como la nieve y hermosos como estrellas.



ANGELA OLIVE CARTER, de soltera Angela Olive Stalker (Eastbourne, Sussex, 1940 - Londres, 1992), fue una periodista y novelista británica.

Sus obras más conocidas suelen considerarse como pertenecientes a la literatura fantástica. Sus innovadores procedimientos narrativos y sus frecuentes referencias intertextuales la relacionan con el postmodernismo anglosajón. Gran conocedora de la lengua y la literatura francesas, existe en su obra una importante deuda con el surrealismo, así como con autores franceses como Sade o Bataille.

Dos de sus obras han sido llevadas al cine: la novela *La juguetería mágica*, en 1987; su relato *En compañía de lobos*, en una película homónima, en 1984.

Notas

[1] Milano: kite en inglés. (N. de la t.) <<

[2] *Blossom*—. flor. (*N. de la t.*) <<

[3] *Sun* en inglés. *Sunny*: soleado. (*N. de la t.*) <<